



*Un caballo  
con mucha  
suerte*



EMMA WINTER y  
ELLA VALENTINE

Un caballo  
con mucha  
suevte

#Lemonville 1

Emma Winter y  
Ella Vallentine

1ª edición junio 2020

Copyright © Emma Winter y Ella Vallentine

Todos los derechos reservados.

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de las titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

# Índice

[1 \(Lemon\)](#)

[2 \(Lemon\)](#)

[3 \(Lemon\)](#)

[4 \(James\)](#)

[5 \(Lemon\)](#)

[6 \(James\)](#)

[7 \(Lemon\)](#)

[8 \(James\)](#)

[9 \(Lemon\)](#)

[10 \(Lemon\)](#)

[11 \(James\)](#)

[12 \(James\)](#)

[13 \(Lemon\)](#)

[14 \(Lemon\)](#)

[15 \(James\)](#)

[16 \(James\)](#)

[17 \(Lemon\)](#)

[18 \(James\)](#)

[19 \(Lemon\)](#)

[20 \(James\)](#)

[21 \(Lemon\)](#)

[22 \(James\)](#)

[23 \(Lemon\)](#)

[24 \(James\)](#)

[25 \(Lemon\)](#)

[26 \(James\)](#)

[27 \(Lemon\)](#)

[28 \(James\)](#)

[29 \(Lemon\)](#)

[Epílogo \(Lemon\)](#)

[#Lemonville 2](#)

[¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?](#)

[Novelas anteriores de Emma Winter](#)

[Novelas anteriores de Ella Valentine](#)

## Lemon



Lemon Pie sabía muchas cosas de la vida, pese a tener solo 28 años.

Sabía, por ejemplo, que mentir estaba mal.

Sabía también que el chantaje era imperdonable en el seno de su familia, y en el resto de su entorno, ya que estaba.

Sabía que el amarillo y el rosa fucsia casaban bien, pero no estaban bien vistos en su pueblo, aunque no sabía el motivo.

Sabía que una falda por encima de la rodilla en un pueblo como el suyo, en las profundidades de Alabama, era una afrenta a la comunidad. Incluso a Dios, si se apuraba.

Sabía que la competitividad podía ser peligrosa, sobre todo cuando las personas perdían de vista los verdaderos motivos de sus acciones.

Y sabía, sobre todas las cosas, que Sherilyn Foster era el demonio en persona. Una zorra presuntuosa que pensaba que disimulaba por el simple hecho de ponerse vestidos sesenteros y colgarse una fina cruz de oro blanco del cuello. Y no es que tuviera nada contra Sherilyn. No, por Dios, ella hacía ya mucho tiempo que había asumido que no podía competir contra su carita de niña buena y su cabello rubio e impoluto. Sherilyn jamás había tenido pecas, al contrario que ella, que tenía toda la cara llena. Nunca había dicho una palabra más alta que otra, ni siquiera cuando eran niñas, cuando Lemon hablaba como si fuese un camionero en un descampado, según palabras textuales de su madre. Sherilyn mantenía la compostura incluso en los peores momentos, como aquella vez que al pastor Johnson se le escapó un eructo en medio del sermón. Lemon apenas pudo contener la risa, pero Sherilyn siguió sonriendo sin despegar los labios como si no hubiese pasado nada.

Era perfecta. Por eso la odiaba.

—Fíjate en eso, tesoro. —Su madre se acercó a ella y señaló a Sherilyn, que en aquel momento reía como una hurraca de algo que James había dicho—. No puedo creerme que encaje tan bien entre nosotros. Tengo que reconocerlo, nos has provocado a tu padre y a mí infinitos dolores de cabeza, y bien sabe Dios que no me gustaba la idea de imaginar a mi niñita en una ciudad tan grande como Nueva York, pero...

—Mamá... —Intentó frenarla, pero fue inútil.

—Tienes que entendernos, Lemoncito. Eres nuestra única niña. Dejar que te fueras nos partió el alma en dos. —Su suspiro fue tan dramático que Lemon tuvo que poner todo su empeño en no

rodar los ojos—. Cuando, además, nos dijiste que por fin te habías echado un novio, pero era neoyorkino... —Sus labios se fruncieron de disgusto—. Ya sabes cómo es la gente allí. Las familias no se crían con nuestra moralidad. —De nuevo suspiró, y de nuevo Lemon quiso rodar los ojos. O correr. En cambio, no hizo ni una cosa, ni la otra—. Estaba aterrorizada. Ya te imaginaba trayendo a un chico lleno de tatuajes o sabe Dios qué locuras más.

Quiso decirle a su madre que estar lleno de tatuajes no era una locura, pero sabía que era inútil. No la culpaba. Se había criado rodeada de personas que esperaban de ella que fuera la perfecta dama sureña. No podía comprender cómo había mujeres que necesitaban realizarse de otro modo que no fuera casarse, cocinar y tener hijos. Y Lemon lo intentaba, de verdad lo intentaba. Quizá por eso estaba metida en aquel lío, por intentarlo demasiado.

—Lo que quiero decir —prosiguió su madre, que no había dejado de hablar en ningún momento—. Es que necesité algo más que un poquito de Bourbon en el té para soportar la espera. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Asintió. Lo cierto es que no sabía a dónde quería llegar. O sí, lo sabía, pero le daba tanto miedo que prefirió guardar silencio—. Y, en cambio, aquí estás, con un hombre guapísimo, con clase, educación y que ha sabido ganarse a los habitantes de Lemonville en cuestión de horas. —Sonrió, la abrazó por los hombros y la miró con todo el amor maternal del mundo concentrado en sus ojos—. Puede que no hayamos dicho esto muy a menudo, sobre todo los últimos tiempos, pero papá y yo estamos muy, muy muy orgullosos de ti, Lemon. No podías haber escogido un novio mejor.

Su orgullo era tal que Lemon volvió a centrar su mirada en James, que hablaba gesticulando con las manos frente a varios vecinos de su pequeño y encantador pueblo. Los tenía en el bote, el maldito. Si su madre supiera... Si tuviera una mínima idea de lo que había hecho...

Pero no lo sabría. Lemon soltó aire y enderezó los hombros. No podía ni siquiera pensar en ello. Se había metido en el mayor lío de su vida y comprendió, viendo a James Baker reír con la idiota de Sherilyn de nuevo, que salir de él iba a costarle más que una disculpa y una sonrisa inocente.

Si tan solo hubiese mantenido la boca cerrada aquel día...

## Lemon



Todo empezó con aquella llamada. Lemon estaba acostumbrada a recibir todos los viernes a las seis de la tarde, ni un minuto más, ni un minuto menos, la llamada semanal de su madre. Daba igual que Lemon le dijera que a esa hora aún estaba en el bufete de abogados en el que trabajaba o que estaba mal visto recibir llamadas personales en horario laboral. Annabeth Pie era una mujer de costumbres e ideas fijas, si se había empeñado en llamar a su hija todos los viernes por la tarde a aquella hora, lo seguiría haciendo hasta el fin de sus días. O como diría ella: hasta que Dios se lo permitiera.

Si algo había aprendido Lemon a lo largo de los años era a capear con inventiva el carácter inflexible de su madre.

Como hizo aquella vez que le compró un vestido amarillo lleno de lazos y volantes para la fiesta de final de curso de séptimo grado y Lemon se lo cambió en el baño del instituto porque con él parecía un cupcake de limón.

O aquella otra en la que le prohibió escuchar música rock porque sus letras eran poco adecuadas para una chica de su edad y acabó escondiendo los discos de sus grupos favoritos dentro de carátulas de bandas cristianas.

O su favorita: aquella noche en la que su madre invitó a cenar al pastor Johnson al cumplir los dieciocho para que le hablara de la importancia de mantener intacta su flor y ella fingió ser la muchacha casta y pura que sus padres esperaban cuando lo cierto era que hacía dos años que se había desflorado con el hijo mediano de los Marshall en el sofá de su garaje.

—Te lo puedes creer, ¿cariño? —preguntó su madre afligida.

—Para nada. —Lemon respondió una frase al azar sin dejar de leer el informe que tenía entre las manos.

Otra de las cosas que Lemon había aprendido a hacer a lo largo de los años era a convertir en ruido de fondo el parloteo incesante de su madre mientras seguía trabajando, porque ella solía aprovechar aquella charla semanal para ponerla al corriente sobre todos los chismorreos del pequeño pueblo sureño de Alabama del que huyó al empezar la universidad y a Lemon, lo cierto, es que no le importaban lo más mínimo.

—Desde luego, Lemonville ya no es lo que era. Me parece inadmisibles que tu padre haya dado permiso a ese zarrapastroso para que abra un local de dudosa reputación.

Aquello llamó la atención de Lemon, que levantó los ojos del papel y miró el aparato que



había puesto en manos libres con el ceño fruncido.

—¿Un local de dudosa reputación en Lemonville?

—Eso mismo le pregunté yo a tu padre: ¿un local de dudosa reputación en Lemonville? Es indignante, sumamente indignante. Como alcalde debe garantizar el decoro en nuestra comunidad, pero él no deja de decir que un pub irlandés no puede ser considerado como tal y que, aunque a él tampoco le haga gracia, no tiene un motivo justificado para prohibir su apertura. Como si no supiera la fama que tienen los irlandeses... —Chasqueó la lengua contra el paladar indignada y Lemon puso los ojos en blanco. Era típico de su madre prejuzgar a la gente dejándose llevar por los estereotipos, estereotipos que, por otra parte, la mayoría de las veces no tenían ni pies ni cabeza—. Por cierto, cariño, ¿recuerdas a Joanne Williams? —prosiguió ella que era toda una experta en enlazar temas sin conexión alguna.

—Sí, mamá, estudiamos juntas. —Lemon fijó sus ojos de nuevo en el informe y se preparó para volver a desconectar de la conversación.

—Pues no te lo vas a creer, pero se ha prometido. Me lo contó Daisy en nuestra partida de bridge semanal, se lo contó la peluquera mientras le hacía la permanente. ¡Joanne comprometida! ¿Quién lo hubiera dicho? Con lo poco agraciada que es la pobre, con esos dientes de ratón y esas piernas de jugador de fútbol... Yo no digo que no sea buena chica, pero guapa, lo que se dice guapa, no es.

Lemon volvió a poner los ojos en blanco, esta vez acompañando el gesto con un movimiento negativo de cabeza. Para su madre, la rectitud y el decoro tenían que ir acompañados con un buen envoltorio.

—Me alegro por ella, mamá.

—Yo también, hija, porque todos creíamos que se quedaría solterona. Y hablando de solteras... —Lemon tensó la mandíbula anticipándose a su siguiente intervención—: ¿Cuándo vas a sentar la cabeza, cariño? Te pasas el día trabajando y, aunque me parece respetable que una mujer tenga sus aspiraciones profesionales, creo que ha llegado el momento de que empieces a pensar en el futuro. Te acercas a la treintena, si esperas demasiado los mejores hombres ya habrán volado.

—Eso no me preocupa, mamá.

—Pues debería. No siempre serás una chica bonita. Un día te despertarás con el pecho caído, el pelo canoso y la cara llena de arrugas y, entonces, ¿quién crees que querrá casarse contigo?. —Su madre hizo un chasquido reprobatorio con la boca—. Por suerte yo tengo el candidato perfecto para ti. Es un hombre guapo, educado, tiene buena percha y trabaja como vendedor de seguros en el pueblo de al lado. Es el sobrino de Betty, del supermercado. Le conocí el otro día en la cafetería de Ashton y me pareció un buen partido.

Lemon evitó decirle todo lo que pensaba sobre aquello, que era mucho. Para ella, su prioridad era su trabajo. No tenía pensado casarse, al menos a corto plazo, y menos con un vendedor de seguros de Alabama. En vez de eso, para evitarse una discusión estéril con ella, dijo en tono conciliador:

—No me interesa en este momento conocer a nadie, mamá. Además, tampoco tengo tiempo.

—Bueno, Lemoncito, ya os conoceréis cuando vengas a Lemonville para el 4 de julio.

Lemon cogió aire, se pasó una mano por el pelo con actitud nerviosa y decidió que había llegado el momento de tener esa discusión que hacía semanas que estaba retrasando.

—Ya. Sobre eso, mamá... Verás, no creo que pueda ir a Lemonville el 4 de julio.

Una exclamación sofocada le llegó a través del hilo telefónico. Se imaginó a su madre con una

mano en el pecho y la boca abierta intentando digerir la información.

—¿Cómo que no vas a venir? Ya sabes que esa celebración es muy importante para tu padre y para mí. Es el pistoletazo de salida del Lemon Festival.

Lemon suspiró. Sabía que para sus padres el 4 de julio y el Lemon Festival eran fechas importantes, pero ella tenía otras prioridades.

—Tenemos mucho trabajo en el bufete, mamá.

—Pero no trabajarás el 4 de julio, ¿verdad?

—No en el bufete, pero adelantaré trabajo en casa.

—De eso nada, cariño. El 4 de julio es un día para pasar en familia. Además, cae en fin de semana. Y hace mucho que no vienes a vernos.

—Es que estoy muy ocupada, madre, ya te expliqué que me estoy postulando para un ascenso, y tengo que trabajar duro para conseguirlo.

—Pero, Lemoncito...

Lemon cuadró los hombros y se dijo a sí misma que no iba a transigir esa vez. Se estaba esforzando mucho para ganar ese puesto y no podía dejar que nada la distrajera de su objetivo.

—Así que, sintiéndolo mucho, tampoco voy a poder conocer a ese hombre.

—Bueno, cielo, eso tampoco sería un problema. Viaja muchas veces a Nueva York por negocios, así que podéis veros allí.

—No tengo tiempo para distracciones —dijo Lemon empezando a perder la paciencia.

—Solo sería una cena, ¿o es que en Nueva York no cenáis?

—Sí que cenamos, mamá. Pero ya te he dicho que no estoy interesada.

—No te cuesta nada darle una oportunidad... Seguro que solo te niegas porque lo apruebo yo —dijo fingiendo un tono de voz afectado.

—No se trata de eso. —Aunque en realidad un poco sí, pensó.

—¿Entonces de qué se trata? —La pregunta que lanzó Annabeth pasó rápidamente a un segundo plano cuando fijó su mirada en el pasillo del bufete que se veía a través de la pared acristalada. En aquel momento, Thomas Smith salía del despacho del señor Andrews, el socio principal. Le pareció raro que no llevara corbata y que su traje, siempre impoluto, luciera lleno de arrugas, pero no le dio importancia hasta que Alan Parker llamó con los nudillos a su puerta y asomó la cabeza por ella.

—¿Tienes un minuto? —preguntó él con una sonrisa suspicaz en los labios.

—Sí, espera. —Cogió el teléfono, se lo puso entre la oreja y el hombro y quitó el manos libres —. Mamá, tengo que colgar.

—Pero...

—Dale un beso a papá de mi parte. Adiós.

Colgó e hizo un gesto a Alan para que se acercara y se sentara en la silla que había enfrente de su escritorio.

A Lemon le gustaba Alan. Era un buen compañero; un chico serio, trabajador y comprometido que había conseguido un puesto parecido al que ella aspiraba a base de esfuerzo y tesón. Compartían una filosofía parecida y se llevaban bien. Sabía que llevaba meses intentando hacerse con un puesto de socio, lo que suponía la culminación de su carrera profesional.

—No te lo vas a creer, pero Thomas acaba de dejar su puesto en el bufete.

—¡No! —La noticia sorprendió a Lemon que lo miró con los ojos muy abiertos. Thomas era uno de los abogados más importantes del bufete y se desvivía por su trabajo.

—Hace unas semanas pilló a su mujer en la cama con su profesor de yoga y ha decidido

divorciarse, vender la casa, dejar el trabajo e irse a vivir en un templo budista en el Nepal.

A Lemon no le sorprendió nada lo de su mujer. Meredith siempre le había parecido una zorra cazafortunas. Pero lo importante en esa conversación no era aquello, sino otra cuestión que aún no habían abordado.

—¿Y quién va a quedarse con su cartera de clientes?

La sonrisa de Alan se ensanchó. Además de ser un tipo comprometido con su trabajo, Alan era un hombre atractivo, de ojos azules, pelo moreno, rostro anguloso siempre bien afeitado y cuerpo atlético. Aunque no lo atrajera de manera romántica, Lemon admitía que estaba de buen ver.

—Por eso estoy aquí, amiga mía. Creo que esta es una buena oportunidad para demostrar a los jefes que tú te mereces el ascenso. Thomas tiene una lista de clientes exclusivos, y estoy convencido de que si la consigues ese puesto será tuyo.

Lemon volvió a fijar su mirada en el pasillo a través de la puerta acristalada y, justo en ese momento, sus ojos chocaron con otro par de ojos. Desvió la vista un segundo y se fijó en su cuerpo alto y delgado, embutido en un traje de marca que costaba un riñón. Tenía buen porte, eso era innegable. Su pelo, castaño y revuelto, pese a lo impoluto del resto de su figura. Sus hombros anchos y firmes. Su nariz perfecta. Su sonrisa de dientes blancos y perfectamente alineados y unos ojos castaños que, al volver a encontrarse con los suyos, brillaron con una chispa de socarronería antes de desviar su atención hacia otro lado mientras hablaba por el móvil.

Se trataba de James Baker, su mayor rival en el bufete, y la persona con la que competía por el ascenso. Y por la forma en la que gesticulaba mientras hablaba por el teléfono, él también se había enterado de la dimisión de Thomas y se le había adelantado en la caza de la lista.

Pero aquella vez no la vencería, se dijo Lemon mientras se despedía de Alan. Aquella vez no le vencería porque aquel puesto iba a ser suyo. Se lo merecía.

## Lemon



En honor a la verdad había que decir que Lemon nunca había destacado por su paciencia. Lo había hecho por sus pecas, por su pelo naranja chillón, cuando debería haber sido amarillo, como el de su madre y en honor al nombre que le pusieron. Se llamaba Lemon Pie, había nacido en Lemonville, el pueblo del que su padre era alcalde, y el amarillo, igual que los limones, estaba tan ligado a su vida que le costaba recordar un momento de su infancia en que no estuviera el color amarillo o los limones en todas sus variantes: tartas, zumo, limonada y un larguísimo etcétera.

Había destacado físicamente, sin duda. Eso ya había supuesto una decepción para sus padres, pero que encima no gozara de la dulzura y paciencia característica de los Pie... aquello fue matador. Su madre no podía entender que su única y preciada niñita, su regalo de Dios prefiriese arrastrarse por el suelo o escalar arboles antes que los concursos de belleza. No le entraba en la cabeza que su carácter no fuera dócil y amable, sino más bien impulsivo y demandante.

Volviendo al presente, Lemon miró su teléfono de última generación y lo maldijo, no por primera vez, por haberse quedado sin batería. Necesitaba tenerlo operativo porque esperaba en cualquier momento una llamada con información sobre la lista de los clientes exclusivos de Thomas. Aún tenía muchos hilos que mover al respecto, pero tenía una cita a la que no podía faltar. Llevaba días arrastrando una infección de orina que le provocaba unos dolores y picores de lo más desagradables. Tenía cita con su ginecóloga para hacerse una revisión y aplicar el tratamiento necesario y no podía dejarlo pasar, porque sabía de buena tinta que tenía la agenda llena.

Así que allí estaba, con las piernas cruzadas, aguantando los pinchacitos que le producía la infección, el teléfono apagado y pensando en esos clientes y en que no había visto a James cuando salió de la oficina. Seguramente ya estaba haciendo llamadas y poniéndose al día con la lista de clientes al completo. Cerró los ojos y se obligó a respirar y tranquilizarse. No se quedaría con ellos. Tenían el mismo porcentaje de posibilidades y aunque él consiguiera la lista antes, estaba segura de que su jefe los pondría a pelear en una reunión formal, como si fuesen perros callejeros. Conocía muy bien al señor Andrews. No hacía nada a medias. Si el puesto estaba libre, quería al mejor en él. La mejor era ella, por supuesto, pero algo le decía que el señor Andrews no valoraría su sinceridad tanto como ella. Además, según su madre, los hombres no toleraban bien que una mujer les dijese lo que estaban haciendo mal, y aunque la mayoría de las veces ella estaba en contra de las ideas arcaicas de su madre, en aquella ocasión tuvo que reconocer que tenía algo de

razón. Su jefe no toleraría que ella le dijera que tenía que darle el puesto porque era la más adecuada y si no lo veía, estaba ciego. Insultarlo tampoco ayudaría, y Lemon no podía asegurar que aquella reunión acabara sin insultos.

Necesitaba templar sus nervios.

En esas estaba cuando la puerta del fondo del pasillo se abrió. Era una consulta de otra ginecóloga, igual de buena que la suya, a juzgar por lo que había oído. Todos en aquella clínica eran buenos profesionales, así que no lo ponía en duda. Y, de todas formas, aquello no era lo importante. Lo realmente importante era quién acababa de salir de la consulta.

James sujetó a Autumm por el codo, y cuando ella sollozó, él se paró y limpió sus mejillas con tanto mimo que Lemon alzó las cejas. ¿Y aquello, a qué venía? Autumm era la princesita del señor Andrews. Su única hija y heredera universal del imperio.

Entrecerró los ojos al darse cuenta de que tenían una actitud demasiado íntima. ¿Acaso James y Autumm...? Lemon no quería pensarlo, pero verla a ella visiblemente nerviosa y a él consolándola de esa forma le hacía sospechar. Ellos abandonaron la planta sin darse cuenta de su presencia, no sin que antes James se entretuviera en el mostrador de recepción y cogiera discretamente un folleto. Tan discretamente que Lemon supo que era algo que pretendía ocultar. Lo conocía. Era una cucaracha... ¡No! Una serpiente. Eso es. Era una serpiente silenciosa y venenosa que se arrastraba con sigilo hasta conseguir llegar a su objetivo y... ¡ZAS! Bueno, suponía que las serpientes no hacían ¡ZAS! al morder, pero la intención quedaba clara.

En cuanto los vio entrar en el ascensor, se acercó al mostrador y observó los folletos.

Fue fácil, pero no por ello menos sorprendente. Uno hablaba de la menopausia y el otro... el otro hablaba de los embarazos. O más bien de las opciones que existían frente a embarazos no deseados. Lemon lo cogió y lo miró con la boca abierta. Literalmente abierta.

¿Había sido capaz James de preñar a la niñita del jefe del bufete? Peor aún, ¿la había preñado y ahora pretendía librarse de su responsabilidad?

Lemon estaba tan indignada que temblaba. Se guardó el folleto en el bolso y se giró hacia su consulta, pues acababan de llamarla.

Aquello no iba a quedarse así. James Baker podía ser una rata, o sea, una serpiente venenosa, pero ella no había estudiado derecho por nada. Iba a impartir justicia en nombre de Autumm Andrews, aunque para ello tuviera que enfrentarse a la persona que más odiaba de todo Nueva York.

## James



La abuela de James solía decir que el odio era cosa de necios, y él, que había crecido bajo su influencia, interiorizó esa frase como un dogma personal. Por eso, James odiaba pocas cosas en la vida. Había aprendido a ser tolerante ante las opiniones y acciones ajenas e intentaba no dejarse llevar por prejuicios e ideas preconcebidas. Pero si había algo con lo que James no podía ser indulgente, algo que despertaba su ira y su animadversión más profunda, era la gente que rehuía sus responsabilidades.

Aunque no solía hablar de ello, ese era el motivo por el que odiaba a su padre, al que hacía años que no veía. Su progenitor había sido el responsable de la muerte de su hermano, y aquello no iba a perdonárselo nunca. Movido por ese odio, había acabado rechazando un puesto de socio principal en el bufete familiar para empezar de cero en otra parte, aunque eso significase tener que escalar posiciones trabajando más horas que un reloj.

Y ese también era el motivo por el que, sentado frente a una llorosa Autumn en una coqueta cafetería de Manhattan, James no podía dejar de pensar en lo mucho que odiaba en aquel momento a Alan Parker.

—Tienes que contárselo a tu padre. —James miró a Autumn ceñudo mientras esta se limpiaba las lágrimas con una servilleta de papel.

—¿Estás loco? No puede saberlo. Para mi padre las apariencias lo son todo, si llega a enterarse de que su dulce niñita se ha quedado preñada... —No acabó la frase y se sonó ruidosamente.

—No me puedo creer que Alan se desentienda de esto.

—No es culpa suya, él nunca me prometió nada.

—Oh, venga, Autumn, no lo justifiques. Es un capullo egoísta que, en vez de asumir sus responsabilidades, ha decidido mirar hacia otro lado como si esto no fuera con él.

James sabía que Autumn aún amaba a Alan y que por esa razón era incapaz de ser objetiva. A él, en cambio, Alan nunca le había caído bien. Era estirado, arrogante y pretencioso, y aunque podía engañar al resto con su sonrisa superficial y sus ademanes elegantes, él lo caló desde el principio, cuando en la defensa de un caso se atribuyó ideas suyas sin referenciarlo.

—Bueno, dentro de unos días el problema dejará de existir. —Autumn volvió a coger el folleto que había dejado sobre la mesa, al lado de su infusión, y lo abrió para inspeccionarlo de nuevo.

James ya sabía lo que ponía en él. Lo habían leído juntos antes de que Autumn arrancase a

llorar. En él se detallaban las opciones que existían ante un embarazo no deseado. Eran las mismas que el ginecólogo les había explicado de forma paternal durante la consulta.

—Pero ¿estás convencida de querer abortar?

Los ojos de Autumn volvieron a llenarse de lágrimas que reprimió antes de forzar una sonrisa.

—Por supuesto, la decisión ya está tomada. ¿Cuál es la alternativa? ¿Tenerlo? —Una risa amarga brotó de su garganta.

—Yo solo digo que no hagas nada sin estar segura al 100%, aun tienes tiempo para bajar opciones y yo estaré a tu lado para apoyarte hagas lo que hagas.

Autumn tragó saliva y lo miró agradecida a través de sus enormes ojos castaños.

Autumn y James eran amigos desde hacía años. Ambos habían coincidido siendo adolescentes en fiestas y galas en las que sus padres, ambos propietarios de los bufetes de abogados más prestigiosos de la ciudad, les habían obligado a asistir. En uno de esos eventos, James se acercó a Autumn, se presentó y empezaron a hablar mientras sus progenitores se movían como pavos reales intentando captar a nuevos clientes. A James enseguida le gustó el carácter afable y dulce de esa chica que tenía el pelo del color de las hojas secas del otoño, entre castaño y rojizo, haciendo honor a su nombre. A partir de aquel día se hicieron amigos. Fue por eso que James acabó eligiendo ese bufete para empezar su carrera en la abogacía. Autumn le ayudó a entrar en él.

Cuando unos días atrás quedaron para almorzar juntos, esta salió disparada hacia el baño con la mano en la boca nada más probar el primer plato. Autumn acabó por confesarle todo tras su insistencia. Se había hecho una prueba de embarazo por la mañana y el resultado era positivo. Estaba destrozada porque, al explicárselo a Alan, este se había desentendido alegando que aquello no era problema suyo.

Ver como su amiga tenía que afrontar sola aquel mal trago fue la gota que colmó el vaso en la antipatía que James hacía tiempo que sentía hacia Alan.

Terminaron sus consumiciones y salieron de la cafetería. Una vez fuera, James paró a un taxi y acompañó a su amiga a su casa, un lujoso apartamento que su padre le pagaba desde que terminó la universidad en la Quinta Avenida. Luego, cogió otro que lo dejó en su apartamento de Brooklyn, un estudio de cuarentena metros cuadrados de una sola habitación que le costaba medio riñón al que solo acudía para dormir.

Se duchó, se puso ropa cómoda, cogió la carpeta con la información del caso que estaba llevando en aquel momento, el portátil y se sentó en la mesa que hacía a su vez de escritorio cuando lo necesitaba. Tenía mucho trabajo que adelantar para el día siguiente. Además, tenía que seguir indagando cómo conseguir la lista de los clientes exclusivos de Thomas. Sabía que eso le haría ganar muchos puntos con el señor Andrews y necesitaba aquel ascenso fuera como fuera. Como siguiera viviendo en aquel zulo un año más, acabaría por lanzarse por una ventana, aunque eso era bastante improbable teniendo en cuenta que solo había una y estaba enrejada.

La vibración del móvil anunciando la llegada de un mensaje le hizo levantar la vista del ordenador. Lo cogió y se sorprendió al descubrir que pertenecía a su mayor rival en el bufete, la persona con la que competía por aquel ascenso:

*Lemon Pie: Sé lo que has hecho y no voy a dejar que te salgas con la tuya.*

James alzó una ceja sin entender qué quería decir con aquel mensaje. Aunque si algo había aprendido a lo largo de aquellos años en el bufete era a ignorar las excentricidades de aquella pelirroja pecosa de acento sureño que lo miraba como si fuera satanás en la Tierra. Al fin y al cabo, ¿quién podía tomarse en serio a alguien cuyo nombre y apellido significaban “tarta de limón”?

## Lemon



Lemon salió del baño con el ceño fruncido y uno de los peores gestos de incomodidad de los últimos tiempos. Aquellos óvulos que tenía que introducirse vaginalmente para acabar con su problema eran un incordio, sobre todo cuando le tocaba hacerlo en la oficina.

Se lavó las manos en el lavabo a conciencia, se las secó y cuando el secador dejó de hacer ruidos lo oyó. El sonido inconfundible de una arcada. Miró los cubículos. Había dos puertas cerradas, así que era evidente que en una de ellas alguien tenía un problema. Lo confirmó cuando oyó un gruñido agónico. Se dirigió a la puerta de la que procedía el ruido y tocó en ella con los nudillos.

—¿Estás bien? —preguntó a quien quiera que hubiese dentro.

Ella, fuera quien fuera, no contestó de inmediato, pero abrió la puerta un minuto después. Lemon se encontró cara a cara con Autumm. Su tez estaba pálida, pero no en el buen sentido. El color había abandonado su cara, seguramente por el vómito, pues sus ojos estaban inyectados en un tono rojo que impresionaba. Además, su nariz estaba hinchada y... Bueno, digamos que, con lo mona que iba siempre, era raro verla así.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Necesitas algo?

La barbilla de Autumm tembló con tanta violencia que Lemon se asustó por si de verdad tenía un problema grave.

—La verdad es que no me encuentro muy bien. ¿Podrías traerme un poco de agua mientras me calmo?

Lemon asintió una sola vez y salió dispuesta a cumplir su misión con la misma eficiencia que si se tratara de cerrar un negocio internacional de seis cifras. Llegó a la máquina del agua, cogió un vaso de plástico y lo puso debajo del dispensador. Mientras lo rellenaba, oyó las carcajadas de dos chicos.

No. Dos chicos, no. Eran dos hombres. James Baker, alias “El imbécil” y Jack, alias “el imbécil 3”. El “imbécil 2” era Jim, que no se encontraba allí en aquel momento. Que los tres nombres empezaran por J era casualidad, pero a Lemon le parecía que era aún más curioso que los tres fueran igual de imbéciles. ¿Había dicho ya que eran imbéciles? Es que no podía creerse que ella estuviera allí, a punto de llevarle agua a Autumm porque se sentía fatal, física y seguramente emocionalmente, y mientras tanto James estaba bromeando con su amiguito y pasándolo en grande en su tiempo de descanso. ¡Menudo caradura!



Llevó el agua a Autumm e intentó no hervir de indignación, pero lo cierto es que no le salió demasiado bien. Lemon odiaba las injusticias en cualquiera de sus formas, y que aquella chica tan joven, vital y guapa estuviera pasándolo tan mal por alguien como James... revolvía sus entrañas. Cuando casi llegó al baño Alan la interceptó para preguntarle algo, ella contestó rápidamente y siguió su camino pensando que ya podía Autumm haberse fijado en alguien como Alan. Era guapo, educado, listo y una gran promesa en el bufete. De haber podido, ella misma se habría enamorado de él, pero, aunque habían salido a cenar un par de veces, lo cierto es que no conseguía que la chispa naciera. Una lástima, en su opinión.

Le entregó el agua a Autumm, que tenía el gesto un poco menos pálido. Se pensó si quedarse allí con ella o no, pero lo cierto es que a Lemon le costaba mucho entablar conversaciones en momentos incómodos. En eso, por desgracia, tampoco había salido a su madre, que era capaz de mantener una conversación fluida en los momentos más incómodos. Parte del motivo era que, en realidad, cuando su madre hablaba, era difícil que su receptor tuviera tiempo u oportunidad de hacerlo, así que la conversación estaba asegurada a menos que la otra parte no fuera un buen oyente.

Como fuera, pensó Lemon torciendo el gesto, ella no se parecía a su madre y cada vez tenía más claro que nunca lo haría. Esperaba que Autumm tuviera una amiga con la que desahogarse. Estaría pendiente de ella, por si acaso.

Volvió a su despacho y el teléfono la sobresaltó. Miró la pantalla y no le sorprendió lo más mínimo que fuera su madre. Era su hora de llamar.

—¿Sí? —contestó, porque no hacerlo era mucho peor.

—Querida, ¿cómo estás? —No pudo contestar. Su madre se lanzó a lo que de verdad le importaba a ella—. Verás, estoy aquí hablando con tu padre y la conversación se ha tornado un poco acalorada, porque está empeñado en que no vendrás este 4 de julio. Le he dicho que lo harás. ¡Claro que lo harás! Sería un sacrilegio no hacerlo, porque ya te lo perdiste el año pasado. Y sé que el otro día comentaste que quizás no podrías venir, pero me niego a aceptar que mi hija, mi querida y única hija, no vaya a hacernos compañía este 4 de julio tampoco.

—Mamá, lo cierto es que, tal como te dije, tengo mucho trabajo.

El silencio que se produjo fue tan aterrador que Lemon sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. Había algo mucho peor que su madre hablando sin parar, y era su madre guardando silencio.

—Lemon, cariño, intento comprenderte.

—Mamá...

—No, déjame acabar —la cortó—. Intento comprenderte, pero lo cierto es que me lo estás poniendo sumamente complicado. No entiendo qué mal puede tener venir a ver a tus padres, aunque sea una vez al año.

—Ya voy una vez al año. ¿O Navidad no cuenta?

—Ya me lo dijo Daisy en su momento, pero no quise creerla. ¿Cómo iba a creerla? Era tan increíble...

—¿Qué te dijo Daisy?

Lemon supo que había picado el anzuelo en el momento en que su madre suspiró. Daisy era amiga de su madre y compañera de sus partidas de Bridge. Era, también, su mano derecha cuando de confabular se trataba, aunque su madre odiara que ella lo denominara de esa forma.

—Me dijo: no te preocupes, Annabeth, tampoco es tan malo que tu hija se haya abandonado a la ciudad del pecado y haya olvidado su amor por vosotros. A lo mejor, hasta... hasta... —Un sollozo al otro lado de la línea la hizo poner los ojos en blanco. Su madre debería haber sido

actriz—. Hasta es lesbiana.

El silencio que se hizo esta vez fue tentativo. Como si su madre estuviera esperando que ella saltara ofendida a más no poder. Lemon se limitó a suspirar y hablar con voz monótona.

—No soy lesbiana, mamá.

—¿Cómo podemos saberlo? No quieres venir nunca, cuando lo haces te muestras hosca con nuestros invitados, sobre todo si son hombres, y no permites que te presentemos a ninguno de los maravillosos chicos de Lemonville. Tienes, y perdona que te lo diga, toda la actitud de una persona desviada.

—¿Cómo puedes hablar así? —preguntó exasperada—. ¡Son personas, mamá! Por el amor de Dios, no puedo creerme que seas tan... tan...

—¿Tan qué? ¿Qué quieres que piense, Lemoncito? ¿Sabes lo triste que estoy? ¿Sabes el dolor que me causa tener que decirles a los vecinos que otro año más mi hija no vendrá? ¿Qué no tiene pareja porque no consigue encontrar a nadie que la soporte?

—¿Qué? ¡Mamá! —exclamó ofendida.

—Ay, hija, es la verdad.

—¡No, no lo es! Hay mucha gente que me soporta. —El suspiro que su madre dio la indignó tanto que le costó hablar con calma—. Para tu información, he salido con varios hombres desde que vine aquí.

—Ninguno reseñable, teniendo en cuenta que no los has traído. Supongo que, para un rato, cualquiera vale, incluso tú. Y no lo entiendo, si yo te eduqué aplicando en ti todos mis conocimientos y...

Lemon cerró los ojos hirviendo de ira. Entendía que su madre era una mujer chapada a la antigua, pero todo aquella la indignaba sobremanera. ¡Como si ella no fuese capaz de encontrar un novio! ¿Qué opinión era esa de una hija?

—Hasta Joanne va a casarse. Joanne, hija, que tiene un pecho más pequeño que el otro y es tan visible que ni siquiera lo oculta, la pobre. Prefiere vivir con su dolor a pecho descubierto —Soltó una risita de lo más estúpida—. Ha sido un chiste horrible. Perdón. Es la amargura de saber que la chica menos agraciada de Lemonville ha conseguido a alguien y mi hija, en cambio...

—Tengo novio, mamá.

Lemon se sorprendió a sí misma con su declaración. Era mentira. ¿Qué estaba haciendo? Ella no tenía novio. Ni siquiera tenía intención de tener novio. Su carrera era lo único que importaba en aquel momento.

—¿Tienes novio, Lemoncito? —preguntó su madre con un hilo de voz, seguramente intentando por todos los medios no hacerse ilusiones.

—Eso he dicho. —Carraspeó, consciente de que ya no podía volver atrás, o resultaría aún más patética—. Tengo novio. No quería decírtelo porque... bueno, valoro mucho mi intimidad.

—Pero ¡Cariño! Eso es maravilloso. ¡Maravilloso de verdad! ¿Has oído, cielo? —preguntó a su padre—. ¡Nuestro Lemoncito por fin tiene novio!

Lemon miraba por la cristalera, ajena a los gritos de su madre, mientras pensaba cómo demonios iba a salir de aquel lío. Inspiró hondo y se dijo que no era nada grave. En unos días le diría que se habían peleado y ya está.

—Yo, hasta que no lo vea, no lo creo.

La voz que oyó fue la de su padre. Intentó prestar atención a la discusión que se desarrolló a continuación, pero a través de la cristalera vio a James tontear con Jess, una rubia impresionante que trabajaba como abogada también allí. Entrecerró los ojos, buscó a Autumm y la encontró

mirando al vacío, con un clínex en la mano y la nariz aún hinchada. Cuando volvió a mirar a James y lo vio apuntar su número en el teléfono de la rubia estuvo a punto de lanzar el teléfono por la maldita ventana. ¿Se podía ser peor persona?

—Voy a darte tu merecido —murmuró Lemon, olvidando que estaba al teléfono con su madre.

Sus ansias de hacerlo sufrir le podían. Nadie hacía daño gratuito a una mujer de su círculo y salía indemne, aunque esa mujer y ella no fueran precisamente amigas.

—¿Cariño? ¿Estás bien? —Volvió a concentrarse en ella, pero apenas podía mantener su ira bajo control—. Te decía que tu padre cree que es una idea maravillosa que lo traigas el 4 de julio.

Era una prueba. Lemon lo sabía, porque no era tonta. Su madre jugaba a dar por hecho ciertas cosas con la ilusión de que ella aceptase. Lemon miró una vez más a James y una idea se formó en su mente. Una idea tentadora, pues sería un verdadero castigo y, de paso, la sacaría de su apuro.

—¿Sabes qué, mamá? Creo que es una buena idea.

Pocas veces Annabeth Pie se sentiría tan feliz como aquel día. Gritó, lloró de emoción y le prometió que sería un 4 de julio inolvidable.

Cuando colgó el teléfono, Lemon pensó que no podía estar más de acuerdo con ella. Sería un 4 de julio inolvidable... aunque no podía prometer que lo fuera para bien.

Miró a James, se levantó y caminó hacia él con decisión. Iba a pagar por cada lágrima, arcada y vómito de Autumn. E iba a hacerlo rodeado de vecinos sureños, tarta de limón y la limonada más fresca y dulce jamás probada.

Sonrió. Sería una tortura perfecta.

## James



—Baker, tenemos que hablar.

James, molesto, dejó de hablar con Jess y miró a Lemon con el ceño fruncido. Los ojos de la pelirroja centelleaban bajo los fluorescentes de la oficina y sus brazos permanecían cruzados con esa pose inaccesible que solía usar siempre para dirigirse a él.

—¿Tiene que ser ahora, Pie? Como puedes ver, estoy ocupado. —James guiñó un ojo a la rubia que le sonrió.

—Tiene que ser ahora, sí. Me corre prisa. Seguro que puedes seguir hablando luego con miss labios de silicona.

Jess miró a Lemon abriendo mucho sus labios carnosos (efectivamente rellenos de silicona) y, tras mostrar indignación, dio media vuelta sobre sus talones con un golpe de melena y se marchó de allí.

—Uy, pues se ha ofendido. Qué piel tan fina. No he dicho nada que no fuera verdad.

Lemon chasqueó la boca fingiendo inocencia y James la miró como lo que creía que era: una bruja estirada y arrogante capaz de hacer lo que fuera para conseguir el ascenso por el que estaban compitiendo.

—¿Dónde has dejado tu escoba, Pie?

Lemon se defendió de su ataque con una buena defensa.

—Junto a tu nariz roja de payaso.

—¿Por qué no me dices lo que quieres y acabamos con esta conversación de una vez?

—De acuerdo. Hablemos en tu despacho. —No esperó a que él asintiera, salió disparada hacia su despacho, entró y, en lugar de sentarse sobre la silla correspondiente, lo hizo sobre la mesa, con las piernas cruzadas y una expresión mordaz en el rostro.

James supo nada más sentarse en su sillón que había elegido aquella posición para intimidarle. Aquel recurso era de primero de derecho.

—Me gusta tu despacho, tiene mejores vistas que el mío —dijo Lemon mirando la ciudad a través del ventanal.

—¿Hemos venido a hablar de mi despacho?

—En realidad, no. —Lemon descruzó las piernas, gesto que atrajo la mirada de James hacia ellas, porque Lemon podía ser una pirada presuntuosa que vendería a sus padres para conseguir lo que se propusiera, pero era una pirada presuntuosa con unas piernas bonitas—. Lo sé todo, Baker.

Ahí estaba otra vez con aquello. James apoyó los codos sobre la mesa y la miró con una sonrisa irónica.

—Sí, el otro día recibí tu mensaje, aunque tendrías que ser un poco más concreta con ese “todo” ya que podrías referirte a cualquier cosa: a lo que hice en Fin de Año, a mi talla de ropa interior o a mi postura preferida en la cama. Por cierto, te hago un spoiler: —bajó la voz— no es el misionero.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —Lemon le señaló con un dedo acusador—. Sé lo tuyo con Autumn.

James borró la sonrisa de su boca nada más escuchar la suposición de Lemon.

—¿De qué hablas? Autumn y yo solo somos amigos.

—¡Y un cuerno! No mientas.

—¿Has estado esnifando pegamento?

—Sé que la has dejado embarazada. Os vi en el ginecólogo, así que no te esfuerces en negarlo.

—¿Nos ves juntos en el ginecólogo y presupones por eso que la he dejado embarazada?

—Por eso y porque te vi coger un folleto sobre abortos del mostrador.

—No sabía que me acosaras —dijo James, al que aquella situación empezaba a parecerle rocambolesca.

—Yo no te acoso, dio la casualidad de que estaba ahí porque... bueno, por algo que no viene al caso, y os vi.

—¿Por una ETS? Deberías usar protección, tartita de limón.

Aquel mote hizo que Lemon le atravesara con sus enormes y desproporcionados ojos azules.

—Aquí el que le ha hecho un bombo a la hija del jefe por no usar protección has sido tú. Me pregunto qué le parecerá al señor Andrews que te hayas acostado con su niñita... —Lemon golpeó repetidamente su barbilla con el dedo índice—. No creo que le haga mucha gracia.

James estudió a Lemon en silencio varios segundos. Era tan evidente lo que se proponía su rival con aquel burdo teatro que decidió seguirle la corriente un poco más para ver hasta dónde era capaz de llegar para quedarse con el puesto vacante al que ambos aspiraban.

—Vas a chantajearme con eso, ¿verdad?

—Yo no lo llamaría chantaje. Más bien se trataría de un intercambio: tú me das lo que yo necesito y, a cambio, yo mantengo la boca cerrada.

—Si piensas que voy a renunciar al ascenso...

—¿Quién ha hablado del ascenso? —Lemon negó con la cabeza—. No necesito recurrir a un chantaje, digo, intercambio, para ganarte en eso, Baker. Puedo hacerlo por mis propios medios.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —preguntó James desconcertado.

Lemon tardó en responder. Volvió a cruzar las piernas, se apartó un mechón de pelo de la cara y quitó una pelusilla inexistente de la americana que llevaba. Cuando habló, lo hizo usando un tono de voz firme, pero sin llegar a mirarle a la cara, parecía demasiado ocupada contemplando la perfecta manicura francesa de sus uñas.

—Que me acompañes a casa de mis padres el fin de semana del 4 de julio y finjas ser mi novio.

—¿Qué? —James era incapaz de procesar lo que Lemon acababa de decirle—. Tienes que estar de coña.

—Para nada, hablo muy en serio —dijo Lemon fijando sus ojos en los de James.

—Sabía que no estabas bien de la cabeza, Pie, pero ¿hacerme pasar por tu novio? ¿No te das cuenta de que es una locura? ¡Es una jodida locura incluso para ti! —James soltó una carcajada

nerviosa que extinguió enseguida al fijarse en el temple imperturbable de la pelirroja—. ¿Tanto te cuesta cazar a un hombre que tienes que chantajear a uno?

—No me interesa cazar nada. Solo necesito que me acompañes a casa de mis padres y finjas ser el novio perfecto que ellos esperan durante un fin de semana. Después de eso, volveremos a Nueva York y lo tuyo con Autumn quedará olvidado.

Aquello no tenía sentido y James lo sabía. Lemon lo odiaba, lo había odiado desde el primer día en el que se conocieron. En aquel momento recordó esa primera vez. Ambos eran nuevos, habían entrado en el mismo puesto y competían para uno superior. Coincidieron en la máquina del café en la sala de descanso, él intentó ser simpático con ella y darle conversación, pero ella cuadró los hombros, dijo que tenía trabajo y le dejó ahí plantado como un idiota con la palabra en la boca. Llevaban compitiendo desde entonces, escalando posiciones a la par; unas veces ganaba él, otras veces ganaba ella, pero siempre se encontraban peleando por algo como eternos rivales.

El punto era que no se llevaban bien, ni siquiera habían mantenido una conversación decente en los años que llevaban trabajando juntos. ¿Por qué diablos le había elegido a él como novio ficticio?

James sabía que solo tenía que desmentir todo aquel malentendido sobre Autumn y él para librarse de aquel chantaje, pero algo dentro de él le dijo que no lo hiciera. En el fondo, aquella pelirroja altiva y arrogante, le despertaba mucha curiosidad. La idea de conocer sus orígenes, de repente, le pareció apetecible. Muy apetecible. ¿Y si le seguía el juego durante aquel fin de semana? A fin de cuentas, aún no tenía planes para el 4 de julio.

—De acuerdo —dijo James con una sonrisa tan amplia que Lemon se sobresaltó—. Prometo ser el novio modelo que cualquier suegra querría para su hija. Y dime, tartita de limón, ¿cómo se llama ese pueblecito sureño al que se supone que debo acompañarte?

## Lemon



Si había algo que Lemon odiaba por encima de muchas otras cosas es que la consideraran tonta. No lo era. Y tampoco era poco avisada. Era una mujer inteligente que se regía por su propio criterio, porque durante años lo había hecho por el criterio de su madre y... bueno, no sería ella quien dijera que su madre no era inteligente, porque no era así. Annabeth Pie era sumamente inteligente... cuando le convenía. Eso quería decir que, cuando lo necesitaba, se volvía rematadamente estúpida. En su opinión, eso no era más que un signo de inteligencia suprema. Se adaptaba al medio como nadie.

Aun así, Lemon no servía para ello. Lo había intentado durante años y solo había conseguido frustrar a su familia, porque era evidente que no le salía bien.

Por eso odiaba el modo en que James había aceptado. Era sospechoso, pensó mientras se ponía las gafas de sol y subía en el asiento del copiloto del coche que él había alquilado. Un coche sumamente caro. El vuelo había sido pasable. Habían estado más de cuatro horas sin hablarse y no le había supuesto demasiados problemas, pero era consciente de que, con cada hora, la necesidad de entablar una mínima conversación con alguien se hacía presente.

Aun así, su actitud era... rara. Sospechosa. No es que siempre quisiera pensar mal de él, pero los años juntos le habían enseñado que James no aceptaba jamás un trato, a no ser que saliera ganando. Era así en los casos que le tocaban y era así en la vida real. Por eso, que no tuviera que presionar apenas para que hiciera un viaje tan largo con ella fue... raro.

—Bonito coche —murmuró ajustando sus gafas de sol de estilo sesentero y montura amarilla a sus ojos.

Aquello era un plus destinado a ganarse a su madre, nada más.

—¿Lemon Pie piropeando una decisión mía? —James se acercó al volante hasta pegarse, como si necesitara ver el cielo a través del cristal delantero—. El cielo debe estar a punto de caerse —murmuró.

—No me has dejado acabar —respondió en un tono un poco repelente—. Quería decir que es bonito para lo caro que, evidentemente, es. E innecesario, porque podríamos haber alquilado uno mucho más barato.

—Ya, pero me gustan las cosas bonitas y caras —dijo con tono lastimero, riéndose de ella.

—Adoras vivir por encima de tus posibilidades —murmuró para molestarlo.

—Soy un Baker, tartita de limón. De la familia Baker, una de las más influyentes de Nueva

York. ¿Se te ha olvidado?

—Por supuesto que no. Igual que no se me olvida que es sabido de todos que tu padre tiene más aprecio a la planta de su despacho que a su primogénito.

James apretó los dientes y no contestó, lo que la hizo fruncir el ceño y mirarlo de inmediato. Parecía realmente molesto. No es que supusiera un drama inmenso en la vida de Lemon, pero no le gustaba ser mala persona y se recordó a sí misma que ella era la primera que tenía una familia un tanto... atípica. Más le valía no cabrearlo en exceso si no quería que todo aquello se volviera en su contra en cuanto James conociera a sus padres.

—Discúlpame. No debí decir eso.

James giró la cara tan rápido que Lemon se sintió incómoda. Él bajó sus gafas de sol un poco y la miró por encima de la montura. Lemon odió pensar en lo atractivo que estaba. Pero lo pensó.

—Estás rara —declaró—. Más de lo normal, quiero decir.

—No sé a qué te refieres.

—Tartita de limón, si esto es porque tus padres...

—Mis padres son dos bellísimas personas que viven en un pueblo del sur sin tener ni idea de cómo es mi vida. Y lo único que quiero es hacerlos felices un fin de semana, así que espero que sepas comportarte frente a ellos, Baker.

En realidad, no fue una petición amable. Podría decirse, incluso, que fue una petición imperativa y desagradable, pero Lemon no sabía ser agradable con James. Era algo que había aprendido tiempo atrás. Tampoco lo había intentado, pero es que no sentía que hubiera necesidad.

El camino en coche era largo, de algo más de cuatro horas desde Birmingham. Si sumabas una compañía como James Baker, era simplemente eterno. Interminable. Un infierno. Su querido compañero se empeñó en poner canciones destinadas a sacarla de quicio, aunque dijera que le gustaban muchísimo.

—Me vas a perdonar si dudo profundamente que te guste “Baby shark”.

—Pues da la casualidad de que me encanta. Creo que tiene un ritmo pegadizo.

En eso no podía quitarle la razón. La maldita canción se había colado en su sistema y ahora la repetía internamente incluso aunque sonara otra. Miró de reojo a James y cuando lo vio sonreír confirmó sus sospechas: estaba sometiéndola a tortura psicológica.

—¿Puedo conducir? —preguntó pasadas un par de horas en tono amable.

Lo más amable que pudo, teniendo en cuenta que estaba tratando con una rata como James Baker.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—No es un motivo. Quiero conducir.

—Pues no vas a conducir.

—Dame un motivo.

—Yo he alquilado el coche, Pie. Lo que le pase, queda bajo mi responsabilidad. Es como si fuera mío. Mi coche, mis normas.

—Te ganas la vida ganando juicios, o intentándolo, Baker. Prueba de nuevo. Y esta vez, que la excusa sea, como mínimo, mediocre. No has llegado ni a eso.

—Como no te calles, Lemon, te juro que subo en el coche al primer autoestopista que vea.

—Suerte con eso —dijo riendo entre dientes—. Estamos entrando en mitad de la nada, cielo.

Dios la odiaba por haberse marchado de Lemonville. Lo pensaba muchas veces, pero en



aquella ocasión, cuando frente a ellos apareció una chica con trenzas en el pelo, una melena rizada y labios del rojo más intenso que había visto nunca junto a un coche visiblemente estropeado, tuvo claro que su odio traspasaba todos los límites. Como el de James, que no se lo pensó a la hora de parar el coche y preguntar si necesitaba ayuda.

Tenía que reconocer que, de haberse tratado de otra persona, lo habría considerado un acto amable. Pero hablaban de James Baker. Su único objetivo era molestarla a ella.

—Iba hacia Lemonville y esta chatarra ha decidido pararse en seco —resopló la chica—. ¿Os pillas de camino?

—No lo sé, pero no importa. Si no está muy lejos, te llevamos —murmuró James con una sonrisa tan encantadora que la hizo poner los ojos en blanco.

—En realidad, vamos justo a Lemonville —dijo interviniendo y sabiendo que no había forma de evitar que aquella chica subiera al coche.

Y no es que tuviera nada en su contra. Era preciosa. Joven y algo alocada, a juzgar por su falda de colores, que parecía hecha con retazos de varias telas, y las trenzas disparejas de su cabello moreno que llevaba rizado en la parte que se soltaba de su moño. Sí. Vestía raro, pero era preciosa, así que James no dejaría escapar la oportunidad.

Cinco minutos después estaban los tres en el coche mientras la chica les contaba que se dirigía a Lemonville por una cuestión de herencia.

—Siento tu pérdida —murmuró Lemon—. ¿Era muy cercano?

—Era mi tía, pero estaba chiflada, así que tranquila. —James rio y ella soltó una risita—. Es verdad. Aun así, me ha dejado su casa, así que no voy a quejarme de su locura. Hoy no.

Lemon no preguntó de quién se trataba. Podría haberlo hecho y seguramente conocería a la fallecida, pero es que esa descripción encajaba con el noventa por ciento del pueblo. Prefería no estar al tanto de los nacimientos y muertes. Eso hacía más fácil su marcha.

Miró de reojo a James, que no había dicho ni una palabra acerca del destino final. No era tonto, estaba segura de que había caído en lo curioso que era que ella se llamara Lemon Pie y el pueblo, Lemonville, pero no dijo nada. Al menos hasta que llegaron.

El coche avanzó inexorable entre las calles anchas e iluminadas de Lemonville. Las casas inmensas con jardines aún más inmensos les dieron la bienvenida. El reloj de pie que había en la avenida principal casi pareció saludarlos. Lemon sonrió, hasta que llegaron a la plaza central, donde los limoneros se exhibían orgullosos, frondosos y enormes.

—¡Qué pasada! —exclamó Italia, la chica.

James no habló, achicó los ojos, pero no habló. Aquello era raro. Era muy raro, pero tampoco dijo nada. El coche se llenó de las exclamaciones sorprendidas de Italia, que sí, se llamaba así: Italia, como el país. Esa fue exactamente su respuesta cuando preguntó su nombre.

—Yo puedo quedarme aquí —dijo sonriendo—. Seguro que sé guiarme desde este punto.

Ellos estuvieron de acuerdo. Era el centro del pueblo y no tendría problemas así que se despidieron y Lemon se ahorró decirle a James que la jugada de subir una extraña al coche para impedirle conducir le había salido bien, pero aún quedaba la vuelta. Era mejor no ponerlo en preaviso de sus planes. Además, él seguía callado.

Su silencio acabó cuando llegaron, mediante sus propias indicaciones, a la fachada de los Pie. Una de las casas más majestuosas del pueblo. Nada extraño, si teníamos en cuenta que su padre era el alcalde. Las flores amarillas y de distintos tonos llenaban el jardín y su madre, Annabeth Pie, salió a recibirlos con un vestido sesentero amarillo, una pamelita amarilla y una tarta, seguramente de limón, en las manos. Lemon recordaba lo intensos que eran, pero aquello...

aquello sobrepasaba en mucho los límites de la cordura.

—Pero ¿a dónde me has traído? —preguntó James con el tono más incrédulo que le había oído jamás.

Lemon odió reconocerlo, pero era muy consciente de que acababa de darle munición a James Baker para arruinar su vida, si quería.

## James



James tenía una opinión bastante concreta de Lemon antes de llegar a Lemonville. Creía, por ejemplo, que era una maniática del control, porque alineaba los bolígrafos y los folios sobre la mesa cuando trabajaba en algún caso, porque apuntaba todo en su agenda virtual y porque iba siempre con la ropa y el cabello impolutos, sin una arruga o un pelo fuera de lugar. También creía que era una arrogante ambiciosa porque miraba a todo el mundo por encima de su hombro y porque siempre declinaba cualquier plan recreativo al que sus compañeros del bufete le invitaran después de la jornada laboral. Y daba por hecho, por supuesto, que estaba un tanto loca, porque había ocasiones en las que se le cruzaban los cables y actuaba como una demente huida de un frenopático, como aquella vez que la pilló escupiendo en el café de un abogado contrincante después de que este la llamara inexperta con ademán paternalista. Lo que James nunca creyó era que, esa pelirroja que se paseaba por los pasillos de la oficina con el ceño fruncido y la nariz arrugada, tuviera una familia tan... excéntrica.

Y no es que James no estuviera familiarizado con familias poco ortodoxas, porque la suya era un gran ejemplo de ello. Pero es que la familia Pie era rara, rara de cojones.

Si el exterior de aquella casa majestuosa de arquitectura sureña ya le había impresionado, su interior era un viaje directo a la locura. Todo era de color amarillo, ocre o mostaza, había cuadros con bodegones de limones en las paredes excepto en las del esplendoroso salón donde directamente las habían revestido con papel pintado de limones. Mientras Annabeth le hacía un tour por la planta baja de la casa sin dejar de parlotear, James supo que aceptar el chantaje de Lemon e ir hasta allí había sido una de las mejores decisiones que había tomado en los últimos años. Acababa de darle munición de sobras para meterse con ella durante décadas.

Acabaron la visita guiada en el despacho del señor Pie. Annabeth llamó con los nudillos a la puerta y, al ver que su marido no respondía, se aclaró la garganta y gritó:

—Vernon, querido, ya ha llegado Lemon con su... novio. —Al decir la palabra "novio" una risa tonta escapó de su garganta—. Novio, qué raro suena eso viniendo de nuestro Lemoncito. Verdad, ¿cariño? —dijo mirando a su hija que en ese momento tenía cara de estar chupando un limón, nunca mejor dicho—. Para ser del todo sincera, nos pensábamos que nuestra niñita se iba a quedar para vestir santos y ya sabes la mala fama que tienen las solteronas... —Chasqueó la lengua en actitud de reprobación—. Mujeres de vida alegre que sustituyen a los hombres por gatos y que acaban muriendo en la más triste soledad sin que nadie las eche en falta. Como le ocurrió a la pobre Pauline del pueblo vecino... —Bajó la voz como si fuera a decir un secreto inconfesable—.

Fue encontrada sobre el suelo de su dormitorio cubierta de orines y cacas de gato una semana después de su muerte. Una tragedia.

Annabeth se estremeció con dramatismo y, en aquel momento, la puerta del despacho se abrió. Al otro lado de esta apareció un hombre de aspecto autoritario. Era alto, de complexión grande y tenía un frondoso bigote que empezaba a clarear a conjunto con su pelo. Al fijarse en sus ojos, James comprendió de quién había heredado Lemon los suyos. Eran azules, grandes y algo saltones.

—Vernon, te presento a James Baker. ¡James Baker! ¿Te lo puedes creer? Un panadero para nuestra tarta de limón. ¿No te parece una casualidad preciosa?

—Por supuesto.

—Encantado, señor Pie —dijo James ofreciéndole la mano con una de sus sonrisas encantadoras.

Vernon estrechó la mano de James y lo estudió con la mirada. Al contrario que su mujer Annabeth, él no tenía tanta prisa para que su única hija contrajera matrimonio, y menos con un neoyorquino cualquiera.

—Oh, puedes llamarle Vernon, al fin y al cabo, es muy posible que acabemos siendo familia. —dijo Annabeth palmeándole el brazo—. Por cierto, marzo es un mes estupendo para una boda, los limoneros están preciosos.

—¡¡Mamá!! —Lemon miró a su madre exasperada—. Aún no nos encontramos en ese punto.

—Ay, hija, solo era un comentario.

—Bueno, yo te aviso para que no mandes las invitaciones de boda todavía.

—Qué cosas tienes, Lemoncito, aunque, ahora que hablas de invitaciones de boda, el otro día vi por casualidad unas estampadas con limones que eran perfectas. —Lemon abrió la boca para protestar de nuevo, pero Annabeth miró su reloj de pulsera y se le adelantó—: ¡Santo cielo! Son las siete, hora de cenar. Vernon, —prosiguió mirando a su marido—, ¿porque no te llevas a los chicos al salón y les sirves una copa mientras yo emplato la comida?

—Por supuesto, querida.

Siguiendo las órdenes de Annabeth, se dirigieron al salón. James se quedó absorto mirando las fotos que reposaban sobre la repisa de la chimenea mientras Vernon preparaba un gin tonic para él. En la mayoría de ellas salía Lemon, siempre con vestidos amarillos y limoneros a su alrededor. Se fijó en una en concreto. Llevaba un vestido largo que parecía de novia y que, al igual que el resto, era de color amarillo.

—Odio esa foto —dijo a su lado Lemon que dio un trago a su copa. Un líquido que por su color anaranjado James estaba convencido que era whisky, se mezclaba con los hielos. Al pasar por su tráquea, Lemon hizo un gesto de desagrado que enseguida fue sustituido por uno de alivio.

—¿De qué es?

—De mi baile de debutantes —dijo ella negando con la cabeza como si el recuerdo de aquel baile no fuera precisamente positivo.

—¿Fuiste presentada en sociedad? —preguntó James sorprendido.

—Intenté negarme, pero Annabeth Pie no es una persona que acepte un no por respuesta. Así que tuve que ir, y de amarillo nada más y nada menos. Fui la única debutante que no fue de blanco.

—Sí, ya me he dado cuenta de que el amarillo causa furor en esta casa.

Lemon dio la espalda a esas fotos y dio un nuevo trago a su bebida.

—Solo llevo una hora aquí y ya quiero marcharme.

—Pues yo lo estoy pasando muy bien, la verdad. Nunca hubiera dicho que Lemon Pie había crecido en el seno de una casa donde se le rinde culto al limón como si de una religión se tratara.

—James sonrió agradecido al padre de Lemon cuando este le tendió su bebida.

—Yo tampoco creía que fueras el tipo de hombre que deja embarazada a una mujer y después se desentiende, pero ya ves, la vida está llena de sorpresas inesperadas y desagradables.

En aquel momento, Annabeth apareció en escena, les dijo que la comida ya estaba servida y les pidió que fueran hacia el comedor, conectado por una puerta doble al salón. James se quedó con ganas de responder a Lemon con algún comentario sarcástico, pero se dijo que ya tendría tiempo para hacerlo. De hecho, se moría de ganas de ver cómo su cara salpicada de pecas entraba en pánico al enterarse de que había metido la pata hasta el fondo con lo de Autumn y él.

La cena fue agradable, todo lo agradable que puede ser una cena donde la anfitriona te acribilla a preguntas. Hubo un momento en el que a James le pareció ver cómo Annabeth tecleaba con disimulo su apellido en el móvil tras él explicarle que su padre era el dueño de uno de los bufetes más importantes de Nueva York. Supuso que enterarse de que la cuenta corriente del padre del que ya consideraba su futuro yerno tenía más de ocho cifras, la llenó de regocijo, porque volvió a sacar el tema de la boda como si pretendiera fijar la fecha en ese mismo momento.

También le sorprendió que todos los platos de la cena llevaran limón: la ensalada tenía aliño de limón, la ternera estaba adobada con limón y, de postre, probaron la tarta de limón con la que había salido a recibirles acompañada con una infusión a base de limón y miel que, según Annabeth, era muy digestiva. Definitivamente, el amor que la familia Pie profesaba a los limones era algo que James no podía llegar a entender.

Tras la cena, decidieron marcharse a sus habitaciones con la excusa de que el viaje se les había hecho largo y necesitaban descansar. La sorpresa fue mayúscula cuando James y Lemon cogieron el equipaje del maletero del coche alquilado, subieron al primer piso y descubrieron que, en vez de las habitaciones en plural, les esperaba una habitación en singular.

—Mamá, pensaba que James dormiría en la habitación de invitados —dijo Lemon cuando su madre abrió la puerta de la que había sido su habitación de adolescente y le dijo que dormirían allí ambos.

—No creo que sea necesario, cariño. Puede que seamos un poco antiguos para algunas cosas, pero somos conscientes de que, viviendo como vives sola en la gran ciudad, ya habréis compartido cama.

—Cuando vivía aquí ni siquiera me dejabas subir chicos a mi habitación, mamá, ¿ahora quieres que duerma con uno?

—Eran otros tiempos, Lemoncito. Y tú ya no eres una niña. Si te quedaras embarazada tampoco pasaría nada, solo habría que actuar rápido, adelantar la boda y elegir un vestido de novia que disimulara la barriga.

James escondió un ataque de risa con uno de tos. La obsesión que tenía la madre de Lemon para convertirla en una mujer casada rozaba lo ridículo. Aunque tenía que admitir que el tesón de esa mujer era digno de admirar. Ahora entendía de dónde había sacado Lemon ese carácter persuasivo que tenía y que le ayudaba a ganar un gran número de juicios.

—Mamá, ¿qué pensaría el pastor Johnson de esto?

—Hija, no tiene por qué enterarse. Además, un pecadito de nada está permitido siempre y cuando nos ayude a conservar al hombre que amamos. —Tras decir esto, Annabeth les sonrió por última vez y se marchó de allí dejándolos solos.

## Lemon



Encerrada en el baño, Lemon se miró al espejo por millonésima vez. Era un hecho: estaba ridícula. Había tenido la mala, malísima pata de olvidar el pijama en Nueva York. ¡Ella, que vivía haciendo listas para todo! Seguramente por eso, porque, de no ser por esas listas, perdería hasta la cabeza. Lo puso en el reposacabezas del sofá para meterlo lo último en la maleta, y que así estuviera lo primero al abrirla, y cuando James le dijo que estaba listo cerró y se marchó, olvidándolo.

Como resultado estaba en el baño de la casa de sus padres con un estúpido y ridículo pijama que ¿cómo no? Estaba estampado con limones. Y, aun así, el mayor problema no era ese, sino que la última vez que lo usó todavía no estaba plenamente desarrollada, a juzgar por lo apretado que le estaba del pecho. Y eso que ella no era ninguna pechugona, sino más bien lo contrario. A su entender, sus pechos no habían crecido lo más mínimo desde su adolescencia, pero a juzgar por lo tirante que quedaba el escote, una de dos: o lo habían hecho lo justo para pasar vergüenza esa noche, o lo que había encogido era el pijama. Miró de nuevo el pantaloncito con volantes, se giró y observó cómo la parte baja de sus cachetes sobresalía un poco. Definitivamente el problema era del pijama.

Podría haber cogido ropa deportiva, por ejemplo, pero se había duchado y no tenía nada a mano. James estaba en la habitación, así que, de una manera o de otra, iba a verla de aquella guisa. Lemon pensó que una vez que lo hiciera ya no tenía sentido cambiarse.

Tomó aire, se tiró del escote hacia arriba y del pantalón hacia abajo y observó su estómago, que quedaba libre de tela. Suspiró. Tendría que valer. Se armó de valor y volvió al dormitorio.

James estaba tumbado en la cama solo con un pantalón largo de pijama. Su pecho descubierto hizo que a Lemon se le acelerara el pulso. ¿Quién iba a pensar que tenía ese cuerpazo? Vale que el traje le sentaba bien, pero no como para que tuviera ese estómago tan marcado y esos brazos tan definidos. Estaba guapísimo. El pensamiento fue real, intenso y molesto al máximo. Cada día lo odiaba más.

—Si piensas que vas a dormir conmigo en la cama, es que de verdad eres más incrédulo de lo que piensas.

Él, que estaba entretenido mirando el móvil ceñudo, se rio y la miró, seguramente para soltar alguna estupidez que la pusiera de los nervios, pero entonces pasó algo sorprendente: se quedó mudo.

¡Realmente mudo!

Miró su escote directamente con tanta atención que Lemon tuvo que hacer un esfuerzo verdaderamente grande para no mirar hacia abajo y cerciorarse de que la tela seguía tapando sus partes más vitales. De ahí, pasó a su estómago, y sus ojos volvieron a detenerse, y cuando llegaron a sus piernas se abrieron ligeramente con lo que Lemon pensó que era apreciación. No era estúpida, sabía que tenía buenas piernas. Mejores piernas que pechos, a decir verdad. Aun así, odió el cosquilleo que la recorrió cuando se dio cuenta de que James la miraba de esa forma.

—¿Se te ha perdido algo por aquí abajo? —preguntó agachándose para mirarlo a los ojos.

Mala idea. Los ojos de James fueron a su escote y después, de manera inmediata, miraron a otro lado.

—Bonitas piernas, Lemoncito. Y bonitas...

Lemon miró abajo. Tuvo que hacerlo. Se dio cuenta entonces de que un pezón asomaba por encima de la tela. Podía decirlo con florituras, pero lo cierto era que su pezón apuntaba al mundo pequeño, rosado y orgulloso. No, pero, no apuntaba al mundo: ¡apuntaba a James Baker! Era un traidor de alta categoría.

Se encendió, no lo pudo remediar, porque su piel blanca como la leche delataba cada reacción de su interior y en aquel momento la vergüenza se la estaba comiendo. Intentó hablar, pero todo lo que le salió fue un graznido. Tan incómoda se la debió notar, que James se levantó de la cama sin mirarla, cogió un cojín y se tumbó en la alfombra que había en el suelo.

—Solo por el regalo que me has hecho, dormiré aquí.

—Eres un imbécil —murmuró, una vez superada, a medias, la vergüenza.

—Y tú una arpía. —Lemon bufó, se metió en la cama y se tapó con la sábana hasta la barbilla. Solo entonces James habló de nuevo—. Eso sí, una arpía con unas tetas preciosas.

Aquella noche Lemon no supo qué odiaba más: si el hecho innegable de que hubiese llevado al tipo más cretino de todo Nueva York a la casa de sus padres, o el placer que recorrió su columna al darse cuenta de que la tensión de James provenía de lo que su cuerpo le había provocado.

Cerró los ojos y se dijo que debía concentrarse en lo primero. Ya solo faltaba un día y medio y luego sería libre otro montón de meses para vivir su vida sin que sus padres se metieran en ella. Siempre y cuando controlara el impulso de su madre de planear la boda, claro...

—Creo que lo mejor es que te mueras —susurró entonces.

—¿Perdón? —preguntó James desde el suelo.

—Oh, nada, estoy pensando en voz alta.

El silencio que recibió por respuesta fue lo que la alertó. Se asomó por el borde de la cama, asegurándose de que estaba bien tapada con la sábana, y miró hacia abajo: a James. Lo encontró tenso, pero por motivos distintos a los de minutos antes. La observó con detenimiento unos instantes y, al final, se decidió a hablar.

—¿Me has traído aquí para matarme?

Lo peor de todo es que su pregunta estaba formulada totalmente en serio. James pensaba que quería matarlo, cuando lo cierto es que se refería a que quizá, al volver a Nueva York, podría fingir que había tenido un accidente de coche. Diría a sus padres que murió en el acto y quedaría liberada de la futura boda. Después estaría tan triste que no podría ni pensar en otros hombres. No era el mejor plan del mundo, pero tampoco el peor, según su opinión.

De cualquier forma, la confusión de James era completamente real, así que soltó una risita un tanto estúpida y sacó un brazo de la sábana para palmejar su cabeza con torpeza.

—Tranquilo, pequeño gusano. Siempre que te comportes como un buen novio... vivirás.

James entrecerró los ojos y se dio cuenta en el acto de que jugaba con él, pero no hizo nada, salvo apoyar la nuca en el suelo y suspirar con pesar. Lemon no era tonta, sabía que la revancha llegaría, pero estaría lista.

Cuando se trataba de James Baker, ella siempre estaba lista.



## Lemon



Lemon abrió los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió descansada. Miró la hora en el móvil que había dejado bajo la almohada la noche anterior y se sorprendió al descubrir que eran pasadas las diez. Hacía años que no dormía tantas horas seguidas, el trabajo en el bufete absorbía prácticamente todo su tiempo. Se desperezó y le costó unos segundos ubicarse. No estaba en el apartamento diminuto en el que vivía en Nueva York, algo fácil de identificar teniendo en cuenta que no olía a la apestosa comida hindú del restaurante de abajo, que por más ambientadores que ponía era imposible de eliminar; estaba en su antigua habitación, en casa de sus padres, en Lemonville. Y no estaba sola.

Asomó la cabeza por el borde de la cama y miró al suelo. James no seguía durmiendo sobre la alfombra como había esperado, así que se desperezó, se puso un batín antiguo que encontró dentro del armario y bajó las escaleras siguiendo el ruido de unas voces hasta la cocina.

Las voces pertenecían a James y su madre, que uno al lado del otro, cortaban hortalizas de forma coordinada sobre la isla de la cocina mientras hablaban con, lo que a Lemon le pareció, demasiada familiaridad. En aquel momento, su madre reía algo histriónica de algo que James acababa de decirle mientras este le dedicaba una de esas sonrisas arrebatadoras que solía usar en los juicios para ganarse la simpatía de las mujeres que se encontraban entre el jurado. Un poco torcida y con un toque canalla, ideal para conseguir que las más jóvenes quisieran llevárselo a la cama y las más mayores soñaran con tenerlo como yerno.

Lemon se aclaró la voz y entró en la enorme cocina que le recordaba a su infancia. Los muebles eran de madera lacada en (como no podía ser de otra manera) amarillo pastel y las encimeras de granito. La isla donde se encontraban ellos se situaba justo en el centro de la estancia, y era el centro de operaciones de su madre, que dedicaba gran parte de su día a cocinar deliciosos manjares.

James y Annabeth alzaron la cabeza y la miraron aun sonriendo. Se sirvió una taza de café, se sentó frente a ellos en la isla de cocina y cogió un bollo del cesto que había a un lado. La conversación cesó en ese momento y ella les observó con una ceja alzada, sospechando. Aquel silencio repentino había sido demasiado descarado.

—¿He interrumpido algo?

—Por supuesto que no, cariño, James y yo solo estábamos poniéndonos al día.

—Ya... —Lanzó una mirada a James que en ese momento también la miraba a ella. Hubo una

chispa en sus ojos que la desconcertó. Una chispa divertida que no le hizo augurar nada bueno—. ¿Y puedo saber de qué estabais hablando?

—De nada, “Lemoncito”, cotilleábamos, eso es todo —dijo James enfatizando el mote cariñoso por el que su madre solía llamarla.

Lemon estaba cada vez más arrepentida de haber llevado a James a Lemonville. Por ahora, en vez de castigarlo por lo de Autumn tal y como había pretendido con su chantaje, él parecía estar pasándolo bien. Demasiado bien para su gusto.

—¿Y de qué cotilleabais?

—Nada, hija, James me estaba contando cómo surgió lo vuestro. Ya sabes... lo mucho que tuviste que perseguirlo e insistir para que aceptara cenar contigo. Se nota que eres una Pie, los Pie nunca se dan por vencidos y, cuando quieren algo, luchan con garras y dientes hasta conseguirlo.

Su madre le dedicó una mirada orgullosa y Lemon tensó una sonrisa mientras atravesaba a James con la mirada. El muy capullo lo llevaba claro si pensaba dejarla como una arrastrada delante de su madre.

—Eso no es del todo cierto, mamá. James se quita mérito —improvisó Lemon sobre la marcha—. En realidad, si no recuerdo mal, fue él quien se acercó a mí durante la gala de Navidad del año pasado y me suplicó un baile. Sin ese baile dudo que hubiera saltado la chispa entre nosotros.

—Es cierto —asintió James dejando de cortar la zanahoria para mirarla con intensidad—. Aunque a mi favor debo decir que en el momento en el que entraste en la sala con ese vestido azul oscuro que dejaba tu espalda al descubierto, no tuve elección. Tenías que ser mía.

—¿Recuerdas el vestido? —preguntó sorprendida, pues era cierto que había llevado un vestido como aquel durante las últimas navidades.

—Recuerdo el vestido y la forma en la que te recogiste el pelo dejando tu cuello al descubierto. Estabas muy... guapa. —Su forma de decir aquello junto lo incisiva que se tornó su mirada consiguieron que Lemon se ruborizara. Pero solo un poco, porque Lemon odiaba ruborizarse y acabar con las mejillas a conjunto con su pelo.

—Es que nuestro Lemoncito tiene un cuello muy esbelto, lástima de ese lunar que lo desvirtúa. —Frunció el labio y suspiró con pesar. Lemon estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios por parte de su madre. Tenía un “pero” para todo, era imposible que algo le gustara sin que le encontrara un defecto—. Le he dicho muchas veces que hoy en día con un poco de láser eso tiene solución, pero...

—Pues a mí su lunar me parece perfecto, como su cuello.

De nuevo, volvió a lanzarle aquella mirada intensa que la dejó atontada unos segundos y le provocó un hormigueo en la boca del estómago. Lemon nunca hubiera dicho que James fuera tan buen actor. Se le daba bien fingir sobre el estrado, incluso cuando sabía de antemano que estaba defendiendo a un culpable, pero aquello era digno de un Óscar.

—Ay, bendita juventud. Quién tuviera veinte años menos para volver a disfrutar del amor con la pasión de entonces. Y no me malinterpretéis, Vernon y yo seguimos teniendo nuestros momentos... aunque ya no somos los que éramos. Los años no pasan en balde.

—Vale, mamá, eso es algo que no necesitaba saber.

Lemon terminó su café y su bollo y las hortalizas fueron cortadas y metidas dentro de una gran olla hirviendo. El reloj marcaba las once, hora de empezar a arreglarse para el popular *brunch* que se organizaba en el jardín de los Pie todos los 4 de julio. El señor Pie ya estaba fuera con la barbacoa lista y las mesas montadas preparado para recibir a los primeros invitados. Luego, todos se dirigían a la plaza central donde la fiesta continuaba hasta la madrugada.

Annabeth pidió a Lemon y James que fueran a cambiarse para la ocasión y les dijo que había dejado algo para ellos en el salón. Fueron hacia allí y, colgados de unas perchas, los vieron: un vestido sesentero con limones y una camisa de hombre con el mismo estampado.

—Esto es una broma, ¿no? —preguntó James horrorizado.

Una sonrisa malévola se dibujó en la boca de Lemon. Ver que la confianza de James empezaba a resquebrajarse fue suficiente para que sus dudas sobre hacer aquel viaje con él se desvanecieran. Y es que nunca, jamás, debía subestimar a Annabeth Pie. Ella le ayudaría a que James recibiera su merecido.

## James



Si al principio, cuando llegó allí, James pensó que en ese pueblo todos estaban locos, en ese instante, mientras saludaba a una marabunta de personas vestidas con estampados de limones en mayor o menor grado, estaba totalmente seguro. Jamás había estado en un lugar que concentrase a tantos chiflados por metro cuadrado. Miró a Lemon, que saludaba al pastor con cortesía, pero a distancia, y se preguntó cómo de difícil habría sido para ella crecer en el seno de una familia claramente conservadora. Si algo tenía claro James es que ella tenía una opinión particular acerca del feminismo, entre otras muchas cuestiones, y no casaban en absoluto con lo que parecía profesar su familia. Se imaginó que habría sido difícil y se arrepintió un poco de todas las veces que pensó que no era más que una niña pija intentando ganarse un puesto a costa de pisar a los demás en el bufete.

En realidad, nunca la había visto pisotear a nadie. Era dura en los juicios. Mucho. Pero él también, y sin embargo en él lo veía como una cualidad. Picaba darse cuenta de sus errores, pero era un hombre honesto. Otra cosa sería dejárselos ver a ella. No era tonto, aprovecharía la mínima oportunidad para machacarlo. No había más que ver la cara de satisfacción que puso cuando lo vio vestido con aquella estúpida camisa estampada de limones.

Ella, en cambio, estaba preciosa.

Dio un trago a su limonada y frunció el ceño. Sus pensamientos estaban tomando un camino en las últimas horas que no le gustaba lo más mínimo.

—Tienes que bautizar la limonada sin que te vean los Pie, el pastor o cualquier otra persona que pueda reprenderte por ello.

Se giró hacia una chica joven, de su edad, más o menos. Tenía puesto un vestido estampado de limones, y una cinta en el pelo estampada de sandías. En cualquier otro momento de su vida ni siquiera se habría fijado en algo así, pero James supo que era un pequeño acto de rebeldía contra los limones y solo por eso le gustó de inmediato. No es que tuviera nada contra los limones, pero todo aquello era demasiado... demasiado.

—James Baker —dijo estirando su mano.

—Oh, qué formalidad. —La chica pasó de apretársela y colocó una mano tras su cuello para alzarse de puntillas y besar su mejilla—. Aquí somos muy cercanos —susurró cerca de su oído—. Soy Sherilyn Foster, por cierto.

James alzó una ceja de inmediato. Eso, más que cercano, había sonado a proposición. Era un

hombre curtido en las citas y la seducción y sabía bien cuándo le estaban tirando la caña, solo por el tono de la frase usada.

—Bonita cinta, Sherilyn—dijo él señalando su pelo.

Ella soltó una risita un tanto estúpida, la verdad, pero James estaba seguro de que eso también lo hizo a propósito, para simular una inocencia que no poseía.

—¿Y bien? —James elevó una ceja en señal de respuesta a una pregunta que no entendía. Sherilyn sacó de su escote una mini petaca y señaló su vaso—. ¿Quieres que haga tu día más llevadero?

James miró en derredor, no muy seguro de si debería o no hacerlo. Ciertamente era que beber limonada todo el día no era su idea de pasar el 4 de julio a lo grande, así que pensó que no pasaría nada por un par de tragos. Estiró el vaso disimuladamente y Sherilyn se lo “bautizó” tan discretamente que nadie podría haberse dado cuenta. Aun así, James buscó con la mirada a Lemon. La encontró retorciéndose las manos en la espalda mientras el pastor le decía algo que no estaba siendo de su agrado. Sonrió, porque estaba preciosa, pero visiblemente tensa, y dio un sorbo a su nueva bebida antes de sumergirse por completo en la conversación que le daba su nueva amiga.

A la media hora tenía claro que Sherilyn quería de él algo más que charla amigable. No eran solo las palabras, sino que aprovechaba cualquier momento para rozarse contra él de una forma que, de no haber estado fingiendo ser el novio de Lemon, los habría llevado a acabar revolcados en la cama. Sin embargo, era un hombre honesto, pese a lo que su compañera de trabajo pensaba, y no entraba en sus planes intimar con Sherilyn más de lo que ya lo había hecho. Agradeció enormemente que algunos vecinos se unieran a su charla y los deleitó con los detalles más jugosos que había presenciado en los juzgados. De fondo siguió observando a Lemon, que en aquel instante también lo miraba mientras su madre no dejaba de sonreír y hablarle. No sabía qué estaba diciéndole, pero sabía que a ella no estaba haciéndole ni la más mínima gracia, así que probablemente su madre estuviese hablando bien de él.

Y como si de una revelación se tratara, de pronto lo tuvo claro: iba a hacer que Lemon se diera cuenta de que no era un capullo. Era una tarea complicada, prácticamente imposible, pero estaba harto de que pensara lo peor de él solo porque era implacable en su trabajo. Ella también era así, y James la respetaba. No se lo había dicho nunca, pero como abogada, la respetaba, aunque como persona, hasta ese momento, le hubiese parecido estirada y engreída a más no poder. Ahora lo entendía un poco mejor. No había excusa para la forma en que lo había tratado durante años, pero viendo el sitio del que provenía... No era difícil ponerse en su piel e imaginar lo difícil que habría sido salir de allí.

Sin embargo, para que su plan funcionara necesitaba algo vital: tiempo. Por eso cuando fueron a la plaza central, los fuegos empezaron y su madre dijo que era una verdadera pena que no se quedaran para el Lemon Festival de Lemonville, que se organizaba cada año durante los cinco días siguientes al 4 de julio, James habló sin pensar, y sin mirar a Lemon, que en aquel instante estaba a su lado intentando ser la novia que todos querían que fuera. La sujetó por la cintura por inercia, pues intuía que iba a necesitarlo para controlar su reacción, y se lanzó.

—En realidad, no lo habíamos dicho para mantener viva la intriga, pero Lemon y yo vamos a quedarnos todo el festival.

El cuerpo de Lemon se tensó tanto que James pensó que habría sido más fácil abrazar un trozo de mármol. Aun así, mantuvo la sonrisa en su rostro mientras sus supuestos suegros brincaban, literalmente, y brindaban para celebrar los cinco días que quedaban por delante.

James miró de soslayo a Lemon y se dio cuenta, con cierto pesar, de que si quería ganarse su respeto, quizá debería haber consultado esa idea con ella, pero era un hombre seguro de sí mismo y podría superar todas las trabas, incluidas las que la propia Lemon pondría. Porque las pondría, de eso estaba seguro. Y por raro que pareciese, él estaba deseoso de ver hasta dónde podía llegar ella por librarse de aquella situación cuanto antes.

## James



A la mañana siguiente, James se despertó con un intenso dolor en las cervicales. Hizo una mueca y se desperezó, recordando de golpe el motivo por el que sentía todo el cuerpo entumecido. Aquella noche había tenido que dormir en la bañera del cuarto de baño después de que Lemon le desterrara de su dormitorio hecha una furia. Quizás, anunciar sin consultarle que iban a quedarse con ellos todo el Lemon Festival, no había sido la mejor de las ideas.

Consultó la hora en su teléfono móvil y, al comprobar que aún era temprano, decidió darse una ducha y salir a dar una vuelta por el pueblo.

Mientras caminaba por la avenida principal, James contempló asombrado la diligencia con la que habían sustituido la decoración del 4 de julio por otra que hacía mención al festival. Las calles estaban decoradas con guirnaldas de limones, había cestos de limones por todas partes y los limoneros habían sido engalanados con lucecitas que, a aquellas horas de la mañana, aún brillaban como luciérnagas bajo el crepúsculo.

Al llegar a la plaza central, James se fijó en que aún estaba todo cerrado. Solo vio luz en el interior de la panadería y se acercó decidido a comprar el desayuno para la familia Pie. Quizás con el estómago lleno, Lemon dejaba de mirarle como si quisiera arrancarle las vísceras por la boca para dárselas a comer a los caimanes que proliferaban por la zona.

Entró en la panadería haciendo sonar unas campanillas sobre su cabeza y una voz masculina le respondió desde la trastienda pidiéndole que esperara. El olor a dulces y pan recién hecho hizo rugir a su estómago con fuerza. Mientras esperaba la llegada del panadero, James se fijó en las paredes de aquel local pequeño de aspecto sobrio. Lo único que había colgado era un collage de fotos que llamó su atención. Se acercó al reconocer a Lemon en una de ellas. Estaba subida a la rama de un árbol, con dos trenzas despeinadas y una sonrisa enorme en la cara. James estaba convencido de que nunca la había visto sonreír de esa manera. A su lado, una chica morena pasaba un brazo por sus hombros.

—¿En qué puedo ayudarte? —dijo la voz del panadero, esta vez detrás de su espalda dándole un susto de muerte.

Se dio la vuelta y se encontró con un hombre de barba espesa pero cuidada, ojos grises y penetrantes y cabello castaño oscuro. Llevaba un delantal atado a la cintura y miraba el collage de fotos por encima de sus hombros.

—Perdón, no quería cotillear. He reconocido a Lemon Pie en una de las fotos y no he podido

evitar acercarme.

—¿Eres amigo de Lemon?

—Bueno... Algo así —dijo James, sin querer dar más explicaciones al desconocido.

Siempre había oído que los sureños eran muy abiertos y amables, y eso era algo que había ido constatando desde su llegada a Lemonville, pero aquel hombre de semblante serio parecía algo huraño.

—Yo soy Asher.

—Yo James. —Se presentaron sin darse la mano, solo con una leve inclinación de cabeza.

—Hace tiempo que no la veo, ¿cómo está? ¿Sigue trabajando en ese bufete lleno de memos? —preguntó sonriendo por primera vez.

—Sí, de hecho, yo soy uno de los memos.

—Joder, disculpa, al decir que eras un amigo suyo...

—Tranquilo —dijo restándole importancia. A estas alturas conocía de sobras la aversión que Lemon sentía hacia prácticamente todo el personal del bufete. Volvió a mirar la foto y la señaló: —¿Lemon Pie haciendo algo tan imprudente como subirse a un árbol?

La sonrisa de aquel hombre se ensanchó un poco con aquel comentario.

—Lemon Pie siempre fue un torbellino pelirrojo impulsivo con mucho carácter y poca paciencia. Lydia se dejaba llevar siempre por sus locuras.

—¿Lydia? —preguntó James sin comprender.

—La morena de la derecha —miró la foto y James volvió a fijarse en la chica de rostro dulce que cogía a su amiga—. Eran muy buenas amigas, ¿Lemon no te ha hablado de ella?

James negó con la cabeza y se fijó en el resto de las fotos en los que la morena, en diferentes edades y acompañada de diferentes personas, era la protagonista. En una de ellas salía vestida de novia junto al hombre que tenía delante, así que no le hizo falta ser muy avisado para comprender que se trataba de su mujer.

James le explicó que quería obsequiar con algún dulce a la familia Pie y Asher le aconsejó que se llevara el bizcocho de limón con forma de limón que hacía especialmente para aquel festival. Cuando se despidieron, le oyó bostezar y, después, maldecir:

—Maldita chiflada ¿quién se pone a dar martillazos a las tres de la mañana? Ya es mala suerte que, de todas las casas del pueblo, la jodida Italia se haya instalado en la contigua a la mía...

James se marchó de la panadería y sonrió para sí al recordar a la chica que recogieron de camino a Lemonville. No sabía muy bien por qué, pero algo le decía que Italia tenía pinta de ser la típica persona sin horarios que hacía las cosas cuando le venían bien.

James llegó a casa de los Pie cuando el sol ya brillaba con fuerza. Se dirigió hacia la cocina y se encontró a Lemon sentada sobre la isla con el portátil abierto y cara de no haber dormido mucho mejor que él. Llevaba su cabello pelirrojo recogido en un moño flojo y, al verle entrar, le atravesó con la mirada.

—Buenos días, torturadora —dijo James dejando el bizcocho sobre la encimera. Se sirvió un café y se sentó frente a ella—. Tengo las cervicales que veo las estrellas cada vez que muevo el cuello, y todo por tu exagerada reacción por lo de ayer.

—Revisa el significado de la palabra tortura, Baker. Porque el único torturador aquí eres tú —dijo sin mirarle—. Ah, y me debes 300 dólares por el cambio de día en los pasajes del avión.

—Ya te dije que debíamos contratar un seguro de cancelación, nunca se sabe lo que puede pasar.

—No predije que te volverías majara y me obligarías a permanecer en Lemonville más tiempo



del que me había mentalizado.

—No seas melodramática, solo son cinco días.

—Cinco días en el infierno. —Lemon levantó la mirada de la pantalla del portátil y le taladró con ella.

James estuvo a punto de decirle que exageraba. Puede que los habitantes de Lemonville fueran algo pintorescos y que todo el mundo en general estuviera demasiado obsesionado con los limones. Pero de una forma extraña, aquel sitio no le desagradaba del todo. Decidió cerrar el pico para evitarse una nueva discusión con ella.

—Por cierto, he salido a dar una vuelta y he conocido a Asher —dijo James de forma casual señalando el bizcocho envuelto en un bonito papel de color amarillo con el anagrama de la panadería.

—¿Asher está en el pueblo? —preguntó cambiando por completo la expresión de su rostro. Por primera vez desde que llegaron a Lemonville, parecía emocionada.

—¿No tenía que estarlo?

—Hace tiempo que no lo veía por aquí.

—¿Es un hater de Lemonville como tú? —preguntó James intentando bromear.

—Es más complicado que eso —dijo Lemon sin entrar en detalles—. ¿Y cómo se le veía? ¿Bien?

—No es mi tipo, la verdad. A mí me gustan con menos pelo en la cara —siguió bromeando esta vez consiguiendo que un ademán de sonrisa se dibujara en el rostro de Lemon. Algo que, inexplicablemente, le gustó.

—No sé por qué te pregunto nada. En fin, luego pasaré a verle.

—¿Y Lydia también forma parte de vuestro clan de haters?

La pregunta de James sorprendió a Lemon, que lo miró borrando por completo su sonrisa.

—¿Qué sabes tú de Lydia?

—Vi vuestra foto en un collage de la pared y Asher me habló de ella.

Tardó en responder, pero cuando lo hizo vio un atisbo de vulnerabilidad en su mirada. Un brillo extraño que nunca había visto en ella antes:

—Lydia nos dejó hace tiempo.

No pudieron seguir hablando, porque justo en ese momento apareció Annabeth seguida de Vernon. Annabeth puso bien la corbata a su marido mientras este ensayaba el discurso que daría como inicio del festival.

James pensó dos cosas antes de que Annabeth les ordenara con sonoras palmadas que se cambiaran para no llegar tarde al gran acontecimiento: quería descubrir más cosas sobre esa Lydia que parecía haber sido alguien importante en la vida de Lemon y quería verla sonreír de la misma manera que había sonreído años atrás subida sobre aquel árbol.

## Lemon



Lemon salió de casa tragando saliva y procurando que James no la viera. No quería que supiera a dónde se dirigía. Claro que Lemonville tenía una capacidad limitada y ese gusano la encontraría en cualquier lugar de la tierra con tal de torturarla un poco más.

Todavía no podía creerse que hubiera decidido por su cuenta que se quedaban todo el Lemon festival. ¿En qué demonios estaba pensando? Aquello iba mal para Lemon. Fatal. No solo estaba saliéndole mal la jugada de castigar a James por lo que le había hecho a la pobre Autumm, sino que la castigada estaba resultando ser ella. ¿Se podía tener peor suerte?

A menudo Lemon intentaba pensar que la vida era una secuencia de oportunidades que había que saber buscar, porque nunca se presentaban frente a las narices de una, dispuestas a dejarse coger sin pedir nada a cambio. Solo una vez pensó que la oportunidad le había llegado caída del cielo, y fue con James y el tema del embarazo. ¿Pero cómo iba a salirle bien, si el maldito Baker era peor que la peor de las pesadillas?

Llegó a la panadería de Asher sin aire, pese a que en el pueblo no había apenas cuevas o desniveles. Era la rabia, que le brotaba de los pulmones, se dijo. Y se convenció de ello con tanta diplomacia que asustaba un poco. Quizá su respiración irregular también se debía, en parte, al hecho de que no había visto a Asher en mucho, mucho tiempo. Él no era más amante del pueblo de lo que lo era ella desde que Lydia murió.

Antes todo era distinto, se dijo. Antes los tres disfrutaban de su pueblo y sus vidas sin preocupaciones. Sin pensar que el destino sería tan cruel como para arrebatarse a Asher y a ella una de las personas más maravillosas del mundo.

Tragó saliva y se obligó a abrir la puerta. Habían pasado años y era absurdo seguir anclada en ese tipo de recuerdos. Que Asher hubiese abierto la panadería por primera vez desde que ella murió era dato más que suficiente para demostrarle que la vida seguía. A veces se pausaba un tiempo largo, pero siempre seguía.

Entró y se alegró de que solo hubiese un chico delante de ella. Tenía el pelo del mismo tono que ella y no lo conocía de nada, así que dedujo de inmediato que se trataba del irlandés del que su madre echaba pestes.

—Es bonito ver a alguien más a quien los limones no le pegan con el tono de pelo.

El chico se giró y Lemon se dio cuenta de que se había equivocado: no era un chico, sino un hombre hecho, derecho y guapísimo. Tendría su edad, más o menos, barba de varios días y una

sonrisa capaz de conseguir que cualquier mujer quisiera arrancarse las bragas en el acto. ¡Con razón su madre lo odiaba solo con verlo!

—A ti te pegaría cualquier cosa.

—No es cierto, pero gracias por el cumplido —dijo riendo—. ¿Qué tal te va revolucionando el pueblo? He oído que no estás haciendo amigos, precisamente.

—Los haría, si el alcalde y su santa esposa no me hicieran la vida imposible. Aun así, no me quejo.

—Yo me andaría con ojo. El alcalde y su santa esposa son los padres de la mujer con la que hablas. —Asher sonrió en dirección a Lemon y chasqueó la lengua—. Lemoncito, estás exactamente igual que la última vez que te vi.

Lemon se olvidó de que había alguien más en la panadería. Se metió tras el mostrador y abrazó a Asher con tantas ganas que sintió que se quedaba sin aire. Él le devolvió el gesto y besó su cabeza del mismo modo que lo hacía cuando estaban los tres. Cuando Lydia estaba también con ellos.

Se separó de él y quiso decirle un millón de cosas, pero solo le salió una.

—¿Cómo estás?

Asher sonrió sin despegar los labios y asintió. Era una sonrisa forzada, pero era una sonrisa, y eso, en la opinión de Lemon, ya era suficiente.

—Estoy bien. Estaría mejor si no tuviera una vecina tan loca como para haber preferido venir a trabajar antes que escucharla, pero bueno... estoy bien.

Lemon frunció el ceño y sonrió, solo hasta que un carraspeo los sacó a ambos de su conversación.

—Me encantaría quedarme a tomar el té, chicos, pero tengo un bar que he cerrado unos minutos para poder venir. Claro que no es como si tuviera cola en la puerta...

Lo dijo riéndose, como si no le importara, pero Lemon se dio cuenta de que había mucha verdad en sus palabras. Y se enfadó otra vez con la gente de Lemonville por no ser capaces de avanzar con los tiempos. ¡Solo era un pub, por el amor de Dios!

—¿Hay que reservar para comer en tu pub? —preguntó de pronto.

—¿Estás de coña? Podrías venir a cualquier hora del día y elegir la mesa que más te guste.

—Bien, a la hora de comer estaré allí con mi novio. Por favor, ten cerveza bien fría a mano. Cuando estoy con él, la necesito.

El hombre se rio, pero Lemon hablaba completamente en serio. Si tenía que pasar casi una semana en Lemonville pensaba hacerlo encerrada en el único sitio en el que nadie la molestaría: el pub del irlandés.

—Eso está hecho. Nos vemos luego, preciosa.

Le guiñó un ojo de una forma tan sexy que Lemon se dijo que era una verdadera pena que fuese a marcharse pronto... y que James estuviera con ella. De haber estado en Nueva York no lo habría pensado demasiado a la hora de insinuarse, pero estaban en Lemonville. Probablemente a la media hora de salir, todo el pueblo sabría que había estado charlando con él, así que ir más allá resultaba impensable.

—Hace un rato que conocí a James —dijo Asher una vez que se quedaron solos.

—Ajá. Me lo dijo, por eso vine corriendo.

—Mmm.

—¿Mmm? —preguntó Lemon, sabiendo que venía algún tipo de consejo. Conocía demasiado bien a Asher, aunque hubiesen pasado mucho tiempo sin verse.

—¿Cómo de seria es la cosa?

Lemon suspiró y miró el escaparate lleno de pasteles de limón. A Lydia le encantaba esa fiesta. Bueno, a los tres les encantaba. Comían y bebían hasta reventar, bailaban, iban a la feria y hacían todo lo que hacen tres amigos que piensan que tienen todo el tiempo del mundo. Los recuerdos volvieron a entristecerla, pero se dijo que, si Asher estaba allí, dando la cara de nuevo, ella también podía hacerlo.

—No es seria —admitió—. Solo es... un asunto raro.

Su amigo la miró de esa forma intensa que siempre conseguía desarmarla y lo dejó estar. Hablaron de cómo le iba en Nueva York, de Italia, la vecina loca de Asher, que resultó ser la chica que ellos llevaron a Lemonville, y de verse de nuevo antes de que ella volviera a la gran manzana. Hablaron de muchas cosas, pero ninguno de los dos sacó a relucir el nombre de Lydia. Era lo mejor, si de verdad querían sanar.

A la hora de comer arrastró a James hasta el pub del irlandés, pese a las protestas de sus padres, que prácticamente gritaron que irían derechos al infierno. James intentó negarse y fue ahí, justo en ese instante, cuando Lemon insistió todavía más. Quería ir al pub, pero sobre todo quería molestar a James, así que estaba dispuesta a conseguir que, al acabar el día, él estuviera tan irritado como lo estaba ella.

Lo consiguió. Lo hizo beber varios tipos de cerveza que no le gustaron, flirteó con el dueño del pub, que dejó clarísimo que estaba soltero y buscaba una buena chica que lo enderezara, y de camino a casa, bailó borracha en medio de la plaza levantando las habladurías de la gente.

—Vas a pagar por esto, Lemoncito —dijo James justo antes de cogerla de la cintura para que no cayera de bruces al hacer un giro. Luego, para su estupefacción, soltó una sincera carcajada—. Eres una borracha increíblemente simpática, ¿quién habría podido decirlo?

—Pues muuuuuucha gente, idiota.

En cuanto lo insultó sintió la cerveza subirle por la tráquea y todo lo que Lemon supo fue que en milésimas de segundo había vomitado los zapatos de James. Este soltó una maldición y la llevó a casa sin dirigirle más la palabra.

Su madre se ocupó de ayudarla con la ducha y meterla en la cama, no sin antes prometerle que aquello no quedaría así.

—No te preocupes, Lemoncito. Lo que tengo preparado para mañana hará que Lemonville vuelva a pensar en ti como la mujer adorable y sumamente hermosa que eres, aunque tengas ese lunar tan rarito en el cuello y los ojos demasiado juntos.

Su madre la tapó hasta arriba, salió de la habitación y Lemon miró a su lado, a James, que se había tumbado en la cama, sobre la colcha (ella estaba debajo).

—No pienso dormir en la bañera, ni en la alfombra. No, después de que me hayas vomitado los pies, de modo que tienes dos opciones: dormirte, o montar un numerito y que tu madre siga teniendo ideas para restituir tu amor por Lemonville.

Lemon intentó protestar, pero lo cierta era que la habitación le daba vueltas y las palabras de su madre resonaban en su cabeza, así que decidió tener la fiesta en paz y dormirse. Ya habría tiempo para pensar en el hecho de que James y ella compartieran colchón.

Además, su madre siempre había sido un tanto exagerada. Estaba segura de que al día siguiente ni siquiera se acordaría de sus pequeñas fechorías.

## Lemon



Lemon deslizó las gafas de sol por el puente de su nariz y miró la enorme carpa instalada en la plaza central del pueblo. El sol de Alabama calentaba con fuerza aquella mañana de julio, haciendo resplandecer de una forma especial las tartas dispuestas sobre una mesa alargada bajo la pancarta: "Subasta anual de tartas de limón: llévate la mejor tarta de la mano de la mejor hembra".

—Venga, cariño, vamos a dejar tu tarta junto al resto. —Su madre la cogió del brazo y la arrastró hasta allí dejando a James, que las acompañaba, atrás.

Lemon inspiró y expiró con profundidad intentando controlar su instinto homicida. Aquella mañana, su querida progenitora había decidido despertarla al amanecer para preparar juntas esa tarta. Al principio no opuso resistencia. Tenía una resaca de campeonato y el aturdimiento no la dejaba ni pensar. Si su madre quería hacer repostería a las seis de la mañana, ¿quién era ella para impedirselo? Las razones por las que Annabeth Pie hacía las cosas siempre había sido un misterio para ella. Pero entonces vio el folleto de inscripción a la subasta con su nombre escrito sobre la encimera y ni la resaca ni el aturdimiento le impidieron poner el grito en el cielo. ¿Cómo se le había ocurrido apuntarla sin pedirle permiso?

Esa subasta se celebraba todos los años durante el Lemon Festival y participaban todas las mujeres solteras del pueblo con una tarta de limón casera hecha por ellas por la que los hombres tenían que pujar.

Lemon le dijo que, por mucho que insistiera, no participaría en esa puja porque siempre le había parecido retrógrada y denigrante para las mujeres. Su madre lloró, suplicó y se hizo la víctima. ¿Qué pensarían en Lemonville si la hija del alcalde, que se había paseado borracha por las calles del pueblo la noche anterior, no asistía a la subasta a la que se había inscrito? Y Lemon claudicó, porque intentar llevar la contraria a Annabeth Pie era una guerra demasiado agotadora para librar con una resaca de semejante magnitud encima.

Así que hicieron la tarta, una tarta esplendorosa, alta, cubierta con una *buttercream* de limón clarito con otra más oscura superpuesta dibujando limones en la parte superior y se dirigieron a la subasta. Lemon estaba convencida de que su madre pretendía que la suya fuera la tarta más vistosa de todas.

Dejaron la tarta sobre la mesa y, en ese momento, Sherilyn Foster y su madre Diane aparecieron en escena.

—Uy, que tartita más “mona” —dijo Diane descubriendo la tarta que Sherilyn llevaba dentro

de una enorme caja.

Lemon reparó en que era el doble de grande que la suya, además, su decoración era mucho más elaborada; tenía un montón de limoncitos diminutos hechos con fondant. Al verla, el cuerpo de Annabeth se tensó.

Diane y Annabeth nunca se habían llevado bien. El señor Foster era uno de los hombres más influyentes de Lemonville y hacía años que aspiraba a arrebatarle el puesto de alcalde a Vernon. Eso había llevado a sus esposas a tratarse con aquel tono pasivo-agresivo tan evidente.

—Lo austero es elegante, Diane. Ya se sabe qué pasa cuando se peca de... excesivo. —Miró su tarta de reajo y sonrió—. Bonita tarta, por cierto.

—Ay, querida, en algunas ocasiones es mejor pecar de exceso que no quedarse corto. —Frunció su labio con suavidad tras observar de soslayo la tartita de Lemon—. Además, queremos asegurarnos de que el mejor hombre puja por nuestra Sher.

—Para nosotros eso ya no es un problema porque Lemon ya tiene al mejor hombre posible, ¿verdad, cariño?

—Cierto, se rumorea que tu hija ha pescado a un pez gordo.

Las cuatro mujeres miraron a James que en ese momento hablaba animadamente con el pastor Johnson.

—Bueno, no es que quiera alardear, sabe Dios que esa no es mi intención, pero el padre de James es propietario de uno de los bufetes más importantes de Nueva York —dijo Annabeth fingiendo humildad.

—Eso dicen. Las buenas noticias vuelan rápido en Lemonville. Por cierto, cielo —dijo Diane dirigiéndose a Lemon—, ¿cómo te encuentras? He oído que ayer parecías un poco... indispueta tras salir del pub del irlandés.

Lemon, que estaba disfrutando de la pelea de gatas, se dijo que había llegado el momento de terminar aquella conversación.

—En realidad, Diane, no estaba indispueta, estaba borracha como una cuba. —Diane se tapó la boca escandalizada por su respuesta directa—. Sher sabe perfectamente de lo que hablo, seguro que le ha pasado más de una vez. Todo el mundo sabe que guarda una petaca escondida entre las tetas.

Sherilyn fingió indignarse con aquella afirmación y Lemon, seguida de su madre que la regañó con la boca pequeña y una sonrisa mal disimulada, se marcharon de allí.

Lemon pensó que aquello no podía empeorar, pero se equivocó. Justo cuando fue a comprar una limonada en el puesto que habían instalado en la plaza para el Lemon Festival, se encontró con Gerard Bilson, un chico de otro pueblo que solía firtrear con ella siempre que coincidían.

—Pero ¿qué ven mis ojos? ¿Lemon Pie en el Lemon Festival? Hacía años que no te veíamos por aquí —dijo el chico acercándose a ella ampliando su sonrisa—. ¿Qué te trae de vuelta a Alabama?

A Lemon, Gerard nunca le había gustado. Era el típico chico bien sureño, con su pelo rubio repeinado, su sonrisa perfecta de dientes alineados y su ropa de marca. Sus padres eran los dueños de una enorme plantación y tenían dinero, el sueño de su madre de carne y huesos. Sin embargo, no era su tipo, pero él nunca parecía captar su desinterés.

—Bueno, tenía unos días libres y he pensado que estaría bien enseñarle este sitio a mi “novio” —enfaticó la última palabra para ver si de esta manera se lo sacaba de encima pronto.

—Oh. —Fingió que una daga le atravesaba el corazón—. Eso ha dolido, Lemon. Dime al menos que lo tuyo con ese tipo no es demasiado serio.

Antes de que pudiera responder a esa pregunta, apareció su madre con las mejillas sonrosadas y la excitación brillándole en el rostro:

—Lemoncito, la subasta está a punto de empezar, ve hacia la carpa, por favor, el pastor Johnson va a hacer su discurso.

Lemon agradeció aquella interrupción y se dirigió hacia allí tras recordarle a James que tenía que pujar por su tarta. Se colocó bajo la carpa junto al resto de chicas solteras de Lemonville y desde allí observó al gran número de hombres que se congregaban esperando encontrar una tarta y una hembra para ellos. Lemon solo quería que aquella pesadilla terminara pronto.

El pastor Johnson convirtió el discurso de inicio a la subasta en uno de esos sermones a los que estaban acostumbrados sus feligreses. Explicó que aquel año la recaudación de la subasta iba a destinarse para rehabilitar el viejo campanario de la iglesia y recordó las normas de las pujas y lo que marcaba la tradición: la chica debía entregar la tarta al hombre que la hubiera ganado y darle un beso como recompensa.

Lemon observó cómo, una a una, las tartas y las chicas iban siendo subastadas por el pastor.

Cuando llegó su turno, Lemon no estaba para nada nerviosa. Tenía a James localizado y suponía que nadie más iba a pujar por ella, así que se colocó delante del pastor Johnson con la tarta entre las manos y esperó a que este abriera su puja.

—Veinte dólares —dijo James levantando la mano.

—Veinte dólares para el neoyorkino de zapatos bonitos, ¿alguien da más? —dijo el pastor con el pequeño mazo con el que cerraba las pujas entre las manos.

Lemon sonrió, pensando que aquello ya había terminado, pero entonces otra voz se hizo oír entre la multitud:

—Veintiún dólares. —Se trataba de Gerard, que le guiñó un ojo desde la distancia.

Pero ¿qué le pasaba a ese idiota?

James se giró para buscar a su competidor y luego miró a Lemon que le hizo una mueca impaciente para que subiera su puja.

—Veintidós dólares.

—Veintitrés —se adelantó Gerard antes de que el pastor Johnson pudiera decir nada.

—Veinticuatro —respondió James.

A partir de aquí los dos hombres empezaron a pujar entre sí de dólar en dólar, hasta que Gerard decidió hacer una puja definitiva:

—Cien dólares.

—Cien dólares para el chico del flequillo, cien a la una, cien a las dos...

James alzó una ceja y miró a Lemon que, a su vez, le devolvió la mirada entre aterrorizada y suplicante.

—...y cien a las...

—Quinientos dólares —dijo James en el último momento sacando de su cartera un fajo de billetes.

Al ver el dinero, al pastor Johnson se le cayó el mazo al suelo.

—Chico, ¿estás seguro de querer pagar tanto por una tarta? —preguntó este, levantando con un dedo las pequeñas gafas que resbalaron por su nariz.

—Padre, está muy seguro, por favor, ¿puede acabar con esto de una vez?

El pastor se disculpó, cerró la puja y James y se acercó a Lemon para cogerle la tarta. Cuando hicieron ademán de marcharse, el pastor les recordó, con voz amable:

—Os falta el beso, chicos. Las tradiciones hay que respetarlas.

Con ganas de largarse de allí de una vez por todas y terminar con aquello, Lemon se puso de puntillas y besó a James en la mejilla, pero aquel beso fue recibido entre comentarios y abucheos del público formado por gran parte de los habitantes de Lemonville que se habían acercado a la subasta para cotillear.

—Que poca gracia, hija, los Pie sabemos hacerlo mejor —dijo Annabeth desde un extremo.

Lemon estuvo a punto de decirle a James que pasaran de todos y se fueran de allí, que no tenían por qué cumplir con las expectativas de nadie, pero antes de que siquiera pudiera separar sus labios, James la cogió de la cintura con firmeza, la atrajo hacia él y la besó en la boca con tanto ímpetu que la tarta que sujetaba con la mano libre estuvo a punto de caer al suelo. En el momento en el que sus labios se juntaron, Lemon se olvidó de la tarta, de que James era su rival en ese ascenso que deseaba y de que lo había llevado hasta allí para castigarlo por dejar embarazada a Autumn y pretender desentenderse. De hecho, se olvidó de todo excepto de una cosa: de lo agradable que era el contacto de sus labios contra los suyos. Y cuando este abrió la boca y allanó la suya con la lengua... sintió que todo su cuerpo vibraba como si una corriente eléctrica viajara por sus venas hacia todas sus terminaciones nerviosas. Incluso sintió un hormigueo descender por su vientre hasta su sexo cuando su lengua hizo espirales en su interior.

Fue James quien terminó el beso, separándose de ella con suavidad ante el jaleo que se había armado a su alrededor entre silbidos y risas. Durante unos segundos, sus ojos se encontraron a pocos centímetros de distancia, y vio en ellos una chispa de curiosidad. ¿Estaría James tan desconcertado con el beso como lo estaba ella?

—Esto... —susurró él con la voz tomada. Lemon esperó que le dijera algo trascendental, y le miró expectante—: Me debes quinientos dólares, Lemoncito.



## James



Ese beso... Había algo en ese beso. James no estaba seguro de qué era, pero la corriente que recorrió su cuerpo le decía que no había sido un roce de labios sin más. Eso sin contar que los labios no era lo único que había intervenido. La lengua de Lemon... tenía algo. Algo sorprendentemente agradable que hacía que su propia lengua se volviera traicionera y ahondara en su boca en busca de más, aunque él supiera que era hora de parar.

Sabía que tenía que reaccionar y amoldarse a las circunstancias. Aquel pueblo estaba volviéndolo completamente loco. Necesitaba despejarse, pero si se alejaba de Lemon, el idiota repeinado que había pujado por ella se acercaría, y algo desagradable se aposentaba en su estómago al pensar en ello. No eran celos, estaba seguro. Era un hombre libre, Lemon ni siquiera le caía bien y todo aquello no era más que una farsa, pero, aun así, le molestaba que él intentara acercarse a ella cuando supuestamente tenía novio. ¿Qué clase de persona hacía eso?

Ignoró por completo a la vocecita que le decía que ÉL era el tipo de persona que hacía eso. Lo había hecho en su pasado y estaba seguro de que lo haría en el futuro, si la chica en cuestión le interesaba lo suficiente. Aun así, que el muy imbécil pujara por Lemon le molestó. Intentó disimular diciéndole a ella que le debía quinientos dólares, pero lo cierto era que no le importaba lo más mínimo haberlos gastado.

—¿Te gustan los algodones de azúcar? —preguntó Lemon, trayéndolo de vuelta de sus pensamientos.

—Sí, no están mal. Me gustaban cuando era niño.

—¿No comes desde entonces?

—No. Crecí y eso... ya sabes.

Lemon bufó y James se descubrió riendo entre dientes cuando lo arrastró hacia un puesto. Llevaban un rato paseando por la feria nocturna que habían montado en medio del pueblo. Todavía no podía creer que en tan poco tiempo hubiesen armado atracciones, puestos de comida rápida y hasta un escenario en el que, al parecer, cantarían un tal John Lemon. James prefirió no preguntar anda acerca de eso.

—¿Me da uno multicolor, por favor? —preguntó Lemon al chico que hacía los algodones.

Este sonrió y se lo preparó con tal esmero que James supo de inmediato que se sentía atraído por Lemon. ¿Y cómo no iba a sentirse así? Se dio cuenta mientras la miraba de que, pese a que iba vestido como el 99,9% de las mujeres de Lemonville en aquel festival, ella conseguía destacar.

Quizá era su pelo naranja, desentonando y haciéndola única, o a lo mejor la borrachera del día anterior tenía algo que ver. James solo estaba seguro de que, de entre todas las mujeres jóvenes que había visto a lo largo del día, ninguna le parecía ni remotamente igual de bonita que Lemon.

Se descubrió frunciendo el ceño y tomó aire para calmarse. ¿De dónde salían aquellos pensamientos? Conocía a Lemon desde hacía un montón de tiempo y nunca había pensado algo así de ella. Que era insoportable, habladora en exceso, competitiva y un jodido grano en el culo, sí, pero que, además, era la mujer más bonita que había visto en mucho tiempo, no. Eso no lo había pensado jamás... hasta ese momento.

—Prueba —dijo ella volviendo a sacarlo de su mutismo—. Venga, hombre, alegra la cara. Te prometo que te pagaré los quinientos dólares en cuanto esté segura de que te comportas como el novio perfecto que se espera de ti.

—Maravilloso. ¿Y cuándo se supone que empiezas a comportarte tú como la novia que se espera de ti?

—¿A qué te refieres?

La miró a sus enormes ojos azules, que en ese momento rebosaban de inocencia, fingida, por supuesto, y rio entre dientes, valorando lo fácil que le resultaba meterse en el papel de chica ingenua.

—Las borracheras, que tu madre tenga que suplicarte prácticamente que participes en los actos de tu pueblo, los desplantes continuos a tu maravilloso y adorable novio... —Esto provocó una risita en Lemon que le hizo fruncir el ceño—. ¿Qué?

—Que comas y calles, anda, maravilloso y adorable novio.

Metió un trozo enorme de algodón de azúcar en su boca, y aunque James empezó protestando, pronto descubrió que algo tan inocente como aquello, albergaba oportunidades nunca valoradas. Lo supo cuando la yema de los dedos de Lemon rozó su labio inferior y un segundo después entró en su boca. Lo constató cuando cerró los labios y chupó su dedo levemente. Y se regocijó en la sorpresa que brilló en los ojos de Lemon, sobre todo cuando no tuvo ninguna prisa en hacerle soltar su agarré.

—¿Te gusta? —preguntó entonces. Y su voz sonó extrañamente ronca.

—Me encanta —admitió, no muy seguro de estar refiriéndose al algodón de azúcar.

Se miraron a los ojos durante lo que pareció una eternidad y James volvió a sentirlo. Aquel bocado en el estómago. Las ganas de probar sus dedos de nuevo, sin algodón de por medio esta vez, y la necesidad, casi imperiosa, de llevarla a una de esas zonas oscuras entre atracciones, pegarla a la taquilla cochambrosa de alguna de ellas y besarla hasta descubrir qué era lo que estaba cambiando en él, o en ella.

Parpadeó cuando ella carraspeó y reemprendió la marcha y se obligó a sí mismo a controlarse.

—¿Quieres una limonada? —preguntó señalando uno de los puestos, porque había varios a lo largo de toda la feria.

—Preferiría montar en la noria, si no te importa.

—Por supuesto —murmuró, no muy seguro de que aquello ayudara a su estado de confusión.

Fueron hacia la atracción, esperaron la cola y subieron a un vagón vacío que empezó a moverse casi de inmediato. Lemon no se asustó en ningún momento por el suave balanceo o la altura que adquirirían. Cualquiera otra chica habría aprovechado para acercarse a él y tener un rato de intimidad y caricias, pero ella se limitó a disfrutar de la brisa que los acariciaba. Cerró los ojos sonriendo a la noche y James observó detenidamente su perfil. El algodón de azúcar de colorines seguía entre sus manos, el pasador de limones recogía su pelo hacia atrás y aquel

vestido no era el que más bonito del mundo, pero a él, en aquel instante, le pareció que su imagen era absolutamente perfecta.

Cuando bajaron de la noria lo hicieron en silencio, él incomodo consigo mismo y su línea de pensamientos y ella... Bueno, no sabía en qué pensaba ella porque ese era uno de los problemas con Lemon: nunca tenía ni idea de qué le pasaba por la cabeza.

Alzó la mirada y se fijó en que Annabeth Pie los observaba fijamente con una sonrisita ilusionada y se dijo, por millonésima vez, que lo único que ocurría es que aquella familia y aquel pueblo tenían el don de atrapar a una persona y sumergirla en una burbuja; una realidad alternativa en la que solo importaban los limones, las apariencias y Lemon.

De pronto, haber aceptado quedarse más días le resultó una idea pésima y rezó con todas sus fuerzas para que aquello pasara cuanto antes y volvieran a la seguridad de Nueva York, donde ellos solo eran Lemon Pie y James Baker: buenos abogados y mejores rivales.

## James



La puerta trasera se abrió y Annabeth entró eufórica en la cocina seguida de Daisy, su amiga y cómplice de fechorías. Ambas llevaban la misma permanente y vestidos parecidos con estampados de rodajas de limón. Hablaban entre sí, sin parar de gesticular, algo que llamó la atención de James que, junto a Lemon, estaba adelantando trabajo del bufete en su portátil aquella mañana calurosa.

Una ola de calor acababa de instalarse en Lemonville y los termómetros rozaban los cuarenta grados. A James le gustaba el calor, pero tenía que admitir que aquellas temperaturas tan altas lo estaban trastornado de una forma un tanto extraña. Como le ocurrió durante la madrugada cuando, empapado de sudor, abrió los ojos y se empalmó al instante al encontrar las tetas de Lemon queriendo salirse del pijama a pocos centímetros de su cara. Ella dormía fuera de la colcha y sus dedos rozaban su entrepierna. Aquella noche apenas pudo dormir. No dejaba de preguntarse cómo sería estar dentro de Lemon. Nunca antes había deseado tanto poseer a una mujer.

¿Qué demonios le estaba ocurriendo?

Miró a Lemon de reojo. El capullo de Alan Parker la había llamado hacía un rato y ella le había respondido con demasiada familiaridad para su gusto. En aquel momento, trabajaba concentrada en su portátil ajena a la forma en la que las recién llegadas la observaban entre cuchicheos.

—Lemoncito, cielo, ¿puedes atendernos un segundo?

Lemon levantó la mirada del portátil y las miró.

—Hola mamá, hola, Daisy. —Saludó a la mujer que la acompañaba con una sonrisa forzada, supongo que preguntándose lo mismo que James: ¿qué demonios estarían tramando?—. ¿En qué puedo ayudaros?

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿El qué?

—¡Que te habías inscrito al certamen de belleza para Miss Limón! —exclamó Annabeth palmeándole el brazo con los ojos brillantes de felicidad.

—¿Qué yo he hecho qué? —Lemon la miró con estupefacción.

—Me lo ha dicho Daisy. —Annabeth señaló a la implicada que levantó la mano encantada de la vida de participar en aquella conversación—. Se lo ha dicho Betty en el supermercado, cuando ha ido a comprar. Se ve que Diane va diciendo por ahí que ha visto tu nombre en la lista de

participantes cuando ha ido a inscribir a Sherilyn y que no entiende por qué lo has hecho si no tienes ninguna posibilidad de ganar. La muy... arpía.

—Mamá...

—He traído a Daisy para que nos ayude a elegir un vestido para la ocasión.

—Mamá...

—Y algo tendremos que hacer con ese pelo. Tan naranja... ¿Crees que nos da tiempo de teñirla? Maldita ascendencia escocesa...

—Mamá...

—¿Y una peluca? —intervino Daisy.

—¿Crees que podremos conseguir una a tiempo?

Lemon se levantó de la silla y las encaró.

—Mamá, ¿puedes hacer el favor de escucharme? —Las dos mujeres callaron de golpe—. Yo no me he inscrito a ese ridículo certamen. No sé qué clase de droga tomó Diane, pero está claro que deliraba.

—Querida, no hace falta que sigas disimulando. Después de hablar con Betty fui a ver a la peluquera, que es quien lo organiza todo, y me lo confirmó: Tu nombre está en la lista —dijo Daisy.

Lemon parpadeó. Una vez. Dos.

—Pero eso es imposible, yo no me he inscrito. —Luego fulminó a su madre con la mirada—. ¿No lo habrás hecho tú, mamá?

—¿Inscribirte yo? ¿Sin pedir permiso? Nunca haría eso, Lemoncito.

James fingió estar concentrado en su portátil y no atender a la conversación

Pero sí que la estaba atendiendo. Es más, él sabía quién la había inscrito. Y tuvo que esforzarse para no arquear los labios en una sonrisa que lo delatara.

—Ya, claro, cómo en la subasta. Pues esta vez, madre, no vas a convencerme. No pienso presentarme a Miss Limón. Veréis antes a cerdos volar que a mí participar en ese estúpido concurso. Que te quede claro.

—Estoy ridícula, ¿verdad? —preguntó Lemon cruzándose de brazos y frunciendo los labios pintados de un rojo intenso con disgusto.

James la miró con detenimiento. Lemon llevaba puesto un vestido amarillo sesentero a conjunto con una diadema del mismo color. A pesar de que el vestido le llegaba por debajo de las rodillas le gustó, con aquel escote en forma de corazón sus tetas asomaban al mundo de forma sugerente.

—Pues yo te encuentro muy sexy, Pie.

—¿Cómo me he dejado convencer para hacer esto? ¿Cómo?

—Hasta yo hubiera aceptado participar en el certamen después del numerito que ha montado tu madre cuando le has dicho que no.

Aquella mujer tenía un don de persuasión digno del mejor fiscal que hubiera conocido nunca, pensó James. Seguro que conseguía que los acusados se declarasen culpables con tal de hacerla callar, incluso los inocentes.

Lemon bufó y ambos fijaron la mirada en la carpa que seguía montada en la plaza central. Aquella vez, la pancarta rezaba: "Miss Limón, certamen de belleza de Lemonville". Empezaba a anochecer y los colores anaranjados del sol al ponerse salpicaba de naranja todos los rincones del pueblo.

Una mujer de unos cuarenta años cogió el micro y llamó a las participantes al certamen, que se congregaron a su alrededor.

James reconoció entre ellas a Sherilyn y a una de las hijas solteras del pastor Johnson entre otras mujeres jóvenes del pueblo. Todas llevaban un vestido parecido al de Lemon.

El concurso duró lo que a James le pareció una eternidad.

La primera prueba del certamen consistía en desfilarse sobre una pasarela que habían montado cerca de la carpa, cosa que hicieron con más o menos gracia.

La segunda era una prueba de talento. Las concursantes cantaron, bailaron y tocaron el violín. Incluso una recitó la lista de los Padres Fundadores de los Estados Unidos de América. Lemon fue la nota discordante. Corrió hacia el árbol más cercano y se subió hasta la rama más alta recogiendo la falda y dejando a la vista unos pantalones cortos que se había puesto debajo. A los integrantes del jurado no pareció gustarles demasiado aquello. Y a Annabeth tampoco por la forma en la que se horrorizó al verla trepar. Pero a James le encantó. En aquel momento, encajando manos y pies en las ramas del árbol, a James le pareció advertir un atisbo de la Lemon que vio en la foto de la panadería.

La última de las pruebas fue una ronda de preguntas sobre cultura general que dejó en evidencia a más de una concursante, sobre todo a aquella que aseguró vehementemente que España era un país de Latinoamérica. O aquella otra que se equivocó al enumerar los tipos de limones que existían, algo que para los habitantes de Lemonville era motivo de destierro.

Cuando los miembros del jurado dieron su veredicto, James ya tenía el suyo: si había alguien que se merecía ganar aquel concurso era Lemon. Pero el jurado no estaba de acuerdo con él, y el concurso lo ganó Sherilyn Foster, a quien colocaron una corona con un limón en la parte superior y una cinta amarilla cruzada sobre el pecho con "Miss Limón" escrito en letras negras, algo que hizo saltar de felicidad a Diane tras lanzarle una mirada incisiva a una enfurruñada Annabeth.

James aprovechó que Lemon fue interceptada por su madre para ir un momento a la feria y comprar algo en una caseta de juguetes. Al regresar a la carpa se encontró a Lemon sola, apartada del resto, con los brazos cruzados y una expresión amarga en la cara.

—Anda, tartita de limón, vamos, que te invito a un trago. —Le pasó un brazo por los hombros y entraron en el pub irlandés.

Dentro estaba Liam, el dueño del local, que hablaba con Asher, quién bebía una Guinness sentado en un taburete de la barra. Al verla, el panadero bromeó sobre el hecho de que hubiera participado en ese concurso, cosa que a Lemon no le hizo la menor gracia.

Tomaron unas bebidas alcohólicas que el irlandés les sirvió, escucharon a Asher quejarse de Italia que, además de ruidosa, le había devuelto su taladradora pintada de rosa, con purpurina y brillantitos alegando que así estaba más bonita, y salieron de nuevo al exterior. Lemon parecía de mejor humor que al entrar. Aunque le duró poco: su rostro volvió a avinagrarse al encontrar a Sherilyn posando frente al fotógrafo del diario del pueblo.

—Y encima ha tenido que ganar Sherilyn Foster —bramó alejándose de ahí hacia una calle libre de atracciones, puestos de limonadas y gente—. "Siento tener que decírtelo, Lemon, pero estoy decepcionada. Si me hubieras dejado teñirte el pelo y esconder esa horrible peca de tu cuello con maquillaje, todo habría sido distinto" —dijo agudizando su voz para imitar el tono irritante de su madre.

—Si te sirve de consuelo, creo que deberías haber ganado tú. Eras la más guapa de todas. Aunque no me hagas mucho caso, estoy un poco borracho. No sé qué demonios nos ha servido el irlandés, pero tiene alcohol como para tumbar a un elefante.

—¿Hablas en serio? —pregunto Lemon mirándole con un brillo extraño en los ojos.

—Bueno, quizás he exagerado con lo del elefante.

—Me refiero a lo otro.

James lo sabía, solo había querido jugar con ella. La noche había caído por completo sobre Lemonville y las lucecitas que rodeaban las ramas de los limoneros ya estaban encendidas.

—¿Me preguntas si creo que eras la más guapa de todas? —Lemon alzó las cejas con interés, pero sin confirmar ni desmentir—. Por supuesto que lo creo, Pie. Además, esa manera de subirte al árbol como una ardilla revoltosa se merecía la corona de Miss Limón.

Se detuvieron bajo un limonero desde el que se podía ver las luces que bullían en el centro del pueblo, acompañadas por los sonidos de las atracciones y los puestos de la feria.

—En realidad, me da igual no haber ganado ese estúpido concurso. —Aunque sus gestos y su expresión no se correspondían a sus palabras. James conocía a Lemon: era una de las personas más competitivas que conocía y odiaba perder—. Por mucho que haya dicho que no, seguro que me ha apuntado mi madre. Esa mujer no es capaz de hacer nada sin preguntarme. Pero la culpa es mía por no plantarme y...

—He sido yo —dijo James cortando su diatriba.

—¿Qué?

—Yo te apunté a ese concurso, Lemon.

Sus ojos se abrieron de par en par y, en pocos segundos, su expresión pasó de la sorpresa al enfado.

—¿Qué tú has hecho qué? Oh, claro que sí, tenía que haberlo supuesto. Seguro que pensaste: voy a pasármelo genial viendo a Lemon hacer el ridículo en ese certamen de belleza. —Hundió el dedo índice en el torso de James con la ira brillando en sus ojos—. Eres una sabandija asquerosa, James Baker. Espero que hayas disfrutado de tu triunfo y que hayas hecho fotos y vídeos para recrearte con ellos durante la posteridad.

Lemon cuadró los hombros y se dio la vuelta indignada, pero James la sujetó del codo antes de que pudiera marcharse y la obligó a girarse de nuevo.

—No lo he hecho por eso, Lemoncito.

—¡No me llames así!

—Te apunté porque creía que podías ganar.

—¡Ja! Ese cuento explícaselo a otra —rezongó.

James abrió la bolsa que llevaba entre las manos, sacó una corona de ella y se la puso en la cabeza. Era de plástico, de color plateado y tenía pedrería encastada de color rosa.

—Hablo en serio. Para mí tú deberías haber sido Miss Limón.

James sonrió y consiguió que Lemon, después de unos instantes de sorpresa, sonriera también.

—El rosa no pega con mi pelo.

—“Gracias, James. Ha sido un detalle muy amable” —dijo con sarcasmo.

Lemon se recolocó la corona.

—James Baker, cuando quieres puedes ser muy tierno.

Se miraron en silencio. A pesar de las altas temperaturas, aquella noche corría una brisa muy agradable. Un mechón de pelo fue hacia la cara de Lemon y James aprovechó para colocárselo tras la oreja.

—Lemon Pie, eres una mujer extraordinaria, valiente y fuerte —dijo acercándose más a ella.

—Pues será verdad que estás un poco borracho —susurró Lemon.

—No lo suficiente como para no saber que quiero hacer esto.

James cogió su rostro entre las manos y se inclinó hacia ella hasta que sus narices se tocaron. Luego lo hicieron sus bocas. Un chasquido. Después otro. En el tercero, James tanteo sus labios con la lengua y ella le dejó pasar a su interior con un gemido de deseo. Ahí estaba de nuevo, ese sabor indescriptible, esas ansias de perderse en su boca, de parar el tiempo y de quedarse a vivir en ese beso.

James no sabía qué tenía Lemon para volverlo tan loco. Mientras la besaba, solo podía pensar en lo ciego que había estado todos esos años para no haberse dado cuenta de que su mayor rival en el bufete era también una de las mujeres más interesantes e increíbles que hubiera conocido nunca.



## Lemon



Los fuegos artificiales empezaron antes aquella noche. Lo hicieron en la boca de Lemon y fue James Baker quien prendió la mecha que los hizo detonar. ¿Quién podría haberlo pensado?

Lemon no quería pensar mucho en ello, pero no podía evitarlo, porque James ganaba por goleada a todos los hombres con los que se había besado antes. El tacto de su lengua era abrumador. Su sabor, adictivo. Quería más de él. Sabía que era una locura, era muy consciente, y aun así quería más de él. Se dijo que era cosa de aquel pueblo del infierno, que la ponía frenética. Tal vez fuera culpa de la adrenalina que corría por sus venas desde que pisaron Lemonville. No lo sabía. Lo que sí sabía Lemon era que nadie antes la había besado de ese modo y que necesitaba descubrir si en lo demás, en todo lo demás, se sentiría igual.

No pensó en la pobre Autumm. Ni en el bebé que James tenía en camino con ella. Ni en que su madre estaría vigilándolos por algún rincón de la feria. No pensó en nada que no fuera tener a James desnudo sobre ella. Rompió el beso y lo miró a los ojos con intención. Los de él estaban tan aturridos que Lemon sintió una oleada de júbilo. Le encantaba ser quien lo había dejado así.

—¿Nos vamos a casa? —dijo con voz ronca.

James elevó la ceja a modo de pregunta y Lemon asintió una sola vez. Fue suficiente para que captara la señal.

—Nos vamos a casa.

El camino fue tan rápido y fortuito que Lemon temió caerse. Lo temió, al menos, hasta que James pasó una mano por su cintura y la aposentó en su cadera. Le dio un apretón cariñoso y Lemon sintió que su vagina se contraía de anticipación. Era una corriente eléctrica que no había sentido jamás. ¡Si ni siquiera se habían quitado la ropa! Surrealista. Se dijo a sí misma que seguramente tenía que ver con el amor-odio que experimentaban. La tensión había pasado a ser sexual y el ambiente estaba tan cargado que prácticamente se podía tocar.

Entraron a trompicones, tropezando un poco con los escalones, lo que provocó la risa de Lemon. James la miró divertido y se pasó la lengua por los labios.

—Espero que esa risa no signifique que eso de antes era una broma, tartita de limón, porque no quiero acostarme otra noche con dolor de huevos.

—¿Te has acostado alguna noche con dolor de huevos? —preguntó ella, cogiendo al vuelo la indirecta.

—Muchas, a lo largo de mi vida, pero anoche apenas pegué ojo. Ese pijama tuyo va a

volverme loco.

—Entiendo. —Lemon estiró la espalda, adoptando la actitud distante y altiva que acostumbraba en el bufete. James se tensó y no fue capaz de disimularlo. Ella carraspeó y habló muy seria, como si de verdad estuviese replanteándose todo aquello—. Bueno, supongo que tendré que dejar que me folles con él puesto.

La respiración de James sufrió un pequeño lapsus y Lemon sonrió, pagada de sí misma.

—¿Supones? —preguntó con la voz cargada de intención.

—Si eres un buen chico y...

—Oh, no, Lemoncito. —Rio de una forma que erizó su vello—. No pienso ser un buen chico, así que acéptalo cuanto antes, porque voy a empezar a quitarte la ropa en dos segundos, aproximadamente.

—En realidad...

No pudo decir más. James iba muy en serio con su amenaza y se acercó abrazándola y besándola con intensidad mientras sus manos bajaban la cremallera del vestido.

—Estamos en la cocina. —Lemon jadeó cuando él pellizó su culo—. Vamos al dormitorio.

—Si no tuviera miedo de que nos aguaran la fiesta, te follaría aquí mismo, sobre la mesa.

Lemon ahogó tal gemido que James rio, pagado de sí mismo. Maldito arrogante. Y lo peor es que tenía todos los motivos para sentirse así, porque su cuerpo no dejaba de dar muestras de deseo y ella no tenía la menor intención de cortarse. Lo cogió de la mano y lo hizo subir las escaleras a toda prisa. Entraron en el dormitorio, se giró y dio tal tirón al botón de su bragueta que se hizo daño en una uña.

—¡Maldita sea!

Se la llevó a los labios de inmediato y James rio, pero abrió la bragueta por ella y bajó el pantalón de un tirón.

Lemon no pensaba que James tuviera un tamaño pequeño. A decir verdad, no pensaba para nada en el tamaño de James, pero su polla... era perfecta. Era tan perfecta que no aguantó el impulso de arrodillarse frente a él y sujetarla con una mano. Los pantalones de James aún se enrollaban en sus tobillos y estaba tan visiblemente impactado que no hablaba. Su cuerpo era duro como una roca, en parte por la tensión, supuso. Ella miró arriba mientras recogía con el pulgar una gota de semen preliminar y se mordió el labio inferior con fuerza, reteniendo su propio deseo.

—Oh, joder, Lemoncito. Si haces eso de nuevo voy a correrme antes de que la diversión sea completa para los dos.

Ella lo hizo, porque los retos siempre le habían ido, y James gimió, cerró su mano derecha en un puño, se la llevó a la boca y lo mordió con tanta fuerza que probablemente se hizo daño. Inexplicablemente, aquello la excitó más.

Lemon se acercó a su polla y rozó su glande con los labios. James pronunció algunas palabras malsonantes que la hicieron sonreír con egocentrismo. Vaya, vaya. ¿Quién tenía el mando ahora? Lo miró, a punto de decir lo que pensaba en voz alta, pero cuando vio su necesidad se perdió en ella. Parecía tan deseoso que no podía, ni quería, hacerlo sufrir más. Abrió la boca y lo acogió con destreza. No es que hubiese hecho aquello una infinidad de veces, pero sí las suficientes para tener algunos conocimientos efectivos. Chupó, mordió y besó su polla con tanto mimo y ahínco que cuando él la asió por los hombros, no le extrañó, porque debía estar a punto, a juzgar por las reacciones de su cuerpo.

—Te toca. —James se quitó toda la ropa tan rápido que Lemon no pudo disfrutar del espectáculo. Claro que verlo desnudo, todo fibra y perfección física, fue espectáculo suficiente—.

No sabes las ganas que tenía de probar tu tarta...

Lemon soltó una carcajada. No pudo reprimirla. Pero aquello no hizo que su deseo menguara y James se encargó de cerrarle la boca. O más bien, de abrirsela mucho más. Tiró de las hombreras de su vestido y lo dejó caer al suelo. Su conjunto de ropa interior, de encaje negro y con un lacito amarillo en el centro de los pechos, lo hizo ahogar otro par de exclamaciones.

—Voy a quitarte todo esto para follarte a placer, pero pienso ponértelo en algún momento solo para alegrarme la vista.

—Hasta donde yo sé, soy yo quien se pone la ropa, no tú.

James rio entre dientes, lejano a ofenderse, y dio un lametón en la curva de su cuello.

—Tumbate en la cama ya, o lo haré yo.

—Oye, deja de dar...

No pudo acabar la frase. Se vio alzada en vilo y depositada en la cama con suavidad, pero firmeza, y cuando intentó protestar James se arrodilló entre sus piernas abiertas, apartó sus bragas y dio tal lametón en su vagina que solo pudo arquear la espalda y agarrarse a su nuca.

—Más —pidió.

Él sonrió, pagado de sí mismo, juntó sus rodillas lo justo para sacar las braguitas y volvió a acomodarse entre ellas, esta vez sin que la tela se interpusiera en su camino.

James Baker sabía cómo hacer que una mujer se corriera en cuestión de minutos. Nadie podía quitarle ese honor, ni siquiera ella. Tampoco quería, porque aquella lengua... Aquella lengua debería estar prohibida.

Diablos, no, mejor todo lo contrario. Debería ser patrimonio de la humanidad.

Mordió su clitoris con suavidad, haciendo que se irguiera por la sorpresa. Consiguió que suplicara y lo llamase por su nombre entre gemidos incontrolados una y otra vez. Coló dos dedos dentro de su vagina y Lemon no pudo aguantarlo más. Se corrió ruidosamente, como nunca, según recordaba, y no le importó lo más mínimo. Que la oyera. ¡Que la oyera todo Lemonville! Acababa de tener uno de los mejores orgasmos de su vida, así que bien valía la pena quedar en evidencia. Quedó desmadejada en la cama, exhausta, pero pensando en el siguiente asalto. James, por su lado, se levantó y rebuscó en su pantalón la cartera. Sacó de ella un condón y lo rasgó frente a Lemon, mirándola a los ojos directamente, como si intentara desafiarla a que lo parase. No lo haría. Deseaba aquello tanto o más que él. Cuando dio un paso en su dirección, se incorporó y lo miró con una sonrisa lánguida.

—Ven aquí, panadero. Te has ganado una buena cabalgada.

Su polla, que ya estaba dura, dio un brinco al oír sus palabras, pero Lemon no rio, porque aquella la puso a tono como pocas cosas. Cuando James llegó al borde de la cama ella ya estaba de rodillas. Tiró de sus brazos, lo tumbó en la cama y se colocó sobre sus caderas. Se sentó a lo largo de su polla, encargándose de hacerle sentir su humedad, pese al látex, y se movió en círculos para provocarlo unos segundos.

—No juegues ahora, limoncito. Estoy a nada de correrme como un niño y quiero hacerlo dentro de ti.

Lemon sonrió, entendiendo sus palabras, y como se consideraba una mujer sumamente generosa, hizo caso. Se diría que era la primera vez que obedecía a James de buen grado. Agarró su polla, la colocó en la entrada de su vagina y se dejó caer con suavidad, pero sin pararse hasta tenerlo ensartado en el fondo de su ser. Los dos gimieron, él con evidente placer y ella por la sorpresa de tener algo tan grande presionando sus paredes vaginales.

—Muévete —dijo él con los dientes apretados y unas gotas de sudor perlado su frente.

Lo hizo, pero a su manera. Comenzó haciéndolo adelante y atrás lentamente, aunque él se agarrara a sus caderas e intentara imprimirle más ritmo.

—Esto no va así, vaquero —dijo ella presa del deseo—. Tú te quedas ahí y disfrutas de lo que yo te doy. Sin mandar. Sin exigir. Estás a mi merced.

James la miró a los ojos, sorprendido por sus palabras. Quizá imaginaba que al tenerla desnuda y estar dentro de su cuerpo iba a volverse una romántica. Lemon no tenía nada contra el sexo romántico, pero estaba tan excitada que necesitaba jugar un poco con él, provocarlo y llevarlo al mismo estado que tenía ella.

—Tú mandas, Miss Limón.

Gimió en respuesta y se dio cuenta de que aún llevaba puesta la corona de plástico que le había regalado. Dios, había sido un detalle precioso, y en aquel momento, además, pensó que era de lo más morboso follarlo así.

Pasó las manos por el pecho de James, apretó sus dedos cuando llegó a la altura de sus pectorales y se echó hacia adelante para morder su barbilla, su labio inferior y su lengua, cuando James la sacó.

Lo folló lentamente de adelante atrás y cuando la tortura fue demasiada para ambos, porque el roce de su clítoris con el pubis de James la estaba enloqueciendo, hizo lo contrario. Se echó hacia atrás, se agarró a sus piernas y se movió en círculos y con rapidez. Él pasaba sus dedos por sus tetas, pellizcando sus pezones y mirándola con una cara tan morbosa que Lemon estuvo a punto de correrse dos veces solo contemplándolo. Al final, lo que la hizo estallar de nuevo fueron los dedos traicioneros de James, que encontraron su clítoris por sorpresa, porque ella no lo esperaba. La acarició y presionó con tanta precisión sobre él que se corrió con fuerza, arqueando la espalda, echando la cabeza hacia atrás y apretando la polla de James con los espasmos de su vagina. Aquello hizo que él se corriera a lo bestia. Tuvo que ser a lo bestia, a juzgar por la forma en que gimió su nombre y se agarró a su cintura para que se moviera.

Sentía su polla bombear dentro de ella y aquello sirvió para que tuviera una réplica y su orgasmo se alargara. Fue alucinante. Abrumador. Maravilloso.

Cuando los dos acabaron estaba tan cansada que no lo pensó. Se dejó caer hacia adelante y enterró la cara en su cuello. James acarició su espalda con un largo suspiro que podía significar cualquier cosa, y pasados unos minutos en que ninguno habló, acarició los cachetes de su culo y la alzó con delicadeza, sacando su polla, que ya empezaba a desinflarse, de su interior.

—Tengo que quitarme el condón —murmuró—, pero tú no te muevas de aquí.

Parecía una orden, pero cuando alzó la cara para replicar, se encontró con que James la miraba de un modo... distinto. Le gustaba. Era como si temiera que ella se arrepintiera o saliera corriendo. No lo haría, pero tampoco tenía por qué decírselo. Se limitó a sonreír, besar su torso y rodar hacia un lado de la cama.

—Aquí te espero.

Él se perdió por el pasillo hacia el baño y Lemon se quedó pensando que aquello era una locura. Se le había ido la cabeza por completo, pero el recuerdo de James entre sus piernas... Aquello bastó para que se lo replanteara todo.

Estaba en un problema enorme, y lo peor de todo es que le encantaba estar en él.

## James



A James nunca le habían gustado las complicaciones. Desde niño huía de todo aquello que, tarde o temprano, pudiera representar un problema. Se consideraba una persona pragmática. Por eso su historial amoroso se reducía a líos de una noche y follamigas a las que llamaba cuando sentía la necesidad. Tuvo una novia durante la universidad, pero lo dejaron poco después de terminar la carrera. Y una vez salió al mercado laboral y entró en el bufete de abogados, su vida se redujo a su trabajo.

James hacía años que no se planteaba tener una relación de pareja con nadie. No tenía tiempo siquiera para pensar en ello, pero tampoco ayudaba el hecho de que no hubiera conocido a nadie interesante que le hiciera plantearse esa posibilidad. Sin embargo, aquella mañana, cuando abrió los ojos y se encontró a Lemon desnuda a su lado, eso empezó a cambiar.

James no sabía si era por culpa del calor, por la locura de aquel pueblo y su veneración hacia los limones, por la cantidad ingente de limonada que había bebido en los últimos días o porque el sexo con ella había sido espectacular, pero la idea de encontrar a Lemon desnuda en su cama de forma recurrente por las mañanas no le disgustó en absoluto. Es más, le gustó. Y el hecho de que le gustara fue suficiente para que un estremecimiento le recorriera de pies a cabeza.

Él no dormía nunca con sus ligues. Follaba con ellas, las abrazaba después de correrse y se largaba minutos después, porque dormir le parecía un acto demasiado íntimo. Con Lemon en ningún momento se había sentido violentado en ese sentido. Al contrario. Le gustaba sentir la cadencia de su respiración al dormirse, los ronquiditos que hacía cuando su sueño se volvía más profundo, o la forma en la que se acurrucaba contra su cuerpo cuando cambiaba de postura como si fuera un gato en busca de calor.

James sacudió la cabeza espantando aquella línea de pensamiento. Solo hacía unas horas que se habían acostado por primera vez, era demasiado pronto para pensar en ella con esos términos.

Necesitaba despejarse, así que se levantó de la cama y, con cuidado de no hacer ruido para no despertarla, se vistió y salió de la casa dispuesto a estirar las piernas y comprar el desayuno para Lemon y el resto de la familia Pie. Era muy pronto, pero sabía que Asher abría temprano.

Llegó a la panadería y entró haciendo tintinear las campanillas que colgaban sobre la puerta. Para su sorpresa, el panadero no estaba solo a pesar de las horas, Liam, el dueño del pub, estaba con él.

—Vaya, vaya con el neoyorquino, ¡qué madrugador! —dijo el pelirrojo con una media sonrisa

—. ¿No viene Lemon contigo? Es una pena, me gusta ver cosas bonitas de buena mañana. Me ayuda a encarar el día con energía.

—Lemon aun duerme —dijo James un poco molesto por el comentario de Liam. No se consideraba para nada un tipo celoso, no veía el amor como una propiedad, pero el descaro del irlandés en aquel momento le molestó—. Está recuperándose de una noche... abrumadora. Tendrás que buscar otra cosa que admirar.

—Y supongo que esta es tu sutil forma de decirme que me corte con los halagos hacia tu novia. —Liam se rio entre dientes.

—Para nada. Puedes halagarla todo lo que quieras siempre y cuando lo hagas desde una distancia prudencial —dijo James sonriendo, no quería quedar como un capullo celoso.

—Si te soy sincero, por vuestra actitud no tenía claro hasta qué punto lo vuestro era... formal.

James sabía que su duda era del todo razonable. Lemon había estado firtreando con él de forma descarada, y a James le había hecho gracia verla coquetear con el irlandés de esa manera. Pero eso era antes de que los sentimientos explotaran en su pecho y le saltaran a la cara.

—Es... complicado.

—Un asunto raro —intervino Asher tras el mostrador. Al ver que James le miraba sin comprender, añadió—: Así lo definió Lemon.

James era el tipo de persona que creaba lazos rápido. Era un hombre abierto y extrovertido que solía caer bien enseguida sin esforzarse debido a su encanto natural. Por eso cuando el irlandés propuso a Asher que cerrara la panadería y que fueran los tres a tomarse unos tragos al pub para hablar del "asunto raro", James aceptó. Pensó que tratarían el tema de forma superficial. Pero tomar cerveza con el estómago vacío podía ser considerado como suero de la verdad, porque lo soltó todo. Bueno, casi todo. Les explicó que Lemon y él eran rivales en el bufete y que nunca se habían llevado bien, que lo había extorsionado para acompañarla al pueblo y que, una vez en el pueblo, las cosas entre ellos se habían ido enmarañando hasta acabar enrollándose la noche anterior. Lo que no les contó fue lo de Autumn y el error que cometió Lemon creyendo que él era el culpable de su embarazo, algo que, en algún momento, tendría que acabar aclarando con ella.

—Si Lemon te chantajeó es porque tendría un buen motivo para hacerlo —dijo Asher tras dar un trago a su jarra—. La conozco desde que era una niña que defendía a tortas a los más débiles cuando alguien se metía con ellos. Es un poco intensa, pero no es una persona injusta.

James le miró de reojo, si él supiera...

—La cuestión es que no tenía pensado que Lemon me gustara. Mi idea era venir aquí, descubrir sus puntos débiles y usarlos a mi favor en un futuro. Pero el rumbo que han tomado los acontecimientos ha sido algo totalmente inesperado.

—Debería darte una patada en el culo por eso, tío. Lemon es una de las personas más íntegras que conozco. Incluso estuvo a punto de quedarse en Lemonville cuando Lydia enfermó renunciando así a su sueño de vivir en Nueva York. Suerte que Lydia consiguió convencerla de lo contrario.

Ahí estaba, otro dato que James no conocía, y por la forma en la que Asher lo miraba, se acababa de dar cuenta de que había hablado de más.

—Yo no es que sea nadie para dar consejos y menos sobre relaciones, no son lo mío, pero creo que deberías volver con Lemon y hablar de esto con ella —apuntó Liam alzando una de sus pelirrojas cejas.

James tenía que admitir que Liam tenía razón en su apreciación. Además, llevaba más de una hora fuera, no había avisado de su marcha y su ausencia podría ser malinterpretada por Lemon al

despertar.

Así que apuró su cerveza, le pidió a Asher que abriera la panadería y le sirviera uno de esos bizcochos de limón en forma de limón que tanto parecía gustar a Annabeth y Vernon, y regresó a casa ansioso por ver a su pelirroja favorita y meterle la lengua en la boca hasta el fondo. Aunque no era lo único que le apetecía meter dentro de ella hasta el fondo.

## Lemon



Lemon se desperezó en la cama y sonrió, en parte por el sueño reparador que había tenido y en gran medida por los músculos que protestaron, debido a lo mucho que habían trabajado la noche anterior. Tocó la cama, a su lado, y cuando la sintió vacía su buen humor se apagó. Abrió los ojos y miró en derredor. Se calmó un poco cuando vio la maleta de James allí. Por un momento, había pensado que él se había largado sin decirle nada, arrepentido de lo que había ocurrido entre ellos. Tomó aire y lo expulsó. Aunque por fuera pareciese una mujer segura de sí misma y con una confianza irrompible, lo cierto era que en temas amorosos no siempre era así.

Se levantó de la cama, fue al baño y se dio una ducha rápida. Era muy temprano, así que sus padres aún dormían, pero ella no podía regresar a la cama. Las pocas horas que había dormido habían sido tan buenas y profundas que se sentía como si hubiese hecho una maratón de sueño y sexo, cuando lo cierto es que lo había hecho de lo segundo.

Bajó a la cocina para hacerse café e ignoró con todas sus fuerzas la punzada de intranquilidad que sentía al no ver a James por ninguna parte. Por fortuna, la incertidumbre duró poco, porque el dueño de sus pensamientos atravesó la puerta cargado con un bizcocho de la panadería de Asher apenas un par de minutos después de que ella entrara en la cocina. No esperaba verla allí, fue evidente por cómo se frenó en seco, pero la sonrisa que le dedicó... Bueno, digamos que Lemon hubiese estado dispuesta a quitarse la ropa ahí mismo si él lo hubiese pedido. ¡Era tan guapo! ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo guapo que era? Seguramente estar pensando en él en términos como “gusano” o “bicho asqueroso” no ayudó en nada a su imagen, pero ahora, sin todos esos pensamientos llenándole la cabeza, no podía mirarlo sin babear, lo que era un problema, porque el ego de James Baker no necesitaba que ella babeara públicamente por él.

—¿No piensas decir buenos días? —preguntó elevando una ceja, con esa chulería que le caracterizaba.

—No me he tomado mi café, y estoy un tanto gruñona cuando no me tomo mi café. Además, tú no...

Lemon no pudo hablar más. Su boca. La maravillosa boca de James estaba sobre la suya, besándola como si llevaran un siglo sin verse, y de pronto olvidó qué es lo que quería decirle. Rodeó su cuello con las manos y mordió su labio inferior hasta que protestó, pero sin alejarse. Eran dos titanes incluso para besarse. Los dos querían ser el mejor. Los dos querían que el otro se volviera loco. Y los dos conseguían alcanzar las nubes en el proceso. Convertían un simple beso



en algo trascendental, así que no era de extrañar que no quisieran separarse.

Lo hicieron solo cuando la exclamación de Annabeth, que acababa de entrar en la cocina, caló en sus oídos.

—¡Qué maravilla! Me hacéis acordarme de esas mañanas en las que Vernon no podía aguantar al llegar al dormitorio. —Un suspiro tembloroso salió de sus labios—. Esa mesa y esa encimera han presenciado tantos buenos momentos...

Fue como un jarro de agua fría. Lemon se estremeció, esta vez para mal, y se apartó de James con el horror recorriéndole el cuerpo. Él, en cambio, temblaba de diversión.

—¡Mamá! No necesito saber esas cosas.

—Hija, es que me recordáis mucho a nosotros. Solo espero que vosotros seáis bendecidos con más hijos. —La cara de Lemon se desencajó—. No me entiendas mal, Lemoncito, para mí fue maravilloso tenerte, pero siempre me he preguntado si, teniendo otro, hubiese salido rubio o también con ese pelo tan... naranja.

Lemon estaba a punto de contestarle como se merecía, porque odiaba que hiciera aquello, pero entonces James la atrajo hacia su cuerpo desde atrás, pegándola contra su pecho, besó su cuello sin importarle que su madre los estuviera mirando y susurró en su oído.

—A mí me encanta que seas pelirroja.

La risa le surgió mucho antes de poder ocultar la satisfacción que sus palabras le producían. Se giró, lo miró a los ojos y lo besó. No le importó que su madre siguiera mirándolos y pensando en planes de boda, seguramente. Solo quería... más de él.

Y eso daba miedo. Daba tanto miedo que carraspeó un poco, se alejó, dio un sorbo a su café y murmuró que necesitaba algo de la panadería de Asher.

—Pero, Lemoncito, James ya ha traído el bizcocho y...

—Sí, sí, pero quiero un panecillo de mantequilla de esos suyos y... ahora vengo.

Se escapó antes de que ninguno de los dos pudiera detenerla y prácticamente corrió hasta la panadería de Asher. Entró con la respiración alterada y agradeció que no hubiese nadie en aquel momento.

—Guau, ¿a qué se debe tanta velocidad?

—Tengo un problema enorme, Asher.

Y así, con solo una frase de cinco palabras, Asher reaccionó como el amigo que siempre había sido, junto a Lydia, y le pidió que tomara asiento y le contara todo lo que le preocupaba. Lemon lo hizo. Le contó absolutamente todo. Desde el embarazo de Autumm hasta la noche anterior, cuando había acabado acostándose con James, omitiendo los detalles, por supuesto.

—No sé qué hacer. Estoy como en una nube, pero al regresar a Nueva York los dos seremos otra vez contrincantes y... —Chasqueó la lengua, al expresarlo en voz alta la ansiedad había empezado a trepar por su vientre al darse cuenta de lo caótico y complicado que resultaba todo—. Es increíble que me esté ocurriendo esto con James. ¡Con James! Pero si es un canalla...

—Sí, pero un canalla con mucha suerte. —Las palabras de Asher consiguieron que la tensión que golpeaba su estómago en aquel momento bajara de intensidad, incluso le arrancó una sonrisa—. ¿Quieres un consejo, Lemon? —Ella asintió con vigor. Lo quería. Lo necesitaba desesperadamente—. Olvídate de Nueva York. Olvídate de que sois contrincantes. olvídate de todo, menos de ese sentimiento que te hace sentir viva. Créeme, la vida es muy corta para estar pensando solo en las cosas malas. Si todo sale bien, genial, pero si todo sale mal, querrás tener recuerdos bonitos, en vez de una mancha de pensamientos pesimistas tapando los días que habéis pasado aquí.

Lemon tragó saliva. Sabía que Asher la aconsejaba así porque él mismo había pasado años cuidando de Lydia, cuando su enfermedad comenzó a ir a peor. No quería ni pensar en lo que su amigo había atravesado, viéndola marchar poco a poco. Era demasiado joven para cargar tanto sufrimiento en sus espaldas y deseó en aquel momento, como nunca lo había hecho antes, que la vida le diera a Asher una segunda oportunidad. Que encontrara la felicidad cuanto antes, porque no conocía a mucha gente que lo mereciera tanto como él.

Ella, por su lado, tragó saliva y asintió una sola vez, entendiendo el punto. Asher le dio un par de panecillos que no le cobró, y de camino a casa, Lemon pensó que lo tenía claro: iba a disfrutar las horas que le quedaban en Lemonville, junto a James. No iba a pensar en nada, aunque pudiera parecer mala idea, porque nada iba a liberarlos de la batalla que tenían que librar en Nueva York, pero cuando ese momento llegara, al menos tendrían en sus cabezas los recuerdos de los días transcurridos en Lemonville. No sabía si James pensaba lo mismo, pero a juzgar por la sonrisa con la que recibió el beso que le dio nada más entrar en casa, diría que no pondría muchos problemas en hacer como si ellos no fueran enemigos en el bufete.

Olvidar por unas horas que él tenía un hijo en camino del que pensaba librarse y la posibilidad de quedarse con el puesto de sus sueños no podía ser tan difícil... Lemon tragó saliva, desterró el pensamiento y volvió a besar a James. Esa sería la táctica. Un beso por cada mal pensamiento. Así, pasara lo que pasara, se aseguraba un montón de besos de James antes de que la vida real los engullera de nuevo.

## James



Los dos últimos días del Lemon Festival pasaron demasiado deprisa en opinión de James. Si hubiera sido por él, hubiera alargado ese festival una semana más. O un mes más. O una vida más. Porque lo que estaba viviendo en aquel pueblo era demasiado perfecto como para querer romper el hechizo, algo que pasaría de forma inevitable cuando regresaran a Nueva York.

Dos días saboreando a Lemon le habían bastado para saber que no quería que lo suyo terminara. James aún no había hablado con ella de lo que significaba aquello. Sabía que tendrían que hacerlo tarde o temprano, porque tenían cosas que aclarar. Como el hecho de que Lemon seguía creyendo que Autumn estaba embarazada de él. Pero no había encontrado el momento ideal para sacar aquel tema a colación. Y eso que habían hablado de cosas importantes durante aquellos días. Por ejemplo, Lemon le había desvelado lo importante que Lydia, la chica de la foto de la panadería de Asher, había sido en su vida. Le habló de su enfermedad, que fue debilitándola poco a poco, y le confesó que gracias a su empuje había decidido dejar Lemonville y mudarse a Nueva York.

A James le gustaba cómo le hacía sentir Lemon. Le hacía sentir invencible, como se sentía después de ganar un juicio en el que facturaba millones de dólares para el bufete. Invencible y grandioso.

Podía parecer contradictorio que su mayor contrincante en el ámbito laboral fuera, a su vez, la mejor amante que hubiera tenido nunca, pero, si lo pensaba bien, aquello tenía sentido. Lemon había sido en gran medida la culpable de que tuviera que esforzarse tanto en el trabajo. Sin una rival como ella, probablemente se hubiera acomodado en su puesto, pero Lemon le obligó a no bajar nunca la guardia, a querer ser mejor.

Volviendo al presente, James se encontraba sentado sobre la cama de la habitación de Lemon. Una sonrisa postcoito se dibujaba en su rostro mientras abrochaba los botones de su camisa con estampado de limones. Annabeth les había sugerido se pusieran la ropa que había preparado para ellos el 4 de julio para despedir el festival de aquel año.

Delante de él, Lemon se pasaba el vestido por la cabeza con prisas.

—Vamos a llegar tarde a la cena de despedida del Lemon Festival, Baker. Si sigues asaltándome de esta manera acabarán por pillarnos —dijo ella coqueta intentando subir la cremallera de la parte posterior.

James se acercó por detrás y se la subió susurrando en su oído:

- Entonces, deja de provocarme, Pie.
- Yo no te provooco.
- Lo haces, y no sabes cuánto me pone que lo hagas.

La cena se celebraba en la plaza central. En aquella ocasión, bajo la carpa, colocaron unas mesas alargadas llenas de bandejas con comida buffet con una decena de mesas redondas con manteles amarillos a su alrededor. Ya había anochecido cuando llegaron y la luz artificial de unos focos ayudó a iluminar la plaza ya de por sí iluminada por farolas y las guirnaldas de luces de los limoneros.

James y Lemon saludaron a los señores Pie disculpándose por su retraso, cogieron un plato y se sirvieron un montón de comida deliciosa mientras conversaban con los pintorescos conciudadanos de Lemonville.

Hablaron con el pastor Johnson y su mujer, compartieron mesa con Asher y Liam y saludaron a Italia que había decidido detener unas horas la reforma de la casa heredada para conocer a los habitantes de aquel pueblecito que ella definió como adorable. También intercambiaron unas palabras con Ashton, de la cafetería, con Betty, del supermercado y con Joanne, una antigua compañera de clase de Lemon que le explicó con orgullo que hacía pocos meses que se había prometido.

A James siempre le había gustado el anonimato que suponía vivir en Nueva York. Ni siquiera conocía el nombre de los vecinos de su propio edificio. Los saludaba educadamente si se los encontraba en el rellano, pero para él eran completos desconocidos. Podrían ser asesinos en serie o miembros peligrosos de la mafia rusa, que él nunca lo sabría.

En cambio, en Lemonville había un sentimiento de comunidad muy arraigado. Se notaba que cuidaban unos de otros, más allá de chismorrear sobre la vida de los demás o tener viejas rencillas familiares que los enfrentaba en algunas ocasiones. Y, para su sorpresa, aquello le gustó.

—Tartita de limón, tengo que confesarte una cosa —dijo James dando un sorbo al vaso de limonada que acababan de ofrecerle.

- Tú dirás.
- Creo que me está empezando a gustar este lugar.

Lemon sonrió entre dientes mientras se llevaba a la boca una cuchara llena de pastel merengue de limón.

- Eso es porque tus padres no viven aquí.
- Ojalá mis padres fueran como los tuyos —dijo James con pesar.

—¿Estás de broma? —Lemon arqueó las cejas y buceó en los ojos como si esperara encontrar la confirmación de que su comentario había sido irónico, pero no fue así—. Te recuerdo que mi madre es la persona más manipuladora que existe sobre la faz de la Tierra, por no hablar de esa necesidad enfermiza que tiene de querer casarme. Y mi padre... para mi padre solo existe Lemonville.

—Pero se nota que te quieren. —James buscó con la mirada a Annabeth y Vernon que en aquel momento hablaban con Daisy y su marido. Podían ser un tanto raros y James seguía sin comprender muy bien a que se debía tanta obsesión por los limones, pero se les veía personas con buen fondo que querían lo mejor para su hija. No podía decir lo mismo de su padre, con el que no había vuelto hablar después de lo que hizo. Ni siquiera había intentado solucionar las cosas entre ellos.

Mientras observaba aquellos hombres y mujeres llenos de contrastes que charlaban

animadamente unos con otros, James pensó que aquel era un buen lugar en el que vivir. Puede que necesitara una puesta al día en sus tradiciones y costumbres, pero algo le decía que solo era cuestión de tiempo que aquello sucediera.

Horas más tarde, las mesas con la cena fueron sustituidas por un escenario y dio comienzo el concierto de John Lemon.

Apartaron las mesas y todos se congregaron frente al cantante para cantar y bailar al son de las canciones que resultaron ser versiones de otras famosas donde los limones eran los protagonistas.

—Contrólate, Baker, estás rozando el límite de la indecencia —susurró Lemon a James cuando este bajó la mano por su espalda hasta dejarla descansando sobre su culo.

—No creo que nadie se escandalice por un gesto tan inocente.

—Te sorprenderías. —Lemon señaló con la cabeza a un grupo de mujeres encabezado por Diane que cuchicheaban perturbadas mirándolos de reojo.

—Démosles algo de lo que hablar, entonces. —James la cogió por las caderas y la ciñó contra su cuerpo, haciéndola gemir cuando su vértice se encontró con su entrepierna abultada.

Lemon le miró con deseo y se lanzó contra su boca. Lo besó y James le devolvió el beso con urgencia. Le gustaba la forma en la que sus lenguas se retaban cuando se besaban, como si fuera una competición para ver quién conseguía volver más loco al otro. Y siguieron besándose durante minutos, ¿o fueron horas? Ninguno de los dos fue consciente del tiempo que pasaron con las bocas pegadas hasta que el sonido de un petardo estallando en el aire les hizo abrir los ojos. Los fuegos artificiales que anunciaban el final del Lemon Festival acababan de empezar.

James y Lemon se miraron a los ojos, aturridos, con los labios hinchados y enrojecidos a causa de los besos.

Mientras que en el cielo un estallido púrpura iluminaba las calles del pueblo, James sintió que un estallido multicolor le abrasaba el pecho.

—Lemon Pie, creo que, contra todos los pronósticos, podría enamorarme de ti —dijo, y sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

## Lemon



¿Acababa James Baker de decir lo que pensaba Lemon que acababa James Baker de decir? Boqueó un poco, literalmente, y se preparó para la carcajada, pero no llegó. Un momento: ¿Y si no era una broma? ¿Podría ser cierto? Miró a James a los ojos y se dio cuenta. Lo supo por el modo en que estos brillaban; aquello nada tenía que ver con los fuegos artificiales. ¡James de verdad había dicho que pensaba que podía enamorarse de ella! ¿Y lo peor? Lo peor, sin duda, era que Lemon estaba completamente segura de que, contra todo pronóstico, como él mismo había dicho, podría enamorarse de él.

Porque James era un capullo egocéntrico, un gusano que pensaba que nadie ejercía el derecho como él y un rival como nunca había tenido ni tendría, pero además era amable, simpático, sumamente inteligente y un tipo increíble. Y ella... ella también podría enamorarse de él. Por eso lo besó en respuesta y se obligó a no formularlo en palabras. Necesitaba desesperadamente sentir... sentirlo a él. También necesitaba disipar un poco las dudas que giraban en torno a su cabeza. ¿De verdad James había sentido aquello? ¿O era el efecto Lemonville? Sabía que él estaba encantado con su pintoresco pueblo. Contra todo pronóstico, en vez de sufrir a sus vecinos y a su propia familia, James la había sorprendido amoldándose a cada escenario, por excéntrico que este fuera. Por mucho que ella tuviese una idea preconcebida de él, tenía que aceptar que después de un montón de años, había muchas facetas suyas que no conocía.

Lemon necesitaba cierta seguridad.

Necesitaba tiempo.

Necesitaba a James.

Ya. En ese mismo instante.

Quizá por eso, en medio del ir y venir de gente que iba abandonando la carpa, tiró de su mano hacia un lateral, donde sabía que estaba el cuartillo de la limpieza, y lo metió dentro sin miramientos.

—¿Qué estamos hac...?

—Vas a follarme aquí —dijo con la respiración agitada y la voz más entrecortada que se había oído jamás.

James se quedó en shock. Lemon se dio cuenta, porque apenas se movía ni pestañeaba. Solo la miraba fijamente, seguramente intentando discernir qué demonios pasaba por su cabeza. ¡Ja! Suerte con eso. Ni siquiera ella era capaz de aclarar semejante embrollo. Sea lo que sea que vio

en ella, James se recuperó en el acto, porque la alzó en volandas y la apoyó contra una estantería, clavando su polla dura en su vagina y haciendo que Lemon le rodeara con fuerza las piernas y se apretara contra él con un gemido.

—¿Lo quieres duro, tartita? —preguntó con la voz ronca y restregándose contra ella—. ¿Quieres que te folle contra las estanterías con fuerza?

—Sí, Baker, eso es justo lo que quiero. Que dejes de hablar y empieces a actuar.

El gemido de él fue entrecortado y Lemon supo, sin ninguna duda, que estaba manteniendo el control a duras penas. No había tiempo para quitarse la ropa; no era el lugar apropiado, tampoco. La estantería se clavaba en su espalda, pero no le importó. No le importaba nada, salvo James. Se sorprendió cuando consiguió sostenerla con una sola mano y abrirse la bragueta con la otra, y se sorprendió aún más cuando sintió esos dedos apartando las bragas a un lado y tocando su vagina, que a esas alturas estaba más que lista para recibirlo.

—Joder, estás empapada —gimió.

Lemon dio gracias por aquel vestido con vuelo que se enrollaba en su cintura sin problemas y movió las caderas para frotarse contra sus dedos.

—No es eso lo que quiero —gimió frustrada y loca de deseo, incapaz de razonar ni pensar en nada—. Tu polla, James. La necesito. Te necesito.

Había algo en su voz... Lemon lo sintió. La necesidad escapando en forma de palabras suplicantes y entrecortadas por el placer. James se volvió loco cuando la oyó, la alzó un poco para sostenerla mejor y cuando su mano abandonó sus labios, supo que estaban ocupándose de su bóxer. Sintió el momento exacto en el que liberó su polla, porque esta rebotó contra sus labios vaginales, como si intentara buscar su sitio por sí sola. James maldijo, se la agarró, y después de restregarla por sus labios vaginales y empaparla con sus fluidos, hecho que provocó que los dos gimieran desesperados, se insertó en Lemon con un jadeo gutural que le puso el vello de punta.

—Tan bueno... joder, es tan bueno —gimoteó justo antes de adueñarse de su boca.

Lo sintió caliente y desesperado en su interior, igual que en sus labios. Atrapó su lengua y dejó que el ritmo frenético de sus caderas se reflejara en su beso, lleno de mordiscos y palabras entrecortadas que, a posteriori, ninguno recordaría. Lemon tiró de los pelos de la nuca de James cuando él le negó su lengua en un juego tortuoso que la tenía frenética. Él rio, pero solo hasta que ella apretó sus músculos vaginales, estrangulando su polla y haciéndole maldecir de placer. Fue la señal para tomarlo en serio. James se asió a su culo y entró en ella con movimientos secos y profundos que la hizo gritar, hasta que él le tapó la boca con la suya nuevamente. Ni siquiera era consciente, a aquellas alturas, de que estaban en un cuartucho y fuera quedaba gran parte del pueblo. Todo lo que le importaba era sentir su polla dentro y que su lengua recorriera cada milímetro de la boca de James.

Sintió su orgasmo crecer con fuerza. Intuía que sería bueno, pero cuando el primer temblor llegó, se sorprendió a sí misma arqueando la espalda y separándose de la boca de James, incapaz de encontrar el aire que necesitaba para reponerse de aquel ramalazo de placer. Era alucinante. De otro mundo. Una maldita maravilla. La polla de James seguía taladrándola y ella sentía que, con cada embestida, su orgasmo emitía una réplica, como si de un terremoto se tratara.

No sabría decir qué pensó James mientras la miraba así, completamente abandonada al placer, pero estaba segura de que el espectáculo no le desagradaba lo más mínimo, y lo comprobó cuando lo oyó emitir un quejido ronco y gutural y se clavó en ella una última vez, con el cuerpo en tensión y la cara enterrada en su cuello. Sintió cada latigazo de placer en su interior y sonrió, feliz de ser ella quien le provocaba aquello.

Cuando acabaron, los dos se quedaron en silencio. Él aún con la cara enterrada en su cuello y ella intentando recobrar la conciencia y el conocimiento de lo que habían hecho. Miró en derredor y solo atisbó a diferenciar la rendija de aire por la que entraba el único halo de luz. James salió de ella con cuidado, la colocó en el suelo y maldijo, trayéndola de vuelta a la realidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aún abrumada por el placer.

—No usé un condón.

Fue una torta de realidad en toda regla. Lemon sintió entonces cómo su semen salía de su interior. James buscó a toda prisa algo en el cuartillo, encontró un rollo de papel, cortó un trozo y se agachó, limpiando sus piernas y colocándole las braguitas mientras ella lo miraba en silencio. Parecía tenso y preocupado, y se acordó entonces de Autumm. Ella estaba embarazada de él... ¿Habría sido así como se había quedado? Lemon sintió que el pulso se le aceleraba, pero entonces él se levantó y enmarcó su cara entre las manos.

—Estoy limpio, pero si quieres, me haré unos análisis en cuanto lleguemos a Nueva York. ¿Necesitas que haga algo? ¿Tomas anticonceptivos o...? Podemos ir a la clínica a por la píldora, si lo necesitas, o podemos...

Su preocupación. El modo de estar pendiente de sus necesidades y de intentar tranquilizarla fue lo que hizo que se diera cuenta de que había algo que no cuadraba en todo aquel tema. James no era el tipo de hombre que intentaba que una mujer abortara si no era lo que ella quería. Había... algo. Pero no sabía qué era y decidió que tenía que hacer lo que Asher le había recomendado. Un cuarto de la limpieza no era el lugar, ni aquel era el momento, para plantearse preguntas tan trascendentales acerca de James Baker. Así que hizo lo único que sí podía hacer en aquel momento, lo besó, le sonrió y acarició su mejilla con ternura.

—Tomo la píldora y estoy limpia, pero no está de más que ambos nos hagamos análisis si pensamos repetir esto en breves... ¿no?

Su sonrisa. Su maravillosa sonrisa, tranquilizadora y agradecida, fue todo lo que Lemon necesitó para postergar sus dudas. Ya habría tiempo de volver a la realidad y ocuparse del montón de problemas que tenían encima. De momento, les quedaba una última noche en Lemonville y no pensaba desaprovecharla. Salieron del cuartillo, ignoraron las miradas escandalizadas de algunos vecinos y se marcharon a casa, donde dieron cuenta de sus cuerpos hasta que los primeros rayos del día se hicieron presentes.



## James



Tranquilo. Así es como se sintió James aquella mañana al despertar. Tranquilo, descansado, sereno. A decir verdad, hacía años que no se sentía así. Desde que entró a trabajar en el bufete de abogados del señor Andrews se había acostumbrado a un nivel de adrenalina y excitación que lo mantenían en tensión de forma permanente. Y le gustó la sensación de paz que le embargó cuando abrió los ojos y lo primero que vio fue el paisaje de Lemonville bañado por el sol a través de la ventana que habían dejado abierta la noche anterior para no morir asfixiados de calor. Un pajarito daba saltitos sobre el alféizar.

Aprovechó aquellos minutos de calma con el piar de fondo para reflexionar sobre todo lo que había ocurrido desde su llegada a Lemonville. Parecía que había pasado una eternidad desde que aparcaron el coche alquilado frente a la casa de los Pie, pero lo cierto es que apenas había pasado una semana. Una semana intensa, algo caótica y extraña que había conseguido despertar en él sentimientos inauditos por la que, hasta entonces, solo era su rival en el bufete. Si alguien le hubiera dicho cuando aceptó acompañarla a casa de sus padres que acabaría colándose por la estirada y engreída de Lemon Pie, se hubiera reído en su cara. ¿Él y Lemon Pie? Antes se mudaría al Polo Norte y confraternizaría con los pingüinos. Pero al pasar los días y comprender que bajo esa fachada de mujer fatal se escondía una Lemon distinta, una Lemon risueña y llena de contrastes, incluso sensible y vulnerable, James cayó rendido a sus pies.

Le gustaba esa Lemon, y no solo eso: creía que podía enamorarse de ella. Se lo dijo bajo los fuegos artificiales la noche anterior, y con la luz del día no podía más que reafirmarlo. Estaba condenado a que aquella pelirroja con la cara salpicada de pecas le cambiara la vida. Y él aceptaba la condena de buen grado.

También tenía dudas, claro, ¿cómo no tenerlas? Todo había pasado demasiado deprisa para su gusto. ¿Y si sus sentimientos desaparecían con la misma rapidez con la que habían llegado? ¿Y si lo suyo con Lemon solo era fruto de la burbuja en la que habían vivido inmersos esos días? ¿Y si todo se torcía al llegar a Nueva York y regresar a las viejas dinámicas del bufete? ¿Y si...?

James espantó todos aquellos "y si" sin respuesta y se limitó a disfrutar de sus últimas horas en aquel pequeño oasis de tranquilidad.

Annabeth Pie se sonó en el pañuelo de tela de color amarillo con sus iniciales bordadas por

enésima vez y James sintió ternura por aquella mujer excéntrica que había salido a despedirlos en el porche de la casa. Estaba sola, Vernon tenía trabajo en el consistorio.

—Prométeme que no tardarás en regresar, Lemoncito. Solo Dios sabe lo mucho que te echamos de menos tu padre y yo. Esta casa está muy vacía sin ti —dijo Annabeth abrazando a su hija que le devolvió el abrazo con una sonrisa sincera. Luego abrazó a James—. Y tú, hijo, espero volver a verte pronto. Vernon y yo estamos muy felices con el novio que Lemon ha elegido para engrosar nuestra familia, y eso que en un principio no tenía muchas esperanzas puestas en ti, ya se sabe que los neoyorquinos tenéis fama de libertinos, pero tú eres la excepción que confirma la regla. —Se sonó la nariz de forma sonora y prosiguió—. Cuida de nuestra niñita, por favor.

—Eso está hecho, Annabeth, pero no creo que sea necesario. Lemon sabe cuidarse muy bien sola —dijo mirando a Lemon de reojo, y es que Lemon era una mujer fuerte e independiente que no necesitaba a ningún hombre para estar segura.

Annabeth les hizo prometer que tendrían cuidado en la carretera, les dio un cesto con una tarta de limón típica de los Pie dentro y les recordó de forma sutil que marzo era un buen mes para una boda en Lemonville porque los limoneros estaban preciosos.

Tras eso, James y Lemon cargaron el equipaje en el maletero, subieron al coche alquilado y se marcharon de allí. Antes de abandonar el pueblo, pasaron por la panadería de Asher y el pub de Liam para despedirse. Tanto uno como otro lamentaron que no pudieran quedarse más tiempo, y es que entre los cuatro se había creado un vínculo, uno de esos vínculos bonitos que suelen anteceder a una larga y sincera amistad.

Dejar atrás el cartel que daba la bienvenida a Lemonville fue el primer indicador que tuvo James de que el pequeño paréntesis que había hecho en su vida estaba a punto de terminar. Una sensación amarga le recorrió por dentro, pero intentó no darle importancia.

El resto del viaje pasó como un suspiro. Llegaron con tiempo de sobras al aeropuerto para comer algo antes del vuelo. Y no fue lo único que comieron. Aprovecharon el hallazgo de un baño poco transitado para comerse el uno al otro.

Aterrizaron en Nueva York sobre las ocho de la noche y, ya que ambos iban a la misma dirección, compartieron un taxi. Lemon vivía más cerca, así que el taxista estacionó el vehículo frente a su puerta por orden de James que bajó con ella y la ayudó a sacar su equipaje del maletero. El sonido y el caos de la gran ciudad le dieron la bienvenida, cargándose así la paz interior con la que James venía cargado desde Lemonville.

—Así que vives aquí —dijo James fijándose en el restaurante hindú que bullía de actividad bajo el edificio.

Su edificio era uno de esos con pocos vecinos, de ladrillo rojizo y escaleras que subían hasta el portal.

—¿Quieres subir? —preguntó Lemon, y notó la inseguridad en el tono de su voz.

—Me encantaría, pero mañana tengo una reunión en el bufete a primera hora y voy a pasarme la noche repasando el papeleo del caso —dijo James, aunque, en realidad, no era el único motivo por el que prefería no hacerlo.

Llevaban una semana pasando prácticamente las 24 horas del día juntos y necesitaba unas horas para reflexionar en soledad sobre lo que había ocurrido entre ellos.

—Sí, yo también. —Lemon se mordió el labio con incomodidad—. Supongo que esto es un adiós.

James sonrió, se acercó a ella y cogió su rostro entre las manos.

—No, Lemoncito, esto es un hasta mañana. —La besó en los labios y volvió a mirarla a los

ojos—. Hablamos durante el día, ¿vale?

Lemon asintió y James volvió a besarla. Los besos de Lemon eran adictivos. Estaba convencido de que echaría de menos poder besarla en cualquier momento, pero también sabía que marcharse era la mejor decisión. Ambos tenían mucho en lo que pensar.

Luego, le dio una palmadita en el trasero y esperó a que desapareciera dentro del edificio antes de volver a subir al taxi y marcharse de allí.

## Lemon



A la mañana siguiente de su vuelta a Nueva York, Lemon entró en el bufete con unos tacones de quince centímetros y una seguridad en sí misma que estaba muy lejos de sentir. Había tenido que ponerse más antiojeras del que de por sí usaba, pero es que la noche anterior no había dormido casi nada. Maldito James Baker. Había conseguido en una semana que ella lo echara de menos hasta el punto de no dormir bien si no lo tenía al lado acariciando su espalda, sus piernas o su culo distraídamente.

—Buenos días, señorita Pie —saludó el portero del edificio.

—Buenos días, George —le dijo con una sonrisa antes de entrar y quitarse las gafas de sol.

Subió en el ascensor, y cuando entró en la planta del bufete, aspiró, como hacía muchas veces. El olor a oficina, en opinión de Lemon, era de los mejores olores del mundo. Caminó por el suelo enmoquetado y se negó en todo momento a buscar a James con la mirada. Por lo general, no lo veía hasta pasada la primera hora, porque él era de encerrarse con un litro de café y no salir del despacho hasta que tenía el día bien atado, a no ser que tuviera juicio, pero aquella mañana se paró en seco al verlo junto a la máquina de café. Aquella en la que se habían visto por primera vez. Sabía que él ya no cogía el café de ahí. Lo llevaba en un termo gigante. ¿Que cómo lo sabía? Porque le encantaba aquel termo. Era cromado, enorme y con capacidad para albergar café para todo un día. Le copió la marca, sin que se diera cuenta, y se compró uno igual. Luego acusó públicamente a James de copiarla incluso en algo tan nimio como el termo. Él se limitó a sonreír y alzar su taza en su dirección, como si brindara con ella.

Ahora que miraba toda su situación con James con cierta distancia, en realidad, no podía dejar de ver que ella había sido un poco capulla. Se había obcecado con él. Ni siquiera entendía bien por qué. Simplemente... la puso nerviosa desde el inicio. Ahora entendía, o intuía, que aquello siempre tuvo que ver con tensión sexual no resuelta.

En aquel momento, tuvo la confirmación. De pronto estaba tan asustada por su reacción que apenas podía respirar. ¿Y si hacía como si nada? A lo mejor la ignoraba y seguía riéndose con sus amigos, como si nada hubiese ocurrido entre ellos. Era lo más sensato, desde luego, sobre todo porque Autumm estaría por allí y...

Pensar en Autumm tuvo el poder de hundirla en la miseria. No quería verla. Lemon estuvo a punto de ponerse las manos frente a la cara y hacerse una bola sobre la moqueta. Lo último que quería era ver a Autumm y encontrarse de frente con la realidad: el chico del que ella podría

enamorarle ciegamente había dejado embarazada a la hija del dueño del bufete en el que soñaba con ascender. Era tan enrevesado que parecía una telenovela barata.

James debió ver que el gesto de su cara era extraño. Quizá notó su incomodidad. O a lo mejor es que estaba a punto de fallarle el aire. Demonios, odiaba no poder disimular como lo hacía antes. Odiaba profundamente haberse abierto a él de tal forma que ahora le resultaba imposible alzar la muralla que tan bien la había protegido en el pasado.

—Tartita... —dijo acercándose a ella—. Respira.

—Estoy bien —dijo, pero jamás se había encontrado peor.

—No, no lo estás, pero lo estarás.

James Baker enmarcó sus mejillas entre las manos, y como si de un visionario se tratara, la miró a los ojos. Como si solo con eso pudiera ayudarla a encontrar en ellos todas las verdades que necesitaba. Y lo peor es que parecía estar funcionando. Lemon se perdió en sus ojos azules y en la forma en que sus dientes asomaban a través de su sonrisa. Inspiró hondo, y cuando estaba a punto de soltar el aire, los labios de él se estrellaron contra los de ella y, como de costumbre, el mundo dejó de existir.

Lemon intentó recordar todos los motivos por los que era una mala idea estar morreando a su mayor contrincante en medio del bufete, frente a todo el mundo, pero mientras los brazos de él la sostenían, rodeándola con un mimo que la derrumbó, se dio cuenta de que, en realidad, no tenía ni uno. No había ni un motivo por el que avergonzarse de aquello. Si acaso, solo había motivos para celebrar, porque James no había dejado su aventura en lo ocurrido en Lemonville. Estaba dando la cara por ella, dejándole claro que no le importaba lo más mínimo lo que pensarán los demás. Y si él era tan valiente, Lemon tenía que hacer el esfuerzo de serlo también. Por eso, en vez de alejarse y romper el beso, enroscó una mano en su pelo e intensificó el beso, dejando claro que estaba más que feliz con la idea de besarse así, en medio de un bufete repleto de abogados, sin que nada les importase lo más mínimo.

Pararon cuando los vítores y silbidos calaron en sus oídos. Se separó de James y lo miró a la cara. Su boca estaba llena de carmín y un poco hinchada, así que supuso que la suya estaría mucho peor. Lemon acarició su mejilla e intentó limpiarlo con el pulgar, pero solo sirvió para que James, ajeno a las risas de sus amigos y colegas, mordiera con cariño su dedo.

—Estás para comerte con ese vestido, Lemoncito.

Lemon rio tan tontamente que incluso se avergonzó, pero James rio con ella, así que se dijo que aquello no estaba tan mal. De hecho, estaba muy, muy bien.

—Tengo una reunión en diez minutos. ¿Nos vemos para comer? —le dijo él.

—Ajá. Vale.

James se acercó, la abrazó con cariño y susurró junto a su oreja.

—Esta noche voy a hacer muchas cosas indecentes con esos zapatos de tacón, así que espero que no te canses mucho durante el día.

Con aquella promesa aún en el aire, y el deseo de Lemon avivado al máximo, James se dio la vuelta y se fue. El muy... ¡Aquella noche iba a pagar muy muy caro por eso! No se ponía a una mujer así de nerviosa si no se pensaba solucionar después.

Se fue a su despacho, convencida de que la mejor manera de hacer pasar el tiempo era volcarse en su trabajo, pero no llevaba ni cinco minutos en él cuando Alan entró con una sonrisa socarrona y señaló con la cabeza la sala principal.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con retintín.

Lemon sabía perfectamente que se refería al beso, pero aun así se hizo la tonta.

—¿Qué ha sido qué?

—¿James Baker y tú? ¿En serio? Te hacía con un poco más de juicio.

La sonrisa no desapareció de su rostro, por eso Lemon quiso pensar que no lo decía con maldad. Era una de aquellas bromas entre amigos y Lemon no quiso ofenderse por una tontería.

—En algo voy a darte la razón: ese hombre consigue que pierda el juicio, para bien y para mal.

—¿Has estado con él esta semana? —preguntó Alan entonces.

—¿Es de tu incumbencia? —preguntó Lemon, un poco alterada por una pregunta tan íntima.

Alan pareció arrepentido de inmediato y Lemon se sintió fatal. Debía entender que para su amigo era un shock verla junto a su peor enemigo. Una semana atrás James y ella se odiaban públicamente y ahora se daban muestras de amor, también públicamente. ¡Era normal que Alan se confundiera! Así que inspiró aire y lo expulsó lentamente para calmarse, luego sonrió a su amigo.

—Oye, ha sido inesperado y todo es muy... intenso. No pretendía ser grosera.

—No lo eres. Solo me preocupa un poco que ahora que estáis juntos, no consigas el ascenso, o ya no te interese.

—¿Y por qué no iba a interesarme?

—Bueno... sigues siendo rival directa de Baker.

—Sí, ¿y?

—No sé, todos estos días he pensado que podrías hacerte con la lista de los clientes más importantes, pero ahora no sé hasta dónde estás dispuesta a llegar para conseguir el puesto.

Lemon sonrió. Alan había sido un gran compañero y amigo, así que no pensaba reprocharle su preocupación, sino todo lo contrario.

—Mis aspiraciones laborales son las mismas de siempre, Alan, no te preocupes.

Él sonrió tímidamente y Lemon se sintió un tanto mejor.

—Entonces quizá debería decirte que me consta que él está indagando para conseguir la lista con los mismos clientes que tú. Sé que Thomas no está dispuesto a ceder los datos de los mejores todavía, pero me parecía bueno advertirte. Estás a punto de conseguirlo, Lemon. Sería una lástima que, por algo pasajero, perdieras una oportunidad única en la vida. Me consta que James no está perdiendo el tiempo.

Alan se marchó Lemon se quedó mirando la puerta. ¿Qué había querido decir con eso último? Frunció el ceño y se dijo que era normal que James también trabajara por su lado para conseguir el puesto. Era una situación delicada, pero quería pensar que después de lo que habían compartido juntos encontrarían la manera de competir sanamente.

Seguía siendo una batalla, pero no tenía por qué ser una batalla sangrienta, ¿no?

## James



James se despidió de su cliente con un estrechón de manos, lo acompañó hasta el ascensor y, cuando las puertas se cerraron, se frotó las sienes sintiéndose exhausto. Había sido un día largo en el que había ido encadenando reunión tras reunión sin apenas un segundo de descanso. Había podido compartir con Lemon cinco minutos de toqueteos furtivos en la sala de la fotocopidora, pero poco más, y se moría por estar con ella.

Miró la hora en su reloj de pulsera, aquel reloj que solo se ponía para trabajar, y se maldijo al comprobar que ya eran las nueve pasadas. El tiempo se escabullía demasiado rápido cuando trabajaba en el bufete y, en aquel instante, añoró la tranquilidad apacible de aquel pueblecito repleto de limoneros que se había quedado un pedacito de él.

—Eh, James —le llamó Jack, uno de sus colegas del bufete—. ¿Te vienes a tomar algo? Vamos a ir unos cuantos. —Jack señaló al grupo que tenía tras de sí, compañeros del trabajo con los que solía salir de copas de vez en cuando.

—Lo siento, tío, pero hoy no puedo. —Miró instintivamente la puerta cerrada de Lemon. Tras la pared acristalada, ella hablaba concentrada por teléfono mientras tecleaba en su ordenador.

—Pie y tú, ¿eh? —preguntó Jim que apareció detrás de Jack y que seguía la mirada de James hacia el otro lado de la pared—. Cuando me han dicho que te has morreado con ella delante de todo el mundo esta mañana no daba crédito. Ver para creer, Baker.

—Supongo que la vida está llena de sorpresas inesperadas —admitió James esbozando una sonrisa algo tonta sin dejar de mirarla.

Porque sí, volverse loco por Lemon no entraba en sus planes, pero había sucedido y estaba dispuesto a averiguar hasta dónde le llevaba aquello. ¿Era precipitado? Sí, puede que sí, pero como su abuela solía decir, el amor no podía medirse en tiempo, sino por la intensidad de los sentimientos. Y sus sentimientos, tal como había comprendido aquella noche lejos de ella, era lo más auténtico que había sentido en años. Por eso la había besado delante de todos, para demostrar a Lemon que iba en serio con ella, que le gustaba de verdad y que aquel “creo que podría enamorarme de ti” era algo que ya estaba sucediendo.

Jack, Jim y el resto se marcharon y James se quedó allí, mirándola en silencio hasta que los ojos de ella se cruzaron con los suyos. Lemon le hizo una señal y, poco después, salió de su despacho con el bolso en la mano.

—¿Ya te vas? —preguntó ella con una sonrisa comedida.

—Sí, creo que por hoy ya he trabajado suficiente.

—¿Y... tienes planes?

—Sí, de hecho, estoy esperando a alguien —dijo. Al ver la forma en la que las facciones del rostro de Lemon se llenaron de decepción, aclaró enseguida—: A una pelirroja preciosa que lleva todo el día atormentándome con el vaivén de sus caderas al compás de la falda de su vestido. — Se acercó más a ella y susurró a su oído—. No sabes lo difícil que ha sido concentrarme en el trabajo mientras fantaseaba con lo mucho que me gustaría enrollar esa falda a tu cintura y follarte, Pie.

Las palabras de James provocaron que un gemido involuntario escapara de la garganta de Lemon.

—Quizás deberías dejar de hablar y empezar a actuar, Baker —dijo ella desafiándole con la mirada.

—¿En tu casa o en la mía?

—En la mía, me gusta jugar en terreno conocido.

Unas horas y varios polvos después, Lemon y James cayeron rendidos sobre el colchón, sudados, extenuados y hambrientos. Pidieron comida china en el restaurante favorito de Lemon, y se la comieron en la cama, llenándolo todo de envases abiertos.

—Tienes que probar esto —dijo Lemon cogiendo con los palillos una empanadilla rellena de algas y marisco y metiéndosela a James en la boca sin ni siquiera dejarle terminar lo que estaba comiendo en aquel momento—. Está delicioso, ¿verdad?

James asintió y aprovechó aquel instante de descanso para observar el apartamento. Habían entrado enredados en besos y caricias, por lo que apenas pudo fijarse en él. Lemon vivía en un estudio diáfano sin tabiques donde cocina, salón y dormitorio convivían en un mismo espacio. Solo el baño tenía estancia independiente. Para separar la cama del resto de la casa había colocado una estantería llena de libros que James admiró con curiosidad. Se notaba que le gustaba leer y que su género predilecto era la novela distópica.

—Vaya, vaya, a Lemon Pie le gustan Los juegos del hambre —dijo James con una sonrisa burlona en los labios señalando la edición de coleccionista y los funkos que tenía de la serie de libros juvenil.

—Por supuesto que me gustan esos libros. Es la mejor saga de todos los tiempos y Katniss la mejor protagonista del mundo. Es fuerte, independiente y no espera ser salvada por ningún hombre. En la literatura juvenil faltan más protagonistas así.

James sonrió y le dio la razón. Le gustaba que Lemon tuviera aquella visión del mundo y las mujeres, lejos de estereotipos arcaicos o idealizados.

—¿Peeta o Gale? —preguntó James llamando la atención de una sorprendida Lemon. No es que se considerara fan de los libros, pero los había leído y le habían gustado.

—Peeta, siempre Peeta. Es mi amor platónico desde hace años —confesó soñadora.

—Peeta era panadero, ¿sabes?

—Ajá.

—Y yo me apellido Baker.

—¿Y eso es relevante porque...? —Lemon dejó la pregunta al aire y James la atrajo contra su pecho, abrazándola desde atrás.

—Quizás llevas años enamorada de un panadero ficticio porque tu subconsciente ya se sentía atraído por alguien cuyo apellido significa “panadero”.



—Qué paralelismo más rebuscado —dijo Lemon divertida, y su risa le reverberó en el pecho—. Además, no te pareces para nada a Peeta. Ni al de los libros ni al de la película.

—Lo sé, obviamente yo soy mucho más guapo, tartita —dijo James pagado de sí mismo—. De hecho, suelen compararme con un actor que, además, da vida a un personaje de la segunda peli... No recuerdo cómo se llamaba... Es muy conocido, protagonizó otra peli basada en otro libro en el que él iba en silla de ruedas.

—¿Sam Claflin?

—¡Ese!

—¿Te comparan con él? —dijo Lemon girando la cabeza para escrutarle con atención—. Pues ahora que lo dices, te das un aire. —Lemon pasó un dedo por su rostro, resiguiendo sus facciones con detenimiento—. Siempre he pensado que eras atractivo, la verdad. No es que dedicara mucho tiempo a esos pensamientos, pero existían. ¿Te pareces a tu padre? Todo el mundo habla de lo bien que se conserva pese a su edad, pero yo no lo he visto nunca.

Su pregunta le pilló desprevenido y no pudo disimular la mueca de contrariedad que esta le produjo. Su dedo se detuvo en sus labios y le miró frunciendo el ceño.

—¿He dicho algo que no debía?

—No, solo que no me gusta hablar de mi padre.

Lemon se deshizo de su abrazo, se dio la vuelta y se sentó frente a él con las piernas cruzadas.

—Cuéntamelo, James. Puedes confiar en mí. Ya sé que hace poco tiempo que hemos hecho saltar los muros entre nosotros y que aún estamos tanteando el terreno, pero quiero saberlo todo de ti de la misma manera que tú ya conoces prácticamente todo sobre mí.

James la miró a los ojos y supo que podía fiarse de ella, a pesar de que era algo que guardaba en el lugar más oscuro de su corazón y que nunca había compartido con nadie antes. Así que, tras más de siete años de silencio, volvió a hablar de Ethan, su hermano mayor.

James explicó a Lemon lo importante que fue Ethan en su vida. Crecieron juntos y fueron inseparables durante años, hasta que Ethan se marchó a la universidad y las cosas empezaron a torcerse.

—Él siempre había sido un buen chico, ¿sabes? Al contrario que yo, él nunca se metía en problemas, intentaba ser un buen ejemplo para mí y me reprendía cuando yo me comportaba como el adolescente rebelde que era. Pero en la universidad conoció a unos tipos que empezaron a llevarle por el mal camino y, poco a poco, el Ethan bueno y amable que yo conocía fue desapareciendo bajo la piel de otro Ethan, un Ethan oscuro que, cuando venía a casa, siempre estaba de mal humor y se encerraba en su cuarto sin querer saber nada de nadie.

James recordó aquella época con pesar. Viajó en el tiempo y volvió a sentirse impotente cuando descubrió la droga dentro de un bolsillo de una chaqueta de Ethan al ponérsela por error.

—Intenté hacerle reaccionar. De veras lo intenté. Le dije que tenía que dejarlo, que aquella mierda acabaría por destruirlo, pero no me hizo caso. Me aseguró que lo tenía controlado, que solo consumía de forma esporádica, que yo solo era un niño que no sabía nada de la vida... Y entonces tuvo la primera sobredosis. —Al decirlo en voz alta James sintió como algo dentro de él volvía a romperse, del mismo modo que lo hizo la mañana que recibió aquella llamada del hospital donde lo tenían ingresado. Él acababa de empezar segundo curso en la universidad y la noticia fue una bomba que lo dejó fuera de juego durante semanas—. Aquello pareció ser lo que Ethan necesitó para darse cuenta de que tenía que dejar las drogas y, durante unos años, volvió a ser el de siempre. Empezó a salir con una chica, terminó los estudios de derecho y entró a trabajar en el bufete con papá. Todo pareció ir bien hasta que la chica con la que salía lo dejó por otro y

ese fue el detonante para que volviera a consumir.

James resumió como pudo aquella temporada llena de mentiras, de miles de dólares robados a su padre, de clientes perdidos en el bufete por no presentarse a los juicios o hacerlo drogado. No le gustaba recordar la época más oscura de su hermano. Cuando pensaba en él, prefería hacerlo en su mejor versión, no en aquella desdibujada por una adicción.

—Papá acabó por echarlo del trabajo y de casa. Yo le dije que teníamos que ayudarlo, internarlo a una clínica de desintoxicación para que se desenganchase, pero él no quería saber nada del tema. Ethan le había hecho perder mucho dinero y le urgía volver a recuperar la reputación que tenía antes de que su hijo la echara a perder, así que se desentendió. Es más, lo repudió públicamente. —James apretó los puños con fuerza por la impotencia que aquel recuerdo le causó—. Yo intenté ayudarlo, Lemon, lo intenté con todas mis fuerzas, pero Ethan no quiso escucharme y empezó a malvivir en la calle. Todo el dinero que yo le daba se lo gastaba en drogas. Y el día que la policía se presentó a casa de madrugada, supe que había muerto incluso antes de abrir la puerta. Supongo que era cuestión de tiempo que aquello pasara, pero no por ello el golpe fue menos doloroso.

—Lo siento, James. Imagino lo duro que tuvo que ser para ti lidiar con algo así, y lo culpable que tuvo que sentirse tu padre por no haber intentado ayudarlo —dijo Lemon colocando su mano sobre la de él.

—¿Culpable? —James soltó una carcajada llena de amargura—. Mi padre ni siquiera fue al entierro, Lemon. Es más, una semana después de su muerte, se fue de viaje de negocios a Las Vegas como si no hubiera ocurrido nada.

Lemon miró lo miró afectada y James terminó aquel relato explicándole que ese era el motivo por el que había entrado a trabajar en el bufete del señor Andrews y no en el de su padre, a pesar de que este intentó comprarlo con un cheque con muchos ceros para hacerle cambiar de idea.

—Supongo que no queda bien de cara a la galería que tu propio hijo prefiera trabajar para la competencia que para ti.

—Y yo que pensaba que eras el típico niño mimado que lo tiene todo y que necesita rebelarse para que su vida sea más interesante... —Lo miró con gesto culpable—. Te prejujué, James Baker. Y lo siento mucho. Desconocía tu historia y ahora te admiro por haber sido tan valiente.

—Y yo te prejujué a ti, Lemon Pie. Y también te admiro por haberte convertido en la mujer fuerte e independiente que eres teniendo en cuenta de dónde vienes.

Tras aquellas palabras, los labios de Lemon se estrellaron contra los suyos. Después, fueron sus cuerpos los que chocaron. Tras desnudar su corazón y exponerlo de aquella manera, James entró dentro de Lemon con urgencia. Los envases llenos aún de comida china se desparramaron sobre la cama, pero aquello no les detuvo, lo único que importaba en aquel momento era dejarse llevar por ese torbellino de emociones que les sobrepasaba.

Los demás, se dijo James, podía esperar.

## Lemon



A la mañana siguiente, en el trabajo, Lemon era completamente incapaz de dejar de sonreír. Empezaba a darse cuenta de lo que era el AMOR en mayúscula. Había empezado a dejar de temer la realidad de que estaba enamorándose de James Baker. Y la noche anterior, cuando él se había abierto a ella y le había contado todo lo ocurrido con su hermano, sintió que una de las pocas barreras que le quedaban se resquebrajaba.

Miró a lo lejos a Autumm, que justo pasó por delante de su despacho camino de los baños. Aquel era el único tema que la reconcomía. James ni siquiera la nombraba. Para él, era como si no existiera. Pero existía, y llevaba dentro un hijo suyo. O al menos pensaba que aún lo llevaba. Le gustaba pensar que, si ya hubiese abortado, ella se habría enterado. Dio un sorbo a su café, pero no fue suficiente para bajar el nudo de ansiedad, así que tragó saliva ruidosamente. Lemon se consideraba una mujer pragmática y moderna. Si Autumm quería tener al bebé, ella no tenía ningún problema siempre que James actuara en consecuencia y se hiciera cargo de su paternidad. Si, en cambio, quería abortar, también le parecía bien siempre que no estuviera presionada por nadie y fuera de verdad lo que quisiera. Lo único que Lemon necesitaba es que James se abriera al respecto. A veces pensaba que a lo mejor le daba miedo su reacción, y por eso no se decidía. A lo mejor debería ser ella quien sacara el tema...

El sonido que hizo la bandeja de entrada de su correo electrónico al recibir un nuevo aviso interno la sacó de sus pensamientos. Movi6 el rat6n para activar la pantalla, que se haba quedado en suspensi6n, y descubri6, con sorpresa, que se trataba de un correo de Thomas. Lo abri6 y se encontr6 con que, el que haba sido socio, le cedia por voluntad propia la lista con sus clientes m6s importantes. Le auguraba un futuro brillante en el bufete y le aseguraba que estaba m6s que encantado de que fuera ella quien se ocupara de los clientes que m6s estimaba. Abri6 el archivo adjunto y sinti6 un nudo de emoci6n en el pecho. ¿Ya est6? Asa de f6cil. Habia ganado el 6ltimo requerimiento del se6or Andrews y ahora solo tenia que informar oficialmente tanto a su jefe, como al resto de la plantilla. Y a James...

Pensar en 6l le despert6 una punzada de remordimiento. Sabia que se haba esforzado mucho por conseguir aquella lista y le constaba lo buen abogado que era, pero los dos estaban de acuerdo en que uno de los dos tenia que quedarse el puesto y no iban a ced6rselo al otro por miedo a que, en un futuro, el resentimiento se hiciera presente.

Una parte de ella; una gran parte de ella queria pensar que James se alegrar6 muchisimo por

su ascenso. Lo pensaba, de hecho, porque había descubierto en él a alguien que la respetaba y admiraba abiertamente, así que pasó en cuestión de segundos de sentirse mal, a desear compartir la noticia con él fervientemente. Tan fervientemente que se levantó de la silla, dispuesta a hacer una visita al despacho de Baker. Con suerte, pensó con una sonrisa, acabarían celebrándolo sobre la mesa después de que bajasen las persianas...

Por desgracia no tuvo tiempo de celebrar nada, porque Alan entró en el despacho, y al ver su cara, le preguntó directamente qué ocurría. Se lo contó y rio cuando él la abrazó y la felicitó como si acabara de tocarle la lotería. Y en cierto modo era así.

—Dios, estoy deseando ver la cara que pone James. —Aquello no gustó a Lemon, pero lo dejó pasar porque sabía que Alan la había ayudado muchísimo y llevaba años retroalimentando su odio hacia James—. ¿Y dónde está la lista? —preguntó entonces.

—Oh, la tengo en el correo, aún. Luego voy a llamar a los clientes para darles la noticia y asegurarles que el mismísimo Thomas me ha cedido la cartera y estoy dispuesta a dejarme la piel representándolos tan pronto como sus cuentas lleguen a mis manos.

—Es increíble, Lemon, de verdad. Admirable lo que has conseguido siendo tan joven.

El orgullo le infló el pecho. Quería llamar a sus padres. Quería llamar a Sherilyn solo para restregarle su victoria y quería... quería a James. Desesperadamente. Pero justo en ese instante su jefe, el señor Andrews, la llamó a su despacho, así que se aguantó un poco más las ganas de celebrarlo y fue a ver qué quería.

No era gran cosa, en realidad, salvo anunciarle que había recibido una llamada de Thomas y que estaba al tanto de la buena nueva.

—En cuanto te pongas en contacto con ellos, y te acepten, son tuyos.

Lemon agradeció sus palabras, lo puso al tanto de sus planes de futuro y luego abandonó el despacho. Esta vez, nada iba a interrumpir su camino.

Y nada lo hizo, pero al llegar se encontró con que no había nadie. Resopló, intentando manejar su frustración, y entonces torció una sonrisa traviesa. Bajó las persianas a toda prisa, cerró la puerta y desabrochó un botón de la blusa que llevaba puesta, dejando visible el borde del sujetador de encaje. No era un vestido de los que tanto gustaban a James, pero estaba segura de que sabría valorar su escote en cuanto entrara. Rodeó la mesa, se sentó en su sillón y adoptó una postura sexy. O lo más sexy que pudo. En un principio fijó la vista en la puerta, pero luego, aceptando que no sabía cuándo volvería, relajó la postura y miró la mesa. Fue entonces cuando lo vio. La lista. SU lista. Estaba sobre la mesa de James, y cuando la cogió entre sus dedos para constatarlo, se quedó plasmada, porque no era una lista cualquiera. Era una foto hecha con el móvil. Estaba borrosa, pero los datos de los clientes eran perfectamente visibles.

James había entrado en su correo y había fotografiado la lista de clientes.

Tomó aire, y lo soltó lentamente, pero no sirvió de mucho.

James había... Había robado la lista de clientes. No había otra alternativa.

El corazón empezó a latirle a mil por hora, y estaba a punto de levantarse y marcharse cuando el susodicho entró en el despacho. Tenía la corbata aflojada, el pelo despeinado y Autumm estaba detrás, con la respiración agitada y agarrándolo de la manga.

—Tienes que calmarte —le decía, pero entonces se encontró con los ojos de James y ambos pararon en seco.

—Tartita... —murmuró él, visiblemente sorprendido.

Lemon no sabía qué le dolía más, si la lista que le había robado, o la evidencia de que alguien lo había despeinado y tironeado de su ropa. Y que ese alguien estaba a su lado. Y que esperaba un

hijo suyo. Que ella era la hija del mayor accionista de la empresa, y que... y que...

No podía respirar. Lo intentó, pero el aire se negó a entrar en sus pulmones. James se acercó a ella con la cara descompuesta, pero no era de extrañar, después de que lo hubiese descubierto con las manos en la masa. Mira, muy apropiado con su apellido.

—Lemon...

—No —dijo ella alzando una mano—. Ni se te ocurra acercarte a mí.

—Escúchame, no sé lo que estás pensando, pero sea lo que sea, tiene una explicación.

La risa histérica salió de su boca antes de poder controlarla. ¿Una explicación? ¡Claro que había una explicación! La habían engañado como a una tonta. Mientras ella se enamoraba de él, él jugaba a camelársela para quedarse con sus clientes. James Baker, tan rastrero que había consentido tener sexo con ella con tal de salirse con la suya.

El pensamiento fue tan insoportable que salió corriendo del despacho y no se detuvo, pese a los gritos de James.

—¡Ahora no es momento de esto, James! —exclamó Autumn a sus espaldas.

Lemon no se giró, pero supo que James había frenado en seco y había dejado de seguirla. Solo había bastado una frase de ella para que él frenara en seco.

El dolor era tan desgarrador que apenas podía respirar. Cogió un taxi, le dio la dirección de su apartamento y se encerró en él. Durante las primeras horas, tonta de sí, pensó que James iría a buscarla y darle algún tipo de explicación, pero él no apareció, así que confirmó todas sus sospechas. Lo había pillado infraganti y ella había hecho el mayor ridículo de su vida.

Las horas que siguieron a aquella revelación no fueron fáciles, ni bonitas, pero sí necesarias. Lemon recapituló, se obligó a pensar en sus prioridades. Las de verdad. ¿Acaso era feliz allí? No tenía grandes amigos, ni familia, ni siquiera un puesto que la hiciera feliz. La había hecho feliz la idea de alcanzar más éxito, sí. Y trabajó duro por ello. Pero cuando supuestamente lo consiguió, tampoco se sintió plétorica por sí misma, sino por contárselo a James.

Lemon se dio cuenta, bebiendo margaritas sin parar a solas en su salón, que lo que la hacía feliz no era el presente, sino el futuro que se había inventado. Un futuro que nunca iba a llegar, porque ella no tendría ese ascenso. Y aunque así fuera, resultaba que Lemon quería tener una familia. ¡Quería una maldita familia! ¿Cómo casaba eso con un bufete superimportante de Nueva York? Era imposible compatibilizarlo todo. Tendría que frenar su carrera de igual modo. Además, ¿por qué siempre había ignorado ese pensamiento? Como si el simple hecho de pensar en tener hijos la hiciera menos mujer, o menos ambiciosa.

Aquella noche Lemon se emborrachó mucho.

Aquella madrugada Lemon vomitó mucho.

Pero aquella mañana... aquella mañana Lemon vio, por fin, las cosas claras: Nueva York nunca sería su sitio. Se empeñaba en encajar porque Lydia la había animado, porque el sueño de su amiga siempre fue ver mundo y vivir en la gran manzana. Y el de Lemon también, pero el de la Lemon del pasado. Ya no era aquella mujer. Era hora de aceptar que tenía prioridades en su vida y no había querido aceptarlas por miedo. James la ayudó a ver eso, aunque al final hubiese resultado ser un capullo.

Pestañeó para contener las lágrimas y se recordó a sí misma que no debía llorar más por él. Había ganado la cartera de clientes, y la había engañado, pero al menos, ella podría dormir tranquila por las noches. Era algo que dudaba de James, si es que tenía un mínimo de conciencia.

Aquella mañana redactó su carta de dimisión bien temprano, y antes de tener tiempo de arrepentirse, la mandó por correo al señor Andrews y luego lo llamó, consciente de que

madrugaba muchísimo y era de los primeros en llegar al bufete cada día.

—¿Estás completamente segura? —preguntó él anonadado, después de que le contara sus planes.

—Lo estoy, señor —murmuró Lemon.

No hubo mucho más que decir. Y aquello fue un claro ejemplo de que había tenido razón. Había vivido años en Nueva York, se había partido el lomo por aquel bufete, pero lo único que se llevaba de allí, a nivel emocional, era la sensación de haber superado una etapa y la necesidad de avanzar hacia una Lemon mejor, o eso esperaba.

Subió en un taxi que la llevó al aeropuerto. Recorrió un largo, larguísimo camino de vuelta a casa sin derramar ni una sola lágrima, pero en cuanto la puerta de su casa se abrió su madre la recibió con cara de sorpresa y un delantal estampado de limones, Lemon no pudo soportarlo más. Se arrojó a sus brazos llorando y deseando sanar su corazón roto, pero con la certeza de que estaba, por fin, donde debía.

## James



Cuando James llegó al edificio del bufete aquella mañana, solo un pensamiento ocupaba su mente: tenía que hablar con Lemon y arreglar las cosas. En realidad, llevaba horas queriendo hacerlo, pero un cúmulo de desastres encadenados le había llevado a retrasar aquella explicación tan necesaria.

Salió del ascensor y aspiró hondo dejándose llevar por los recuerdos del día anterior. La culpa de todo lo que había ocurrido era del maldito Alan Parker, que era el ser más despreciable y rastrero que existía sobre la Tierra. Su plan salió a la luz cuando Autumn entró en su despacho para aclarar un asunto. Por la oficina corría el rumor de que Alan se había acostado con Jess, otra abogada del bufete, y ella quería saber si aquello era cierto. Fue entonces, mientras él le echaba en cara que no tenía que darle explicaciones de con quién se acostaba porque no tenían una relación como tal, cuando la vio: la lista de los clientes exclusivos que Thomas le había mandado a Lemon. Su padre, horas antes, le había explicado que Thomas había elegido a Lemon para darle su cartera de clientes, algo que le aseguraba el ascenso que estaba en disputa dentro del bufete. Por lo que ver aquella lista de contactos sobre la mesa de su despacho hizo saltar todas sus alarmas. Al principio pensó que a lo mejor se equivocaba, que quizás era otra cosa, pero aprovechó un momento de descuido de él para observarla de cerca y no le quedó duda. Aquello era una foto hecha con el móvil del correo electrónico de Lemon, tal como se podía apreciar.

Con aquel descubrimiento, Autumn fue a buscar a James, se lo explicó todo y este fue a encararse con Alan, que le recibió con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué pasa, Baker? ¿Celoso de que tenga la lista? Ya ves, yo no he tenido que follármela para conseguirla.

—¡Eres un ser repugnante, Parker! —gritó James cogiéndole de la camisa y levantando el puño con intención de estampárselo en la cara. La cara de Alan se llenó de pánico y levantó las manos como si temiera el golpe inminente.

—¡No, James! ¡No! —Autumn le cogió del brazo y le detuvo—. No vale la pena. Ya sabes que el bufete tiene una política muy estricta de no violencia, si le haces algo te echarán.

A James en aquel momento su empleo le importaba muy poco, solo podía pensar en lo mucho que Alan se merecía una buena paliza por traicionar a Lemon de esa manera. Sin embargo, no era un tipo violento, era el tipo de persona que solucionaba las cosas a través del diálogo, no a puñetazo limpio. Así que lo dejó ir, se despeinó el cabello con los nervios convertidos en bola en

su estómago y se aflojó la corbata, que en aquel momento sentía que le asfixiaba. Luego, cogió el folio con la lista y le señaló con un dedo.

—Como vuelvas a acercarte a Lemon o a esta lista, voy a acabar contigo. Que te quede claro.

Alan no respondió. Le miró lívido, en silencio, mientras alisaba las arrugas que James le había dejado en la camisa.

Después de aquello James fue a buscar a Lemon a su despacho, pero no la encontró. Inmediatamente, se dirigió al suyo, dejó la lista sobre su mesa, no creía que fuera seguro ir con ella dando tumbos por la oficina, y salió a buscarla. En todo momento, Autumn lo acompañó.

De camino, se encontraron a Alan, que parecía haber recuperado el color y que coqueteaba abiertamente con Jess. Aquello le encendió. No solo por Lemon, sino también por Autumn y aquel embarazo del que seguía sin querer hacerse cargo. Quiso encararse a él de nuevo, pero Autumn se lo impidió y le arrastró de vuelta a su despacho. Y fue ahí, en su despacho, donde se encontró a Lemon y todo se complicó.

Lemon había visto la lista sobre su mesa y lo había malinterpretado todo. Supuso que estar acompañado de Autumn no ayudó a mejorar la situación, porque aún no había aclarado con ella el tema del embarazo. Siempre que había estado a punto de hacerlo, había ocurrido algo que había dejado aquello en un segundo plano.

Volviendo al presente, James se encontró con un ambiente algo agitado en el bufete. Se acercó a un corrillo que cuchicheaba entre sí y preguntó a una de las chicas qué ocurría para que todos estuvieran tan excitados.

—¿No te has enterado? Lemon Pie ha dimitido. Acababa de conseguir el ascenso y lo ha dejado sin dar ninguna explicación.

El impacto que le causó aquella noticia fue como si alguien acabara de darle un golpe seco en el estómago que le dejó sin aire durante unos segundos. Un golpe seco e inesperado que enseguida se irradió hacia el corazón. ¿Lemon lo había dejado? ¿Lemon ya no trabajaba en el bufete?

Se tironó del pelo, nervioso, entró en el despacho e intentó llamarla una vez más. Sabía que no le respondería, llevaba toda la noche ignorando sus llamadas y sus mensajes, pero estaba desesperado. Necesitaba hablar con Lemon ya, no podía esperar más, así que decidió marcharse del bufete con la excusa de que no se encontraba bien e ir en su busca. Tenía reuniones importantes y lo esperaban en el juzgado por la tarde, pero en aquel momento solo podía pensar en Lemon, en hablar con ella, en decirle que nada de lo que había presupuesto era cierto, que todo tenía una explicación.

Tampoco le abrió la puerta del apartamento. Justo cuando estaba planteándose acampar frente a ella hasta que Lemon decidiera abrirle, la puerta contigua se abrió y una mujer ataviada con batín, zapatillas y rulos en la cabeza salió y le dijo que Lemon se había marchado, que le había dejado las llaves para que se las entregara a su casero.

Entonces, se odió por no haber ido a verla la noche anterior. Estuvo a punto de hacerlo, pero antes de que el taxi se detuviera frente a edificio de Lemon, recibió una llamada de Autumn: estaba en el hospital, se había mareado de regreso a casa, estaba asustada y, como James era el único que conocía su secreto, había decidido llamarlo a él. En otras circunstancias se hubiera excusado con alguna evasiva, pero sabía que aquel día también había sido muy intenso para su amiga y no podía dejarla sola, así que le dio al taxista la dirección del hospital y fue con ella.

Pasaron varias horas esperando resultados de pruebas y análisis. Todo parecía estar bien, la ecografía no mostraba ningún problema, el bebé tenía latido y sus analíticas eran perfectas. Lo achacaron a una bajada de tensión, le dieron unas indicaciones por si le volvía a pasar y la



mandaron para casa. Cuando James llegó a la suya era prácticamente la hora de ir al bufete, así que decidió esperar a hablar con Lemon en el trabajo.

En aquel momento, frente a la puerta del apartamento de Lemon, que ya no pertenecía a Lemon, se sintió la persona más desgraciada sobre la Tierra.

Lemon se había marchado de Nueva York creyendo que no la amaba y ni siquiera le había dejado explicarse.

Sumido en la miseria, James se fue directo a un bar que solía frecuentar y empezó a beber. Bebió durante horas, hasta que el dolor remitió gracias al efecto anestésico del alcohol. Acabó vomitando, y apenas podía tenerse en pie, así que el camarero, que lo conocía, llamó a Autumn y esta fue a recogerle en taxi.

—Lemon se ha ido —le dijo James arrastrando las palabras.

—Lo sé, papá me lo ha dicho. Pero seguro que cuando hables con ella y lo aclares todo podéis arreglar las cosas.

James negó con la cabeza, pero estaba tan aturdido que no le salieron las palabras. Quería decirle que no creía que aquello fuera posible, porque Lemon era una cabezota, como él, y si se había convencido a ella misma de que él la había traicionado, difícilmente podría hacerle cambiar de opinión.

En aquel momento, su móvil sonó dentro del bolsillo de su pantalón. Lo cogió esperanzado, esperando que fuera Lemon, pero en su lugar se encontró un número desconocido.

—¿James? —preguntó una voz que reconoció al instante, pues pertenecía al dueño del pub irlandés de Lemonville.

—¿Liam?

—No sé qué has hecho, pero Lemon está hecha mierda y Asher súpercabreado. Ven y arréglalo, tío.

¿Lemon estaba en Lemonville?

Con las palabras de Liam nadando entre la bruma confusa del alcohol, James consiguió un punto de lucidez para tener claro qué era lo que tenía que hacer a continuación.

—Está bien. Voy para allá.

## Lemon



En opinión de Lemon, la gente que decía que no había nada peor que atravesar una crisis amorosa en soledad estaba completamente equivocada. Había algo peor. Mucho peor. Y era atravesar una crisis amorosa con Annabeth Pie cocinando como una maníaca todo tipo de comidas en las que, por descontado, el ingrediente principal era el limón. En las pocas horas que llevaba allí, Lemon había tomado agua con limón para rebajar la tensión, según su madre, magdalenas de limón con crema de mantequilla y limón, pollo al limón y en aquel momento estaba aceptando un bote de helado de limón casero. En su opinión, los trozos de piel de limón sobraban, porque dotaban al producto de un sabor amargo que no le gustaba nada, pero cuando se lo dijo a su madre estiró la espalda y le aseguró que el helado de limón, precisamente, era como la vida: “Suave y con un ligero tono ácido si te tomas las cosas con calma, pero terriblemente amarga si te excedes”.

Lemon no sabía exactamente a qué se refería, pero lo que sí sabía es que estaba ansiosa por cambiar aquella tarrina de helado por una cerveza del pub de Liam. En aquel momento, con la noche cayendo sobre Lemonville, apostada en el balancín del porche y observando los limoneros del jardín delantero, Lemon pensaba seriamente en la forma de librarse del helado, de su madre y su empeño por engordarla con comida casera y de su padre y el ceño permanentemente fruncido, porque se negaba a creer que James Baker, el chico que se ganó al pueblo entero en cuestión de horas, hubiese engañado tan vilmente a su niña.

A ella también le costaba creerlo, para ser sinceras. Estaba tan deprimida que apenas podía pensar en otra cosa que no fuera James y lo mucho que le había dolido su traición.

Sin embargo, por otro lado, se sentía aliviada. Ya no tenía que competir más con él. Ni contra nadie en el bufete. No se lo había dicho a su madre, porque no quería que se hiciera ilusiones absurdas, pero Lemon iba a quedarse en Lemonville una buena temporada. Tenía ahorros suficientes para vivir en aquel pequeño pueblo y el alojamiento no era un problema, porque se quedaría en casa con sus padres, al menos hasta que decidiera qué quería hacer con su futuro.

Una vocecita interior le susurró que no había nada que decidir, porque la idea de volver a Nueva York le aposentaba un nudo de ansiedad en el pecho, pero Lemon no quería precipitarse y tomar decisiones definitivas cuando su estado emocional era tan inestable.

De momento, todo lo que sabía era que quería comer, beber, y olvidar que en alguna parte del mundo, a muchos kilómetros de allí, había un hombre guapísimo con el corazón podrido por la ambición.

Y lo peor de todo es que, por muchas vueltas que le daba, cuando revivía los recuerdos que tenía con James una parte de ella se negaba rotundamente a aceptar que todo fuera mentira. ¿Cómo podía ser que las caricias que dedicó a su cuerpo no fueran sentidas? Y aquellos besos... El modo en que James la besaba, como si el mundo fuese a acabarse de un momento a otro... ¿De verdad era fingido? ¡Parecía tan real!

Cerró los ojos y recordó su expresión cuando lo descubrió en el despacho. Su pelo desordenado. Su corbata aflojada. A Autumm detrás de él con la respiración agitada. Dios, Autumm. ¡Estaba embarazada de él! Lemon siempre supo que era una pésima idea dejarse llevar por aquella aventura. ¡Él había dejado embarazada a la única hija del dueño del bufete y pretendía librarse de su responsabilidad! ¿En qué estaba pensando Lemon cuando decidió dejar eso de lado? Ah, sí. Recordó con amargura su conversación con Asher. Aquella misma mañana, cuando él se pasó por allí, llamado por su madre, y Lemon le contó toda la historia, vio la ira refulgir en sus ojos con tanta claridad que se arrepintió, porque no quería que su amigo cargara con ningún tipo de enfado o culpabilidad por cómo habían acabado las cosas para ella. Y aunque una pequeña, pequeñísima parte de su ser deseara que Asher fuera a Nueva York y le dejara un ojo morado a James, intentaba concentrarse en la mayor parte de ella que se convencía de que no merecía la pena.

—Lemoncito. —Su madre salió al porche y la miró pacientemente—. Voy a preparar una empanada de limón y dátiles.

—No creo que eso esté bueno —murmuró con desconcierto.

—¿Cómo no va a estar bueno? —Su madre resopló y se puso las manos en la cintura—. De verdad te lo digo, cariñito, tienes que reponerte, porque este desamor tuyo está empezando a hacer que pierdas la perspectiva de lo que realmente importa.

—¿Las empanadas de limón y dátiles? —preguntó confusa.

—¡Recuperar a James!

El ceño de Lemon se frunció aún más.

—Creo que no te entiendo. Mamá, me ha traicionado. Se ha portado como un autentico cerdo ¿y quieres que lo recupere?

—Bueno, bueno, Lemoncito, nadie es perfecto. ¿Ha tenido un detalle muy feo con eso de las listas? Desde luego, y yo en tu lugar no dejaría que lo olvide fácilmente, pero si lo piensas bien, ahora tienes tu propio As.

—¿Mi propio As? —Lemon no la habría entendido ni aunque su cabeza estuviera despejada, que no era el caso.

—Claro que sí. Cuando os reconciliéis, siempre podrás jugar la carta de la traición. ¿Quieres organizar una fiesta de Navidad para todo Lemonville, aunque a él no le apetezca lo más mínimo? Le recuerdas, con mucho tacto, que tú le perdonaste el tema de las listas. ¿Te apetece tener un hijo, pero él preferiría dejarse amputar un brazo antes que empezar a tener descendencia? Las listas. ¿Quieres tener otro más? Las listas. ¿Te apetece hacer un crucero en pleno invierno? —La miró con atención, esperando que ella respondiera.

—¿Las listas? —preguntó por inercia.

—¡Eso es! Así que, sí, es una desgracia que quisiera engañarte, pero bien mirado, querida, acaba de darte un As que podrás usar mucho, mucho tiempo.

—Pero, mamá, me engañó.

—Bueno, querida, no hay nadie perfecto. Y, sinceramente, tienes una edad, no hay tantos hombres como James en el mundo.

En eso tenía toda la razón del mundo. Aunque su madre lo había dicho como un halago y Lemon lo entendía como todo lo contrario. Esperaba sinceramente que no hubiera muchos como James Baker en el mundo.

—En fin —siguió—. Voy a hacer esa empanada. Ten, ve leyendo esto, mientras tanto.

Lemon cogió el libro que su madre le tendió y casi se le escapó la risa al leer el título: “100 maneras de mantener a tu hombre satisfecho”. Loca. Su madre estaba completamente loca. Y aun así, tal era la desesperación de Lemon por olvidarse de James, que empezó a hojear el libro, aunque solo fuera para reírse un rato.

Tanto se concentró en la tarea, que dio un salto en el balancín cuando oyó su voz. Alzó los ojos y lo vio, guapísimo, aunque con el pelo despeinado y cara de no haber dormido en siglos. Sonreía, pero no era una sonrisa segura. El corazón de Lemon saltó en su pecho con tanta violencia que tuvo que tragar saliva.

—Si me hubiesen dicho que donde más guapa estabas era en el porche de casa de tus padres, leyendo y absorta, me habría reído a carcajadas, pero aquí estás, Lemon pie, y no podrías ser más bonita.

## James



Cuando James colgó a Liam, a pesar de su estado de embriaguez, sabía perfectamente lo que tenía que hacer a continuación: ir a Lemonville, ver a Lemon y aclarar las cosas con ella de una vez por todas. Tenía tantas ganas de llevar a cabo su plan que le pidió al taxista que lo llevara directamente al aeropuerto. Por suerte, Autumn, que lo acompañaba, le recordó que ir en busca de la mujer que amaba apestando a alcohol y con los bajos de los pantalones llenos de vómito no era la mejor manera de encarar una reconciliación, y tenía razón. Así que pasó por casa, se dio una ducha despejando así sus ideas, se cambió de ropa y cogió otro taxi. Autumn se empeñó en acompañarlo. Según ella, podría ayudarlo a confirmar su versión de los hechos.

Una vez en el aeropuerto se encontraron con la tesitura de que no había vuelos hasta el día siguiente. Decidieron comprar unos billetes para el primer avión que saliera de Nueva York hacia Alabama y se quedaron a pasar la noche en la terminal.

Entre una cosa y otra no llegaron a Lemonville hasta el anochecer. Autumn alucinó con el pueblo, tal como había hecho él la primera vez que condujo por sus calles llenas de limoneros majestuosos. James, en cambio, se sintió en casa. Volver a Lemonville le hizo recuperar un poco esa paz interior que había perdido al regresar a Nueva York. Al llegar a casa de los Pie y detener el coche, el corazón le dio un vuelco. Lemon estaba sentada en el balancín del porche, y cuando descubrió su presencia, lo miró de una forma que le costó desentrañar. Sabía que no sería fácil conseguir que lo escuchara. Intentó ablandarla con un comentario ingenioso sobre lo bonita que estaba y en un principio pareció funcionar por la forma en la que su ceño se frunció dubitativo. Pero entonces lanzó una mirada al coche que había alquilado nada más aterrizar, vio a Autumn y sus ojos azules se convirtieron en dos dagas afiladas listas para herirle.

—Vete.

—Tartita, tenemos que hablar, lo has malinterpretado todo, si me dejaras explicarte...

—Largate de aquí, Baker. No tengo nada que hablar contigo.

Antes de que pudiera replicarle, Lemon entró en la casa y cerró la puerta tras de sí con un portazo.

—Ya te dije que era mala idea venir aquí sin un plan —dijo Autumn asomando la cabeza por la ventanilla del coche.

Tuvo que darle la razón. Soltó un suspiro exasperado, regresó al coche y golpeó el volante nada más sentarse. Deseaba con todas sus fuerzas hablar con ella, estrecharla entre sus brazos,

besarla y demostrarle que lo que sentía por ella era cierto. A su lado, Autumn intentó animarle asegurándole que ya encontrarían la manera de conseguir que lo escuchara, pero él no las tenía todas consigo. Lemon era una de las mujeres más tercas y orgullosas que había conocido en su vida.

Volvieron al pueblo, aparcaron cerca de la plaza central y se dirigieron hacia el pub irlandés. James necesitaba ver una cara amiga, alguien que hubiera hablado con Lemon para poder intercambiar impresiones y buscar la mejor manera de acercarse a ella. Dentro, junto al pelirrojo, se encontró a Asher, que nada más verle entrar se levantó del taburete como si este quemara y se enfrentó a él.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de presentarte aquí después de lo que le has hecho a Lemon? —Asher le cogió por el codo y le clavó los dedos con fuerza—. Vamos fuera, esto lo solucionaremos como solucionamos las cosas los hombres del sur.

—¿Con un duelo al amanecer como si estuviéramos en un western? —dijo James soltándose de Asher de un tirón—. No sé que te habrá contado Lemon, tío, pero nada de lo que cree que hice es cierto.

—¿Y por qué iba a creerte?

—Porque Lemon es la mujer de mi vida y necesito que me ayudéis a recuperarla.

Asher lo miró fijamente, y algo debió ver en su rostro, porque la tensión de su cara desapareció de un plumazo, no todos los días un hombre declara públicamente su amor por una mujer. Se rascó el mentón cubierto por la barba, y decidió darle el beneficio de la duda.

Se sentaron en la barra junto a Asher, que era el único cliente del pub, y James les narró su visión de los hechos. Al acabar de hablar, Liam y Asher compartían una mirada significativa.

—Entonces, ¿tú no le robaste la lista? —James negó con la cabeza y Asher hizo una mueca con el ceño fruncido—. ¿Y qué me dices de la chica a la que dejaste embarazada? ¿Qué pasa con ella?

—Aquí la chica embarazada —intervino Autumn levantando una mano y llamando la atención de los dos chicos que hasta aquel momento prácticamente no se habían percatado de su presencia, atentos como estaban a las explicaciones de James—. Y lo que pase conmigo y con lo que llevo dentro —se tocó instintivamente el vientre— es algo que solo me atañe a mí y al hombre que participó en su concepción, y dejadme decir que ese hombre no fue James. —Hizo una mueca de aversión, como si la idea de acostarse con James le resultara repulsiva—. James y yo solo somos amigos, nos conocemos desde hace años y no nos sentimos atraídos de esa forma.

Aquello aun pareció causar más desconcierto entre Asher y Liam que no parecían comprender por qué motivo no había aclarado aquel asunto con Lemon antes, algo que James no supo responder, porque ni él mismo lo sabía. Había ido postergándolo porque sabía que en el momento que sacara el tema a colación tendría que dar un montón de explicaciones que no le apetecía nada. Como, por ejemplo, por qué había aceptado su chantaje cuando era obvio que no tenía necesidad de hacerlo.

A su lado, Autumn bostezó. James miró la hora en su móvil y sintió como el cansancio caía sobre sus hombros como una losa brutal. Entre la noche que habían pasado en el hospital y la noche en el aeropuerto, Autumn y James llevaban prácticamente dos días sin dormir. Y la pobre Autumn no tenía para nada buena pinta. Estaba pálida y unas ojeras enormes surcaban sus ojos.

—¿Dónde pensáis pasar la noche? —preguntó Liam observando las luces anaranjadas del anochecer abrazar las calles de Lemonville—. En el pueblo no hay ningún sitio donde hospedarse.

—La verdad es que estaba convencido de que a estas horas ya habría arreglado las cosas con Lemon y podríamos quedarnos en su casa —murmuró James con pesar.

—Si no os importa quedaros a dormir con el harapiento del irlandés, yo tengo espacio de sobras —ofreció Liam curvando sus labios burlón, haciendo referencia a los comentarios despectivos que había escuchado decir de él.

—¿Por qué harapiento? —preguntó Autumn con interés.

—Digamos que en este pueblo la gente que no viste y se comporta como si fuera todos los domingos a misa, no cae precisamente bien, aunque espero que eso cambie y que pueda llegar a ganarme su estima a base de buena cerveza y mi encanto natural. —Le guiñó un ojo y Autumn sonrió.

—Entonces no quiero ni imaginarme lo que pensarían de una mujer que mantiene relaciones sexuales sin estar casada, se queda embarazada por error y se plantea tener el bebé aunque sea sola.

James miró a Autumn sorprendido ante aquella afirmación. No habían vuelto a hablar con ella del tema desde el día que la acompañó al ginecólogo, por lo que no sabía que se hubiera replanteado el aborto.

—¿Estás pensando en seguir adelante con el embarazo? ¿Desde cuando?

Autumn asintió con la cabeza y volvió a tocarse el vientre, esta vez con una sonrisa tierna que le cruzó la cara.

—Desde ayer. Cuando me dejaron escuchar los latidos de su corazón yo... sentí algo tan especial, tan hermoso, puro y desinteresado, que reconsideraré mis opciones. Sé que si decido tenerlo no será sencillo y que tendré que renunciar a un montón de cosas por el camino, pero tengo un palpito. Algo dentro de mí me dice que valdrá la pena el sacrificio.

James, Asher y Liam la miraron en silencio. En aquel momento, rodeando su vientre con ese ademán tan amoroso, ninguno de los tres tuvo duda de que Autumn hubiera tomado la decisión acertada.

—Que es una mujer valiente —dijo Liam apretando con cariño el brazo de Autumn mientras esta le miraba sin comprender—. Eso es lo que deberían pensar los de este pueblo de una mujer como tú.

Aquella noche, James y Autumn durmieron en el apartamento de Liam, al cual se accedía desde el propio pub por unas escaleras y que estaba situado en el piso superior. El edificio contaba con tres plantas, pero Liam solo usaba la primera como estudio. En el interior tenía un dormitorio con una cama, así que se la cedieron a Autumn, James durmió en el sofá y Liam en un colchón inflable que guardaba dentro del armario por si alguna vez recibía alguna visita inesperada. Tenía muchas hermanas y estaban lo suficientemente locas como para presentarse ahí sin avisar.

A pesar de estar muy cansado, James apenas pegó ojo. No dejaba de pensar en Lemon. Necesitaba encontrar la manera de acercarse a ella, pero ¿cómo? Lemon era demasiado obstinada como para aceptar escucharle. Asher y Liam se habían ofrecido a ayudarle en aquella ardua tarea, pero sabía que ni siquiera ellos serían capaces de hacerle cambiar de opinión. De hecho, solo había una persona en el mundo capaz de conseguirlo. Una persona que ganaba a Lemon en terquedad y cabezonería.

Por primera vez en horas, James sonrió.

Estaba convencido de que aquella persona no dudaría ni un segundo en conspirar con él para que Lemon por fin se dignara a escuchar lo que tenía que decirle.

## Lemon



Su madre tramaba algo. Lemon no era estúpida. Sabía perfectamente bien cuándo Annabeth estaba tramando alguna de las suyas y en aquel momento no había dudas al respecto. Se le escapaban risitas tontas, como si fuera una niña que había robado un caramelo e intentara por todos los medios mantener el secreto. Se movía agitada por la casa y miraba por la ventana de la cocina cada dos minutos y medio de reloj, aproximadamente.

—Me estás poniendo de los nervios, mamá —le aseguró Lemon.

—Ay, Lemoncito, es que intuyo que el día va a ser tan bonito. ¡Pero tan bonito! ¿Por qué no subes y te maquillas un poco? Tienes la piel tan... blanca.

Lemon no se esforzó en sentirse ofendida. Tenía la piel blanca y ojerosa, sí, más que de costumbre, que ya era decir, pero eso era porque apenas había dormido. Se imaginaba a James de camino a Nueva York y una parte de ella; una gran parte de ella solo quería salir corriendo tras él. Alcanzarlo y obligarlo a jurar que no la había traicionado, aunque ella supiera que se trataba de una utopía.

No podía vivir así, en vela todas las noches, llorando por algo que no merecía la pena. James Baker no merecía la pena. La había traicionado, se había reído de ella y lo único que merecía es que él imprimiera una foto suya y le pintara un bigote a lo Hitler y un par de cuernos inmensos. Y eso es lo que había hecho. El corcho de su habitación era ahora un poquito menos dulce gracias a aquella foto tamaño folio, pero no le importaba lo más mínimo.

Dio un sorbo a su infusión con limón y maldijo a su madre. No quería tomar más infusiones. ¡Y menos de limón! De aquel día no pasaba que fuera al pub de Liam. Necesitaba coger una buena borrachera, aunque eso significara dar más que hablar a la gente de Lemonville, que ya se andaba preguntando por qué había vuelto y donde estaba su adorable y maravilloso novio.

El sonido de la puerta mosquitera de la cocina al abrirse la distrajo de sus pensamientos. Cuando vio a Autumn en el umbral, mirándola con una pequeña sonrisa, se quedó de piedra. Era preciosa. Tenía la cara de un puñetero ángel y solo por eso Lemon la odió todavía más. Sobre todo, cuando acarició su vientre en un acto reflejo. Llevaba dentro un hijo de James y por alguna razón, el pensamiento la destrozó. No lo entendía, porque cuando estaban juntos ella había llegado a asumir que él sería su padre, si es que Autumn lo tenía, y eso no tenía por qué interferir en su relación. Lemon suponía que tenía que ver con el engaño que había sufrido. En el acto se apiadó del pobre bebé que venía en camino, si es que llegaba a nacer, porque tener a dos sabandijas



como padres era algo que no merecía nadie.

—¿Puedo pasar, o vas a arrancarme los pelos y hacerte una bonita trenza con ellos?

Lemon elevó las cejas, admirada por el hecho de que Autumm no fingiera cierta cordialidad.

—Os hacía de vuelta a Nueva York. ¿Qué pasa? ¿Aún tenéis que hincar la estaca un poco más?

Autumm sonrió, y Lemon quiso odiarla por ello, pero por alguna extraña razón, no pudo. Estaba cansada. Agotada de luchar contra todo y todos.

—Solo quiero que me des cinco minutos para contarte algunas cosas.

—Creo que hay poco que contar.

—Te equivocas, hay mucho, mucho que decir, Lemon.

Lemon guardó silencio y permitió que Autumm se sentara. Ella lo hizo y dio un largo suspiro. Entonces, para su consternación, un par de lágrimas inundaron sus ojos, y aunque no las dejó caer, Lemon supo que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Todo esto empieza con un impresentable llamado Alan y un ángel llamado James.

A continuación, Autumm narró lo ocurrido con su embarazo. Que el hijo que esperaba era de Alan, que James solo había sido un gran amigo que se había preocupado en llevarla al médico cuanto antes y estaba ejerciendo de pilar para impedir que ella se derrumbara. Que había cubierto sus espaldas ante todo el mundo, incluso su padre, y que en última instancia había descubierto que Alan pretendía robarle a Lemon la lista de clientes que Thomas le había mandado. Según Autumm, su intención siempre fue conseguirla por su cuenta para poder ser socio en el bufete, pero Thomas se negó a dársela y él usó a Lemon sin pararse a pensarlo ni un instante.

Lemon no podía creer todo lo que oía. Era como si hubiera sido protagonista de una película basada en un malentendido detrás de otro y ni siquiera se hubiera dado cuenta. Alan era un... un impresentable. Y no tenía dudas de la palabra de Autumm. No podía tenerlas, cuando ella llevaba a su hijo en el vientre. No tenía ningún sentido mentir con algo así, sobre todo porque había decidido tener al bebé, así que supuso que, aunque Lemon se pusiera a la defensiva, bastaría una simple prueba de paternidad para mostrar que James no era el padre. Y no pensaba ponerse a la defensiva. No lo necesitaba, porque el dolor de Autumm era tan visible que se sintió tonta por no verlo antes. Recordó las lágrimas en el baño, cuando la descubrió aquel día. Se imaginó atravesar su misma situación y pensó, con pesar, que ella no podría ser tan valiente. Estaba a punto de enfrentarse a demasiada gente, pero veía en su cara la determinación. No iba a rendirse, y tenía a James a su lado, apoyándola para que no tuviera que hacerlo.

De pronto, Lemon sintió algo aún más poderoso que el alivio: el orgullo. Estaba orgullosa de la forma en que James había actuado con ella. Se alegraba muchísimo de que hubiese podido contar con él, y aunque no entendía por qué él no había aclarado la situación con ella, pensó que le debía, al menos, su respeto.

Cuando Autumm empezó a hablar de que James estaba enamorado de ella, la cortó.

—No me dijo la verdad —repuso cargada de dolor.

—Bueno, cielo, no le diste muchas opciones. —Autumm sonrió—. Tenías que ver cómo te buscó. Y la borrachera que cogió... —Su gesto se arrugó un poco—. Fue muy desagradable conseguir que se despejara para venir aquí. Quería hacerlo con los bajos de los pantalones vomitados.

—¿James Baker? ¿El que jamás lleva una pieza fuera de su sitio?

—Te aseguro que, desde que lo dejaste, todo él ha estado fuera de su sitio.

Lemon no quería hacerlo, pero no pudo evitarlo: una sonrisa enorme se abrió paso en su cara.

—Soy una pésima persona por alegrarme de que lo haya pasado tan mal como yo, ¿verdad?

—No, cariño. Eres una mujer enamorada y completamente normal.

Lemon rio, y entonces hizo lo único que podía hacer.

—Llévame con él.

Autumm se levantó de la silla dando palmas y prometiéndole que no iba a arrepentirse de volver a darle una oportunidad. Lemon quiso creerla, pero estaba tan nerviosa que apenas podía pensar.

Salieron de casa sin decirle a su madre a dónde iban. Ni siquiera se despidieron. Tenía demasiada prisa. Autumm la condujo caminando hasta el bar de Liam y le contó que habían dormido en su apartamento. No le extrañó que su nuevo amigo se ocupara de ellos; se había descubierto como un gran hombre, pese a que en el pueblo todavía no se fiaran demasiado de él.

Llegaron al pub y preguntaron a Liam por James. Este sonrió, al darse cuenta de que la reconciliación era inminente, y les dijo que había ido a la panadería de Asher, así que fueron hasta allí, pero no lo encontraron. Su amigo sonrió, besó su frente y le dijo que se alegraba de ver que por fin sonreía de nuevo.

—Necesito encontrarlo.

—Creo que fue a comprarte flores, porque dijo que iba a demostrarte a la antigua usanza que te quería, pero no me preguntes más.

Lemon y Autumm fueron a la floristería de la plaza, pero allí tampoco había rastro de James. Fue saliendo de allí cuando su teléfono empezó a sonar insistentemente. Al principio no hizo caso, pero al ver que se trataba de su madre, decidió cogerlo.

—Cariñito, tienes que venir a la consulta del doctor Miller.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—El pobre James ha tenido un accidente terrible y...

No pudo decir más. Colgó el teléfono, informó a Autumm y luego las dos corrieron hacia la consulta del pueblo. Lemon rezaba para que no fuera algo grave, porque en Lemonville no contaban con maquinarias especializadas en nada. El doctor Miller hacía lo que podía con las herramientas que tenía a mano. Para todo lo demás tenían que ir a la ciudad y, si era grave... Lemon no quería pensarlo.

Al llegar, se encontró con su madre pasando un trapo húmedo por la cara de un James lleno de... ¿barro? Su brazo izquierdo estaba escayolado y tenía peor pinta de la que le había visto en mucho tiempo.

—Oh, Dios, ¿qué te ha pasado? —preguntó Lemon acercándose a él y acariciando su frente.

Su madre se apartó de inmediato, y James sonrió tanto cuando ella lo tocó que Lemon se derritió por dentro.

—Tartita —dijo con voz ronca—. Estaba dispuesto a recuperarte con un gran acto de amor.

—¿Qué...? ¿Qué gran acto de amor?

James se mojó los labios con la lengua y habló con algo parecido a la timidez. Al cabo de unos minutos, Lemon se dio cuenta de que no era timidez, sino vergüenza.

—Tu madre dijo que necesitaba hacer un gran gesto para conquistarte, así que pensé que podía comprarte flores y subir por tu fachada, a lo Romeo y Julieta, ya sabes.

—Ay, James... —murmuró Lemon, entre afligida y divertida.

—Pensé que sería más fácil. En las películas lo es. Al principio todo fue bien, empecé a escalar hasta la ventana de tu habitación y pensé que lo conseguiría, pero entonces... —Carraspeó—. Bueno, tu madre apareció en el jardín y me dio un susto de muerte. Perdí el agarre y caí encima del limonero máspreciado de tu padre.

—Ay, Dios —Lemon se mordió con fuerza el labio, intentando no reírse.

—¡Solo quería animarlo! ¿Quién iba a pensar que era tan fácil de asustar? —dijo Annabeth—. Ya que la idea fue mía, quería ser partícipe del precioso momento en que salieras a la ventana para besarlo. ¡Pero tú no estabas!

—¡Y tú has empujado a mi novio a hacer una tontería tan grande que ha acabado con un brazo roto, mamá! ¿De verdad crees que puedes reprocharme algo ahora mismo?

Su madre alzó la barbilla. Jamás se disculparía por algo así, pero no le importaba. En aquel momento a Lemon solo le importaba que la escayola de James estuviera bien puesta. Cuando lo miró, se lo encontró sonriendo.

—¿Soy tu novio? —preguntó con la voz impregnada de esperanza.

—Bueno... —Lemon carraspeó y miró a Autumm—. Tienes suerte de que tu amiga sea mucho más racional que tú y opte por el dialogo, en vez de jugar a ser *Spiderman* en la fachada de casa de mis padres. —James ahogó un gemido y ella rio—. Me lo ha contado todo —murmuró—. Debiste decirme que no era tu bebé.

—Sí, debí hacerlo.

—Y debiste contarme lo de Alan.

—No tuve tiempo, tartita.

—Eso es cierto. —Lemon suspiró y se acercó a sus labios un poco, pero sin besarlos—. Prometo no ser tan impulsiva la próxima vez que crea que me has traicionado a lo grande.

—Prometo no provocar escenas para que pienses que te he traicionado a lo grande —dijo él—. Aunque es difícil, si vamos a vivir aquí. En este pueblo todos están un poco locos. —Lemon lo miró sorprendida, y él sonrió—. Creo que Lemonville es un gran sitio para vivir. Y también creo que los limoneros en marzo están tan bonitos que es una pena no celebrar una boda.

El corazón de Lemon empezó a latir con tanta fuerza que tuvo que tragar saliva para obligarlo a quedarse dentro de su pecho.

—¿Estás pidiéndome matrimonio?

—Oh, no, ni hablar —dijo su madre—. Tienes que hacerlo bien, James. Una cena, un ramo de flores, una tarta de limón y un anillo del tamaño de Lemonville, querido. No pienso consentir que mi hija se comprometa en la consulta del pueblo contigo luciendo como si fueras un ladrón.

—Luzco así por tu culpa, Annabeth. —Su madre lo miró tan ofendida que Lemon no pudo reprimir la carcajada—. Aun así, tienes razón. —Miró a Lemon y se mordió una sonrisa—. Olvida la insinuación de matrimonio y ven a cenar conmigo esta noche. Prometo llevar un ramo de flores, una tarta de limón y un anillo de un tamaño prudente para que la mano no se te caiga por el peso, si es que lo aceptas.

Lemon rio, y lloró de emoción, y volvió a reír hasta que cayó en algo.

—Pero el bufete...

—Renuncié al bufete esta mañana por escrito. Tengo una copia de la carta en mi correo electrónico. Estoy decidido a cambiar mi vida, Lemon. No era feliz allí, como tú tampoco lo eras. Quiero que vivamos aquí, que nos casemos, tengamos hijos a los que abochornar con el tema de los limones y trabajemos juntos por un futuro para nosotros. Nada de competencia, ni listas de clientes, ni proyectos desorbitados. Solo tú y yo aquí, en Lemonville, siendo felices. ¿Qué me dices?

Lemon intentó controlarse. De veras lo intentó, pero cuando quiso darse cuenta su cuerpo estaba prácticamente encima de James y sus bocas se encontraron con tanto ímpetu que su madre

le pidió que tuviera un poco de decoro y Autumn rio a carcajadas.

A ellos no les importó. Estaban demasiado felices como para que les importara.

Si diez años antes le hubiesen dicho que desearía todo aquello que James le había dicho, se habría reído a carcajadas, pero allí estaba, siendo la mujer más feliz del mundo y admitiendo que Lemonville era un pueblo loco, de costumbres disparatadas y demasiado excéntricas, pero era su pueblo, y no lo cambiaría por nada del mundo.

Además, algo le decía que las aventuras en su pequeño pueblo no habían hecho más que comenzar.

# Epílogo

## Lemon



Un cartel con letras elegantes de color negro anunciaba el nombre del nuevo local que estaba a punto de abrir sus puertas en la avenida principal de Lemonville en pocos días. Lemon y James habían decidido asociarse y llamar a su bufete Pie & Baker. Estaban como locos por emprender juntos aquella aventura.

Los habitantes de Lemonville también esperaban con ansias su apertura, pues tener a dos abogados en el pueblo les evitaría tener que desplazarse hasta el municipio vecino para tratar cuestiones de índole legal. Así que el pueblo al completo intentó hacerles más llevadera la ardua tarea de convertir el viejo local de los Wyatt, que llevaba años en desuso, en un despacho diáfano, práctico y luminoso donde poder ejercer su trabajo con todas las comodidades. Ashton les llevaba cafés de su cafetería, la señora Johnson, esposa del pastor, limonada, Betty les hacía descuentos en el supermercado, Daisy no les llevaba nada, pero pasaba a verlos a menudo y les ponía al día sobre los últimos chismorreos del pueblo, incluso Diane Foster acompañada de su hija Sherilyn participó en esa bienvenida popular, regalándoles un cesto lleno de sus mejores limones. Por supuesto, Annabeth Pie, la madre de Lemon, era su mayor fan. Pasaba por el bufete varias veces al día y les iluminaba con su eterna sabiduría sobre cualquier tema sin que nadie le preguntara: qué color era el adecuado para las paredes (amarillo), que tipo de cuadros debían elegir (de limones) y qué tipo de bebida tenían que servir para brindar el día de la inauguración (champán con limón). ¡Y eso que estaba ocupadísima intentando, a toda costa, planificar cada detalle de la boda! Se pasaba los días yendo de negocio en negocio, y para colmo había aprendido a usar internet, se había comprado un smartphone y había creado un grupo en el que estaban su padre, James y ellas. El grupo consistía en que Annabeth mandaba fotos de decorados imposibles, menús imposibles, canciones imposibles y flores imposibles, su padre ni siquiera contestaba y James y Lemon... Bueno, digamos que habían aprendido a lidiar con ella tomándosele con humor, pero rechazando todas y cada una de sus excéntricas ideas.

Aquella tarde, Lemon y James, en compañía de Asher y Liam, estaban acabando de pintar el interior del local de un bonito color amarillo pastel que daba calidez al conjunto. Lo tenían todo listo, excepto los muebles, que llegarían la semana próxima desde Montgomery. Iban bien de tiempo, septiembre estaba terminando y tenían pensado abrir la segunda semana de octubre.

—Hola, chicos —Italia entró en el local con una enorme bolsa de tela colorida colgando del hombro—. ¿Necesitáis ayuda?

—Ya casi hemos terminado —dijo Lemon mirándola de soslayo mientras subía y bajaba el rodillo.

Aquella tarde Italia llevaba un peto vaquero con medias de colores y botines de cordones. A Lemon seguía sorprendiéndole aquella forma de vestir tan... extravagante. Y para que algo resultara extravagante en Lemonville tenía que ser muy extravagante.

Italia se había unido al pintoresco grupo que formaban los cuatro en las últimas semanas. Empezó a frecuentar el local de Liam un día y entre cervezas, charlas y confesiones, Lemon y ella se hicieron amigas.

—Jo, es que acabo de despertarme —dijo haciendo un mohín mientras se recogía la melena morena y ondulada con trenzas en un moño—. Ayer me quedé hasta las tantas quitando los azulejos de la cocina y esta mañana no había quien saliera de la cama.

—Sí, ha sido muy amable por tu parte despertarme a las dos de la madrugada a golpe de martillo otra vez —ladró Asher señalándola con un pincel.

—Oh, venga, tampoco es para tanto, cascarrabias. Mira, te he adornado el destornillador a conjunto con la taladradora para que veas que soy buena persona. Gracias por prestármelo. —Sacó el destornillador y se lo tendió con una sonrisa satisfecha. Lo había pintado de rosa y pegado brillantina.

—¿Qué parte de "no quiero que adornes mis herramientas" no entiendes?

—Ay, Ash, lástima que seas tan gruñón, porque el aura se te pone de un azul oscuro muy feo.

Liam, que pasaba el rodillo al lado de Asher, soltó una carcajada tan sonora que retumbó en aquel espacio vacío ganándose una mirada asesina de su amigo.

—¿Crees que esos dos se llevarán bien algún día? —James se limpió las manos sucias de pintura con un trapo y rodeó la cintura de Lemon abrazándola desde detrás mientras Asher le gruñía a Italia que se llamaba Asher y no Ash.

—Sí, yo creo que sí. A Lydia le habría caído bien Italia.

Lemon pensó en Lydia. Estaba convencida de que su amiga de la infancia, estuviera donde estuviera, estaría feliz por ella. A pesar de que las dos siempre habían soñado con viajar y vivir en Nueva York, Lemonville era su hogar, el lugar que las vio crecer, convertirse en mujeres y encontrar su camino en el mundo.

—Chicos, ¿cómo lleváis la búsqueda de casa? —pregunto Liam impregnando el rodillo de pintura—. Esta mañana ibais a ver una, ¿no?

Desde que James dejó su piso de Nueva York y se marchó a Lemonville junto a Lemon, ambos habían estado viviendo en casa de los Pie. Su intención había sido alquilar un piso pequeño para ellos dos mientras ponían en marcha el bufete, pero Annabeth no estaba muy de acuerdo con aquella opción. Según ella, debían pensar en los niños, que necesitarían jardín y habitación propia, y daba igual que Lemon le dijera que los niños tardarían un poco en llegar, porque lo que decía Annabeth Pie iba a misa. Pero lo peor de todo no era que su madre se pasara el día lanzándoles indirectas para que les diera nietos, no, lo peor de todo era que los acompañaba a visitar todos los inmuebles por los que se interesaban, algo que estaba acabando con la paciencia y la cordura de los dos jóvenes. Para Annabeth ninguna casa era adecuada: demasiado grande, demasiado pequeña, demasiado antigua, demasiado moderna, demasiado luminosa, demasiado oscura... y así hasta el infinito. Todas tenían un "pero" y Lemon empezaba a sospechar que aquella era una estrategia bien estudiada por su querida progenitora para que siguieran viviendo en la casa familiar con ellos.

—Pues nos ha encantado. Era de dos plantas, tenía una fachada de madera blanca preciosa con

contraventanas verde musgo, un enorme porche con columnas en el que poder poner un balancín y un jardín ideal para hacer barbacoas...

—¿Pero? —Se adelantó Asher que ya conocía la fama de Annabeth.

—Pero, según mamá, “los techos son demasiado altos”.

—Techos para gigantes —añadió James escondiendo una sonrisa.

Aquello hizo reír a sus amigos que esperaban con ganas cada nuevo capítulo que Lemon y James les relataban sobre la búsqueda de la casa perfecta, que parecía no existir. Mientras reían comentando la jugada, la puerta del local se abrió en un golpe seco y alguien entró en el interior con la respiración agitada.

Lemon se sorprendió al descubrir a una ojerosa y desaliñada Autumn. Llevaba el cabello recogido en una coleta baja y, en lugar de sus trajes de marca, se había vestido con un chándal rosa y deportivos. Arrastraba con ella una maleta y una bolsa de mano que parecía pesar una tonelada.

—Autumn, ¿qué haces aquí? —preguntó James cogiéndole la bolsa con preocupación, pues el aspecto de su amiga dejaba mucho que desear.

—Ya no puedo más, chicos —declaró con la desesperación patente en su tono de voz—. No soporto más la situación en Nueva York, necesito un refugio, un sitio en el que poder sentirme a salvo. ¿Creéis que podría quedarme una temporada aquí con vosotros?

Parecía realmente conmocionada. Temblaba y sus ojos vidriosos parecían contener el llanto inminente. Lemon avanzó hasta ella, la abrazó y susurró en su oído:

—Por supuesto que sí, Autumn. Quédate todo el tiempo que necesites.

Las lágrimas empezaron a correr por el rostro de la joven en medio de una sonrisa llena de alivio.

—Gracias, prometo no molestar mucho. Puedo echaros una mano con el bufete, y por supuesto pagaré los gastos derivados de mi estancia aquí. Y en cuanto pueda, buscaré un sitio donde quedarme porque...

—Shht, estás en casa, no te preocupes por eso ahora —dijo James pasando un brazo por sus hombros—. ¿Te parece si vamos al pub de Liam para que te prepare algo caliente y nos expliques largo y tendido qué ha ocurrido?

Autumn asintió y los cinco amigos se apresuraron en abandonar el local y dirigirse al pub irlandés que estaba a poca distancia de allí. Italia se presentó con un abrazo afectuoso, Asher le saludó cortés desde la distancia y Liam, tras un beso apresurado en la mejilla, se colocó a su lado e insistió en llevarle la maleta.

—No hace falta.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

Autumn sonrió y su sonrisa iluminó sus ojos brillantes a causa de las lágrimas. Llegaron al pub, Liam abrió la puerta, les dejó pasar a todos y cuando Autumn entró, le dijo, con una sonrisa amable:

—Fáilte, cróga. —Al ver su rostro desconcertado ante su frase en irlandés, añadió—: Bienvenida, valiente.

## #Lemonville 2



Hola, soy Annabeth, Annabeth Pie, los ojos y oídos de Lemonville. ¿Os habéis quedado con ganas de seguir chismorreando sobre la vida de sus habitantes? No os preocupéis: queda Lemonville para rato. Y es que dicen por ahí que se ha visto al andrajoso pelirrojo, alias “el irlandés” echando miraditas a la neoyorquina embarazada recién llegada a nuestra comunidad.

¿Saltarán chispas entre esos dos?

Se aceptan apuestas.



## ¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?

¡Hola! Somos Emma Winter y Ella Valentine, las autoras de esta novela. Queremos darte las gracias por disfrutar de Lemon y James, los protagonistas de la primera entrega de la serie Lemonville.

Si te ha gustado esta novela, te pediríamos un pequeño favor: deja tu valoración en Amazon. Para ti serán solo 5 minutos, a nosotras nos animará a seguir escribiendo.

Por otro lado, si quieres estar al día de todo lo que publiquemos puedes seguirnos en nuestras redes sociales:

### **Emma Winter:**

Instagram: <https://www.instagram.com/emmawinterautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/Emma-winter-autora-101258521556593/>

### **Ella Valentine:**

Instagram: <https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

También puedes seguirnos en nuestras páginas de autor de Amazon para que sea el propio Amazon quién te avise de nuestras nuevas publicaciones ;-).

<https://www.amazon.es/Ella-Valentine/e/B07SGG42T8>

<https://www.amazon.es/Emma-Winter/e/B088WT38K9>

¡Muchas gracias!

## Novelas anteriores de Emma Winter

### **-Serie Millonario**

Un trato millonario: [leer aquí](#)

Un juego millonario: [leer aquí](#)

## Novelas anteriores de Ella Valentine

### **-Serie Multimillonario&**

Multimillonario & Canalla: [leer aquí](#)

Multimillonario & Rebelde: [leer aquí](#)

Multimillonario & Libre: [leer aquí](#)

### **-Autonclusivas**

Posdata: te odio: [leer aquí](#)

Multimillonario, soltero y sexy: [leer aquí](#)